

Jose María Valtueña
Mira lo que tengo



Semanas antes de cumplir diecinueve años, Alicia, hija única de un matrimonio acomodado y primera bailarina de una compañía de ballet, sufre un pequeño accidente. Obligada a permanecer en casa, siente el irrefrenable impulso de escribir en su ordenador sus primeras e inocentes experiencias eróticas. Todo empezó cuando, para que se desenganchara del móvil de última generación, sus padres le regalaron a Bobi: un juguete que atiende a su voz, anda a cuatro patas y le da calor humano..., y ese calor provoca el despertar de su picardía. Más tarde conoció a Roberto, ahora su novio y del que está enamoradísima. Pero esas «limpias y puras» vivencias íntimas que desde hace tiempo experimenta Alicia con su perrito Bobi se vuelven cada vez más tórridas y asombrosas.



José María Valtueña

Mira lo que tengo

La sonrisa vertical - 146

ePub r1.0

Titivillus 21.01.16

Título original: *Mira lo que tengo*
José María Valtueña, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Aviso cara a un futuro:

Si sientes necesidad de releer todo esto, no te descompongas nada más comenzar pensando que, con casi diecinueve años, eras así de ñoña.

Ten en cuenta que empezaste a escribir bastante cortada.

1

Para mí, siempre, todo ha sido y es maravilloso.

Hija única de un matrimonio de los que llaman acomodado, vivo en un ático dúplex con una gran terraza, en pleno centro de la ciudad. Reconozco que he sido una niña mimada. Bueno, no más que cualquier otra de esta generación.

En unos días cumplo diecinueve años. Estoy ansiosa porque pasado, pasado, pasado mañana..., vale..., por poder decir que el día de mi cumpleaños es hoy al fin. Espero que a Roberto no se le olvide; me prometió el último modelo de móvil, que ayer mismo sacaron a la venta. En realidad, es un miniordenador personal con la función de lector de libros electrónicos, casi igual que un ebook. No es por pijaería; simplemente, sabe que cada día leo más, que me gusta estar preparada para lo que está por llegar. Y todavía tengo la ilusión de conseguir en internet un libro que me interesa.

Para mí, sin comparación que valga con el país de esa otra Alicia; éste sigue siendo el país de las maravillas. No sé cómo se vivirá en los demás. Esos que he visitado, como turista o por trabajo. No me apetece ir a estudiar a ninguno. No puedo dejar a Bobi abandonado más de una semana.

2

Tuve mi primer contacto con el mundo real dentro de mi cuna. Según decían mis padres, fue por medio de los numerosos cacharritos de colores con dispositivos electrónicos que unos seres enormes, que a mi lado me parecerían monstruosos, empeñados en dar la brasa, no paraban de mover para que sonaran por encima de mí.

En cuanto me enteré de que esos cacharritos llevaban botones, comencé a jugar. No imagino vivir sin la tecnología. Incluso compongo buenas canciones con mi ordenador y el superequipo de sonido de papá. Aún no me puedo creer lo que suele contarme mi madre: que cuando ella era cría, si los tíos querían telefonar a la abuela al pueblo, a cuarenta kilómetros de la ciudad, tenían que esperar, algunos días una hora, a que la operadora les diese comunicación. Era lo que llamaban una conferencia.

No sé si les ocurrió lo mismo a los otros, pero puede que a mí, de niña, tanta pantalla interactiva, tanto mensajito de móvil me afectaran demasiado, y me volví un poco más «autista» de lo normal.

Mis padres, al verlo, se preocuparon: mis primos vivían en el pueblo, mis compañeros de clase eran casi tan «autistas» como yo, no me relacionaba con ellos al acabar el colé. En casa me pasaba las horas con lo que podría llamar mis «compis electrónicos», en la planta de arriba. Entonces decidieron regalarme un juguete que se movía solo y atendía a la voz. Un juguete, mira por dónde, con calor humano. Un año, para mi cumple, me compraron a Bobi.

3

Bobi tenía tres meses cuando me lo trajeron. Era un cachorro, un perrito de raza Billy, me dijeron; por eso me decidí a llamarle Bobi, me apeteció un nombre tan sencillo como el de su raza.

Todos en casa lo acogimos con cariño, pero fui yo la que se comprometió a cuidarlo. Es de un blanco inmaculado y no necesito peinarlo porque no tiene pelo. De pequeño dormía en mi habitación y correteaba durante el día por toda la segunda planta, del dormitorio a la terraza y vuelta a empezar. La puerta que comunica el estudio con el exterior está siempre entreabierta, en casa no hay problemas de calefacción.

Y mis padres estaban contentísimos. Habían acertado con el regalo.

4

Durante una larga temporada casi me olvidé de los teclados y del ratón, ya sólo empleaba los sms para que me envidiaran por lo mucho que me divertía con mi nuevo juguete. Yo gateaba junto a él para estar a su altura. También me subía una y otra vez encima de él, pero Bobi se me escapaba por cualquier lado. Corría a cuatro patas detrás, pero gateando Bobi era más rápido y yo sólo conseguía alcanzarlo si él quería. Se dejaba pillar y me lamía la cara. Entonces yo se lo consentía, claro.

Bobi crecía deprisa. Con ocho meses, aunque de vez en cuando siguiésemos compitiendo, a cuatro patas ya levantábamos lo mismo del suelo. En esa posición no podía abarcarlo con mi cuerpo. Para que no huyese, lo mejor era cabalgarlo sobre el lomo, sujetándome del collar con las dos manos, pero, eso sí, con las plantas de los pies en el suelo para no escacharlo. Luego desmontaba y, para continuar el juego, intentaba cargarlo yo a mis espaldas. Me colocaba de nuevo a gatas, me introducía debajo de él como podía y lo levantaba.

Nunca duraba más de dos segundos sobre mí. Pensé en ponerme su collar, para que aguantara más rato, pero Bobi no tiene dedos con que agarrarse. El caso es que Bobi se caía y escapaba corriendo en dirección a la terraza. Salía y volvía a

entrar tan deprisa que me pillaba aún a gatas. Yo esperaba sus muestras de cariño. Y él me lamía por todo el cuerpo, como si me besuqueara.

Ahora lo sé: esos primeros brotes de sexualidad que ya latían en mi piel hacía tiempo, esas palpitaciones que al poco, como transportadas por un hilo, comenzarían a revolucionarme la cabeza, me llevaban a dejarle que metiera su hocico entre mis piernas. Sentía tanto gustito como al acariciarme yo.

5

Igual que mis padres me daban mimos, yo mimaba a Bobi. Hasta el punto de darle esos chocolates suizos que, desde mi niñez, me compra mamá de propio en una de las mejores pastelerías. Se volvía loco. Un domingo, mi madre me advirtió que podía quedarse ciego y se los racioné. Tenía que ponerse muy pesado para conseguir uno.

6

Un día, recomendaron a mis padres que me apuntaran a clases extra de música y danza clásica, y yo acepté alucinada. Me encantaba bailar. Soy, a pesar de todo el chocolate que como, de cuerpo fino. También, descargando música de un sitio y otro, empecé a montar agradables melodías, que luego grababa en mi mp3 para disfrutarlas y compartirlas en el colegio. A lo mejor por eso mis profesoras me vieron con posibilidades.

Bailaba en clase de danza, bailaba en la escuela de ballet... Bailar en el estudio de casa o en la terraza dependía de lo fresquitos que fuesen los días del año. Y cuantos más meses pasaban, menos caso hacía a Bobi, y, de rebote, como

que Bobi también me racionaba las carantoñas a mí.

Bobi estaba haciéndose mayor. Sus dos años cumplidos y mi abandono tendrían la culpa de que, si necesitaba jugar con él, no me bastara colocarme a cuatro patas, ni siquiera gatear en su busca. Se enteraba de mi existencia cuando le apetecía, y le apetecía ponerse cariñoso cada vez menos. Tenía que engatusarlo comprándolo. Le ofrecía un chocolate para llamar su atención. Pero no siempre funcionaba. A veces Bobi pillaba el bombón en la boca y se largaba a relamerse en la terraza, el muy perro. Entonces era yo la que, caminando, iba hasta él y le hacía cariñosos. Después, sin ganas de bailar y un poco frustrada, me sentaba ante el ordenador.

7

Hacía tiempo que no experimentaba eso que me producía aquellas sensaciones tan agradables: la húmeda trufa de Bobi entre mis piernas, debajo del trasero. Se me ocurrió un juego nuevo. Esta vez el chocolate se lo daría yo, sí, pero no ofreciéndoselo en mi mano. Me escondí un bombón dentro de las bragas, ahí donde me gustaba que me restregara la nariz. Me puse a gatear, empecé a pavonearme por el estudio meneando el culo y lo llamé. Había encontrado el truco perfecto para, por el olfato, atraer su morro.

Nada más entrar de la terraza se vino detrás de mí y yo comencé a arrastrarlo de un lado a otro, como si lo llevara atado a la cintura con una goma. Sólo era una diversión más. Hasta que me paré. Sabía que lo encontraría enseguida. ¡Y vaya si lo encontró! Pero la intentona no me salió como pensaba. No esperaba que, en vez de conformarse, como siempre, con olisquearme esa zona, empezara a darme lengüetazos por encima del fino algodón para saborearlo. El chocolate comenzó a derretirse. Imaginé que mis nalgas y mi entrepierna estarían de color marrón oscuro durante un buen rato, el tiempo que le costó a Bobi devolver el sonrosado a mi piel y el blanco a mis braguitas, lamiendo, lamiendo y

lamiendo.

Entonces no supe que aquella especie de agradables mareos, por la aceleración de mi corazón tras unos placenteros espasmos, eran la consecuencia de mi primer orgasmo verdadero, y me asusté. Por lo que me enteré después, las braguitas no quedaron tan blancas como debieran. Mi madre me reprendió. Menos mal que no tiene el olfato de Bobi. Se contentó con reprocharme que siendo tan mayorcita no supiera usar adecuadamente el papel higiénico.

8

De mí, como buen junco que soy, aunque no muy alta, decían que me veían crecer mes a mes. De Bobi, ya no. Yo continuaba con todas mis clases extra, y en casa con mis danzas, mis juegos de ordenador, mi música. Y también seguía ofreciéndole de vez en cuando chocolates a Bobi, a escondidas de mis padres, de esa forma tan fantástica que nunca fallaba, descubierta hacía pocos meses.

Entonces yo no podía hablar de eso con nadie. Ya me parecía que no, pero por experiencia me quedó claro que no me iba a morir.

9

Un día se me cayó al suelo el bote con todos mis rotuladores y bolis, y, agachada, fui recogiendo uno a uno. Hasta que llegué al sofá. Dos se habían colado debajo. Tuve que arrodillarme y gatear para poder meter una regla y sacarlos. Bobi subía corriendo las escaleras hacia el estudio y, al verme, esta vez sin que yo lo reclamara con chocolate, vino hacia mí y se me montó encima. Se ve que le apetecía jugar y, de golpe, recordó lo que en tantas ocasiones yo había

intentado enseñarle siendo un cachorro. Sólo que esta vez se agarró bien y no se caía. Sus pies se apoyaban en el suelo y sus manos firmes sobre el reposabrazos del sofá. Bobi comenzó como a empujarme por detrás. Me hizo gracia, no supe por qué, pero me levanté enseguida. Salió disparado escaleras abajo. Me quedé con las ganas de enterarme de qué era eso que me había parecido tan agradable.

Llena de curiosidad, volví a gatear mientras lo llamaba. Bobi subió como una flecha y ni se lo pensó: se lanzó directo sobre mí apoyando las manos en mi espalda y empezó con los mismos empujones de antes. A través de los finos pantaloncitos cortos de pijama que llevaba, sin nada debajo, como los que suelo ponerme todavía en cuanto llego a casa, noté algo consistente que ni imaginaba que él pudiese tener ahí atrás, pero que me recordaba a su nariz o a su lengua cuando degustaba la golosina que mis braguitas solían ofrecerle. Quise saber qué era, y me reviré tanto que Bobi dio con las manos en el suelo. Al oírlo bajar las escaleras de tres en tres, decidí que era otra forma de jugar y que la había inventado él. No me moví. Estaba segura de que pronto lo tendría otra vez detrás.

De culo hacia la escalera, lo esperé con la cabeza vuelta para verlo llegar. Nunca había observado en Bobi que entre las patas le colgara algo capaz de saborear ni un lacasitos, o de picar, como decían que le hacía el hombre a la mujer si quería ser padre. Eso de «picar» suena un pelín a pícara, ¿no? Bueno, como hoy en día tengo novio..., ¿quién va a echármelo en cara? Si se tiene novio, la sociedad misma te lo permite. No voy a ir yo ahora de tan melindrosa como era.

Llegó al estudio enfilado, incluso lo noté sonriente, y, antes de que se montara encima de mí, pude fijarme bien. Mientras oía abrirse la cerradura de abajo, me pregunté cómo podía ser: de entre sus muslos no sobresalía nada. Perdón, sí, sobresalía lo de siempre: esa puntita por la que orina en cuanto tiene ocasión de levantar la pata.

Me puse de pie en un plis plas, porque mi madre subía ya por la escalera y me llamaba. Empecé a jugar con la Play. Bobi se quedó a mi lado sentado, mirándome. Oía el taconeo

de mi madre resonando en el rellano. Oí: «¡Cariño!, ¿cómo llevas los deberes? ¡Te traigo chocolates de los que tanto te gustan!». Y decidí olvidarme de experimentos, de ese nuevo juego con el que me tentaba Bobi.

10

Soy una chica de ciudad y, por lo menos en las ciudades, a la edad que yo tenía cuando ocurrió aquello, ya no se veían seres de cuatro patas, sueltos, montándose libremente, como dicen que pasaba antes en cualquier acera. Me interesa y estoy informada. Es posible que, de más pequeña, cuando iba al pueblo de mi madre a menudo, antes de morir la abuela, viese a alguno montarse sobre otro en esas largas vacaciones de verano. No lo sé, no lo recuerdo. Desde luego, si lo vi, seguro que debió de parecerme un juego más, como ese al que jugaban en la plaza mis primos mayores con unos de allí a la hora de la fresca: «el churro va». El más gordo, Enriquito, solía ser el primero que apoyaba los codos y antebrazos, protegiéndose la pelota que le nace del cuello, porque incluso ahora, dentro, sólo tiene aire, en la tripa de alguien que pegaba su culo en una pared. Enriquito alejaba los pies lo que le daba el cuerpo y encorbaba la espalda como un puente, para que el siguiente o «siguienta» se colocara detrás, metiéndole la cabeza por debajo del trasero y abrazándose con fuerza a sus piernas. Pero también podía ser Pili, que estaba cachas, a quien le tocara despeinarse contra esa tripa que hacía de almohada, para que le metieran la cabeza a ella. Después los demás, tomando carrerilla, saltaban sobre ellos como si fueran un potro del gimnasio, y se amontonaban unos encima de otros hasta que no aguantaban más y caían del burro, o conseguían que los de abajo se despatarraran. ¡Mira tú qué bien! ¡Cuánto se reían! Yo no he jugado nunca a eso. Aunque sí a algo parecido. Lo que pasa es que, sonará machista, pero, por mi naturaleza, sólo sirvo de puente.

Lo aprendí de Bobi. Ahora que, de verdad de verdad, no conocí las reglas de su juego hasta casi dos años después. Mientras tanto, yo seguía con mis maravillosos chocolates, que eran los suyos. Algún día sí me ponía a cuatro patas, pero por cabrearlo. Lo había adoptado como castigo si me mosqueaba él antes, robándome sin más el chocolate. Le permitía que se me montara y le dejaba hacerse ilusiones, y por supuesto que yo ya imaginaba qué tipo de ilusiones se hacía Bobi. Pero, en realidad, yo pasaba de ese nuevo juegucito y lo tiraba al suelo. Así una y otra vez, hasta que se iba y se enroscaba, amodorrado, en un rincón de la terraza. Claro, mientras me conformara con dejarle saborear el dulce algodón, todo muy guay. Pero es que como yo hacía días que había descubierto algo diferente...

11

Enterarme de tan deliciosa novedad sólo podía ocurrir un día que se saliera de lo normal. Abajo, en el cuarto de la plancha, tenía preparado un montón de mi ropa interior, con la recomendación de mamá, cuando jamás me lo había pedido, de subirla y recogerla. Pero, por pereza, después de desayunar rebusqué por el fondo del cajón de mi cómoda y enganché la única braguita que encontré. Era vieja, no sé qué hacía allí, estaba dada de sí. Aun con todo, me quité el pantaloncito de seda y me la puse. Esa mañana me apeteció darle chocolate a Bobi. Como era sábado y no había clase...

Se lo escondí igual que siempre, donde él sabe, me coloqué a gatas y comenzó a lamer, a lamerme. Su lengua recorría mi culito, mi entrepierna, el algodón de mis braguitas, que se introducían entre los labios que ocultaban. Y de repente ocurrió. De tan flojas, las apartó, y esa lengua juguetona, como una divertida culebra, empezó a hurgar entre la tela y mi piel, a meterse y salir para volver a colarse. Relamía todos mis pliegues, esas entradas tan secretas que hasta aquel día sólo había visto mamá y saboreado Bobi ahí

en mi trasera, lo que unas buenas bragas se supone que deberían tapar. Bobi lo único que hacía era seguir mi juego. Insistía en esas entradas, intentando ir a mi interior en busca de su placer, que en ese momento era el mío.

Ese día vi el cielo chisporrotear por primera vez. ¡Uy!, sólo de recordarlo me entra un cosquilleo..., que con dejar que Bobi me rozara sólo un poquito... Pero no, ahora no puedo perder el tiempo, he de seguir contándotelo. No sé por qué se me ha ocurrido escribir todo este rollo. Nunca deberá enterarse nadie. Puede que sea..., porque si lo meto en tu memoria, también podré saberlo yo. Me estoy haciendo mayor, y dicen que la cabeza falla cuando te haces mayor. No quiero olvidar cómo empezó esto, por qué sucedió.

Después de aquello, con las bragas tendidas a pleno sol para secarlas deprisa, aunque volví a ponerme el pantaloncito, sin ropa interior porque para navegar por casa no la necesito, no me quedó otra que bajar y cumplir con el encargo de mamá. Si evitaba que me preguntase en qué había perdido el tiempo, no tendría que mentirle.

12

Al día siguiente me apeteció continuar con el experimento. Me parecía que era un nuevo camino que comenzaba a abrírseme. Y pensé que, para lo que yo esperaba, sobraban estorbos. Además, es un incordio tener que lavar las braguitas minuciosamente cada vez que el goloso de Bobi termina su banquete. Lo haría con la rajita al aire.

Así que coloqué el premio en lo que empecé a llamar mi rajita, sujeto entre los dos pequeños labios, que no hacía ni tres meses me había observado por primera vez con un espejo. Se me ocurrió ofrecérselo sentada en el taburete de plástico de mi baño. Bobi se acercó, lo lamió, lo sacó de un lengüetazo y con él entre los dientes se largó a la terraza. Ése fue el primer día que me cabreó tanto como para desear

vengarme. Sólo tuve que pensar un poco y le ajusté las cuentas. La verdad es que en alguna ocasión todavía lo hago. Bueno, pero nada.

Volví a ponerme las braguitas y, ya a gatas, lo llamé para que se me montara. Pobrecito, hay ratos que... era como muy mala. ¡Se queda tan frustrado! O sea, que la próxima vez tendría que intentarlo de otra manera. No sabía muy bien cómo. ¿Por qué no sujetando el chocolate con dos dedos sobre mis labios mientras el muy listo chupaba? Lo probaría pronto.

13

A las dos horas, que ya no podía esperar más, volví a sentarme en el taburete del baño, me puse el chocolate ahí y le silbé. Bobi estaba abajo, en el salón. Yo ardía. Le silbaba cada vez más fuerte, pero él, sordo que sordo, ¡ni caso! Se oía el televisor sin que hubiera nadie. ¿Estaría Bobi viendo la televisión? No sé cómo se las apaña aún para encontrar el botón oportuno en el mando a distancia. Yo, venga a decirle a voz en grito: «¡Ven, sube, mira lo que tengo!». Y él, ¡que si quieres arroz, Catalina! En eso, el chocolate, por mi calor vaginal, se estaba volviendo pastoso. Lo llamé por su nombre, al señorito, y por fin subió. La nariz se le puso marrón sólo con tocarme. Ya no había nada que sujetar, así que tampoco dulce que morder. Empezó a lamer y enseguida me dejó los dedos, los labios y alrededores como recién salida de la ducha. Pero Bobi quería más. La punta de su lengua investigaba por mis recovecos. La notaba hurgar en lugares aún inexplorados. En busca de su néctar, trataba de introducirse donde nunca antes se había entrometido nada. La primera regla me vino a las tres semanas, fui un poco tardana. Eché la espalda para atrás y abrí las piernas todo lo que pude para facilitárselo. Su lengua intentaba entrar una y otra vez, y yo sin parar de gemir, porque tanta satisfacción, tanto gusto, me mataba. Era mejor que ninguna otra cosa que

hubiera sentido hasta ese momento. Sería al empezar a notar un pelín salado lo que había sido mi dulce cadito cuando me dejó. Se fue escaleras abajo. Al poco llegaron mis padres y ¡vaya la que se armó!

Con la emoción, al largarse Bobi corriendo, ni caí en limpiarle el morro, porque siempre se lo limpiaba él mismo. Pero ¡anda que no se le puso bueno de chocolate ni nada! Fue la primera bronca que me echaron mis padres. O, si no la primera, la única que recuerdo. Me dijeron casi de todo. Para entonces le habían cogido mucho cariño a Bobi, en particular mamá. Y ya me habían advertido de que el chocolate no iba a sentarle bien. Reconozco que la bronca me la merecía. Bobi estaba enganchado al chocolate, y yo también. Pero más a las sensaciones de lo que en los anuncios llaman, no me extraña, «placer de los dioses». Entonces ya se me hacía más necesario sentir cómo lo disfrutaba él que saborearlo yo. La solución sería seguir dándoselo a través de mis bragas; me parecía que así, aunque se me olvidara limpiarle el morro, no se mancharía tanto.

14

Sin esperarlo, una tarde ocurrió lo que me temía. Me vino la regla.

El remedio que me buscó mi madre no me gustó nada. Con la edad que yo tenía me veía ya muy mayor como para ir al colé con esa especie de pañal. Al menos ésa era mi impresión.

Menos mal que, con las falditas plisadas que nos obligaban a llevar las monjas, ni se me notó. Aunque corría el peligro de que, al ser tan cortas, en cualquier movimiento loco algún profe, o algún amigo de los que nos esperaban a la salida, se percatara del bollo que escondía debajo de ellas, envuelto en papel de seda, como te los vendían en la panadería del pueblo.

Lo consulté con otras compañeras, las que se me habían anticipado. Con Margarita, que era casi tan moderna como yo, hablé de esos anuncios de la televisión superrelamidos, siempre en tonos pastel, azul o rosa. Me di cuenta de que su madre estaba más adelantada que la mía. Cuando le ocurrió, ya le tenía preparados en el armario del baño los tampones apropiados para su edad. Ella misma le enseñó y le ayudó a colocárselo. A la mañana siguiente, mamá también lo hizo conmigo.

Ya le habría gustado a Bobi tener la lengua tan delgada como esos pequeños tampones. No podía entrar ni la cuarta parte de ese cilindrito, y lo normal era que se dejara restos de chocolate; con los que yo debía ir con cuidado, porque horas después aparecían en mis braguitas.

A pesar de las advertencias de mi madre, seguí dándole chocolate a Bobi. Durante una corta temporada volví a ofrecérselo a gatas, tras unas bragas tersas, de las que protegen. Además, había comprobado que mientras hubiese dulce para degustar, que era lo que a él le iba, ni se montaba. Pero después de probar lo otro, a mí no me sabía a nada. Volví a utilizar aquella braguita tan holgada, y también me dediqué a estirar mis braguitas nuevas con las manos. Poco a poco cedían.

Bobi, con el tiempo, era capaz de rescatar cada vez más restos. Y no porque su lengua adelgazara. Está claro, ¿no? Al disfrutar él de toda mi trasera, como si la viese en una exposición, sería que, intentona tras intentona, yo me veía más dispuesta. No sé. Era como si, día a día, mi rajita le diera nuevas facilidades. Ya llegaba a penetrar casi lo mismo que los dichosos tampones.

Mi madre empezó a quejarse. Me preguntaba qué hacía

con las bragas. Y, sin dudarlo, yo me defendía echándole la culpa a la lavadora. Le decía que avisara a Lucrecia, en cuanto llegase, de que no las lavara en frío, o en caliente, no sé, para eso estaba ella. Y mi madre se partía de la risa. Siempre me salía con que algún día debería enseñarme, y ahora mi cabeza todavía se haría un lío si tuviese que lavarlas yo.

17

Una mañana me llevé la mayor sorpresa de mi vida. Era domingo. Mis padres, desde luego, dormían y no se levantarían hasta la hora de comer, o sea, tardísimo. La noche anterior habían estado de fiesta por ahí, y cuando los oí llegar eran las mil. Bobi no se lo había montado bien. ¡Mira que zampárseme el chocolate!... Él mismo se había buscado el tormento. Del rebote que pillé, no caí en ponerme protección, y lo reclamé, sin chocolate, con las mismas braguitas flojas de donde el muy capullo acababa de robarme.

Entonces ya sabía que era peligroso. En más de una ocasión, tras castigarlo, se había quedado tan excitado que se había ido con el rabo entre las piernas y eso medio colgándole atrás; cuando se lo miraba, me parecía prominente, incluso agresivo, demasiado impetuoso, nada que ver con su cariñosa lengua.

Como siempre, se montó encima de mí y se puso acometedor. Arremetía en mi trasera una y otra vez. Pero para mandarlo a freír pepinos debía emocionarse más. Ya te he contado lo malísima que podía ser, ¿verdad? Ahora, con él, apenas lo soy.

Y, de pronto, ocurrió. Me encontré tan llena como si me hubieran metido cuatro tampones de golpe. Me asusté y me eché hacia delante, todo lo larga que era, sobre el parqué. Pero no me dolió. Me extrañó: ¡tanto que decían que dolía la primera vez! Sé por qué. Esa mañana sólo lo hice por jugar.

Había madrugado mucho y ya me cansaba del ordenador. Bueno, algo sí me había apetecido, pero no es que estuviese muy deseosa. Si no, ¡de qué me iba a robar el chocolate!; antes se habría pringado el morro. Pero después, cuando lo tuve encima, recordé sus primeras intenciones queriendo enseñarme este juego, lo agradable que me pareció al principio. Pensé en su lengua, pensé en que eso con lo que pretendía picotearme, como la serpentina golosa que le salía de la boca, sabía apartar mis bragas y, a intervalos, igual que en los comienzos, asomarse por entre mis labios. Imaginé que era su lengua y entonces lo deseé. En el suelo, con los codos clavados en la madera, mientras el pobre Bobi huía de nuevo corriendo, me di cuenta de que acababa de conocer las reglas de su juego. Lo único que faltaba era decidir si a mí me apetecería admitirlas.

18

Durante semanas me obligué a no pensar en aquello. Aun así, crecía mi interés, a la vez que una gran preocupación, por lo que había oído contar sobre el tema, cosa que a menudo provocaba yo misma. Y decidí investigar. Me lié a navegar por la red en busca de lo que, con cara de asco, mis amigas llamaban guarrerías. Y encontré unos engendros que entonces los creí situaciones de otras chicas casi idénticas a las mías. Aunque algunas de las cosas que vi me parecieron pasadas de rosca. Yo quería mucho a Bobi..., bueno, lo quiero. Cómo no lo voy a querer, al pobrecito. Pero lo que tienen entre las piernas los que son como él, sobre todo si está hinchado, sí que es verdad que resulta un pelín asqueroso. Nada que ver con lo de un hombre, y menos aún si es mi chico. Aunque antes me impresionaba más. Ahora no, ahora soy mayor y estoy hecha a todo.

Yo estaba ya en el instituto, donde había conocido a chicas y chicos nuevos. Bobi y yo seguíamos con nuestros juegos, los que me interesaban por tener reglas perfectamente conocidas por los dos. Sólo que una de esas reglas, durante una larga temporada, la olvidé. Él no.

Ni siquiera lo castigaba si algún día lograba mosquearme. Eso debió de hacer que se sintiera un poco abandonado, y en cuanto yo inclinaba la espalda por vete a saber qué cosa, y más si me agachaba, sin distinguir vaqueros de pijamas Bobi se me venía encima para recordarme su existencia, su cariño; le daba igual que el resultado de su impertinencia fuese un premio o un castigo. Menos mal que nunca lo intentaba delante de nadie, porque habría sido mosqueante para cualquiera; bueno, quizá la situación les habría divertido a los que no tienen ni idea de qué va esto, pero para mí habría sido muy embarazoso.

Como él y yo siempre hemos jugado en la intimidad, Bobi jamás me ha puesto en ese tipo de aprietos, no sé si por educación o porque disfruta de un sexto sentido tanto o más que nosotras. Una vez, sólo una vez, tuvimos un *pequeño* percance que podría haber acabado en una cadena de grandes disgustos. Y todo por aquella falta de experiencia mía. Por eso, con lo que ahora sé, me sale fácil lo de «pequeño».

Lo de no ponerme en aprietos lo recalco porque ¡mira que no será por no tener ocasiones! Comencé a llevar amigos del instituto a casa. Chicas y chicos que, sin cortarse un pelo, invadían el estudio, la terraza, incluso mi habitación, todo nuestro territorio. Y entonces Bobi, en vez de mostrarse tan simpático como es él, no me hacía ni puto caso. Ni siquiera cuando lo llenaba de carantoñas para que mis amigos se

hicieran idea de lo cariñoso que podía llegar a ser. Se pasaba el rato amodorrado en su rincón. ¿Estaría celoso, el muy bicho?

Es que hay momentos en que merece que le llame así. Y, claro, si se comporta como un animal, me está demostrando que es un bicho. Pero, vamos a ver, ¿desde cuándo un bicho puede estar celoso?! Además, celoso ¿de qué? Si no conocí a mi novio hasta los dieciséis, y no he estado con otro, y además tardamos más de un año en acostarnos.

Por fin me admitieron en el ballet del que ya soy primera bailarina. Entre mis clases de música, los estudios, el trabajo con mis compañeros de danza y los desplazamientos a otras ciudades para bailar, tampoco es que tuviera, ni tenga ahora, mucho tiempo para novios. Y es que los viajesitos, desde hace tres años, no son sólo por España, sino por diferentes países. Por suerte, gracias al avión, nunca duran más de dos o tres días; como mucho, una semana cuando tenemos varios bolos seguidos o actuamos en dos lugares cercanos. ¿Qué haría Bobi sin mí más de una semana? Sólo con estar tres días fuera de casa sé que lo pasa fatal. Y mi madre, como se angustia con sus aullidos, me lo cuenta. Bobi no para de llamarme con voz lastimera a ver si he llegado, y eso que es mayor y no debería tener ganas de tanto trote. En cambio mi chico, como cuando empecé a salir con él ya casi coleccionaba las mismas obligaciones, sí está acostumbrado.

Bobi no. Es imposible que Bobi se acostumbre. Ni se acostumbrará, ni tengo derecho a esperarlo. Aun con todos los cuidados, mimos y atenciones que le dedico, ¿cuánto le quedará de vida? ¿Dos, tres años? He de mirarlo. No sé hasta qué edad puede vivir. Quiero estar preparada.

¡Vaya! Me he puesto melancólica sin motivo... Yo sólo pretendo guardar mis recuerdos, y lo anterior es futuro... Iba a tirarlo a la papelera. Pero, bueno, mejor no lo borro. Igual necesito recordar también mis sentimientos.

Vuelvo a lo del sexto sentido.

Cuando apuntaba que Bobi tiene un sexto sentido, o sea, que es muy perro, el listo, ésa es mi traducción, que lo conozco, es porque llegó a jugar mi juego mejor que yo. Que me la jugó, vamos.

Desde la sorpresa que Bobi me dio aquel día, aunque ni me gustó ni me disgustó, yo tenía una especie de prevención a darle la espalda, y subrayo que no pretendía castigarlo. Claro, es que para eso no me quedaba otra, era obligatorio ir en braguitas, y no me fiaba. Por mi seguridad, me limitaba a sentarme en el taburete y a verlo venir de frente, en busca de su chocolate y de mis caricias. Aunque también había días en que, por ir yo de caprichitos, sin estar ni una pizca caliente, Bobi se me largaba con el bombón en la boca. Y encima no se lo comía de golpe, no. Lo saboreaba lentamente, pero a solas. Aquí se me nota cabreo, ¿verdad? Es que, poco a poco, se las fue apañando para robarme el chocolate más a menudo, y si sólo fuera eso lo que me mortificaba..., porque las escasas veces en que yo conseguía un poco de satisfacción, me quedaba como frustrada. Con mi culo brillando la banqueta de tanto restregarlo, por mucho que me esforzara no había manera de facilitarle la entrada. Bobi únicamente lograba introducirme la punta de su lengua.

Me parece que ese sexto sentido, ya lo creí entonces sin tener ni pajolera idea de qué era eso, a Bobi le hacía buscar que lo castigara, y como yo no tragaba, el resultado era que él me castigaba a mí. Aunque llegué a pensar que, en realidad, ¿qué sabría él?; me estaba martirizando yo misma.

22

Lo llevaba meditadoísimo y un día, con unas braguitas de ballet bien ajustadas, volví a ofrecerle mi trasera. Al ver su cara de felicidad, sé distinguir de sobras si está triste, si está feliz, ¡cuántas veces lo veo sonreír!, decidí como compensación dejarlo hacer hasta que se aburriera y se

marchara por sí solo, sin tirarlo yo de mi espalda.

Bueno, fue una locura. Estuvo más de media hora jugando sin parar. Se montaba sobre mí, se bajaba, se me volvía a montar y me atacaba insistente desde atrás, abandonaba mi pompis, echaba una carrerilla a mi alrededor, se iba, salía a la terraza y, sin ni siquiera frenarse, regresaba de nuevo, y otra vez encima de mí con las mismas intenciones..., y vuelta a empezar. Incluso yo me divertía. Pero lo más curioso fue que, con todos los empentoncitos que me daba entre salto y salto, me llegó a entrar el cosquilleo, y acabé teniendo que ahogar los grititos de placer que, en esas circunstancias, nacían sin quererlo de mi boca por primera vez. Bobi también acabó, pero huyendo. Pensé que estaría orinándose. Y es que, hasta ese día, nunca le había visto marchar con algo goteándole de la afilada punta que le asomaba.

23

Es posible que parezca que tengo muchas obligaciones, en particular por lo que luego te contaré, y gracias a que escribo para mí, si no, muchos se harían cruces creyendo que me ato demasiado. Y no, en lo que me meto, nadie me obliga; si lo hago es porque me gusta. Puedo permitirme hacer lo que me gusta. Por eso este país me resulta maravilloso. No sé si podría permitirme todo esto si hubiera nacido en otro. En otra familia, en otra cultura. Y, aun si tuviera la misma, sólo con que se tratara de montármelo en cualquier otro lugar, siendo emigrante, ¡qué duro!, ¿no?, tener que vivir como de prestado. Dudo mucho que en otro lugar pudiese disfrutar de las mismas oportunidades, de todos mis descubrimientos.

Que yo recuerde, y por eso creo importante lo que estoy haciendo, mi vida ha sido una bonita sorpresa tras otra. Sólo ha habido una sorpresa..., siempre tiene que haber una, aunque sólo sea una, desagradable. Y ésa lo es mucho más para Bobi. Pero es que hasta en el país de Alicia ni de cofia es todo tan maravilloso como lo pintan.

Lo que me da gusto, bueno, lo que me agrada, no siempre ha de recordar a trabajo. También me gustaba y me gusta salir algunos fines de semana. Antes salía sólo con mis amigas, ahora a veces con ellas y otras veces con Roberto. Cuando tenga más años no sé qué pasará, pero hasta el momento nunca me ha dado por emborracharme ni por meterme nada. Ni quiero ni puedo emborracharme. Sólo se dicen y se hacen tonterías; aunque quizá debería preocuparme más el decir verdades que puedan parecer tonterías. Es igual. Ya sé que hay mucha zorra capaz de diferenciar, pero como ni a lo uno ni a lo otro me arriesgo... No digo ni hago tonterías porque las verdades las guardo exclusivamente en mi disco duro, donde sé que nadie va a leerlas.

Casi todo lo que anoto aquí son primeras veces. ¿Para qué empaquetar lo demás? Creo que las primeras veces son primordiales. Con ellas, si algún día lo necesito, podría sacar conclusiones.

Por una temporada, tras esa última y gratificante experiencia con mis braguitas de ballet, la única forma con la que me veía capaz de castigar a Bobi la convertí en premio. Premio para él si saboreaba su chocolate donde y como Dios manda; y premio para mí porque este segundo regalo también lo disfrutaba yo. Hasta el punto de que empecé a querer más. Lo pasaba de maravilla con sus roces y golpecitos sobre la ajustada prenda de bailarina, que los potenciaba delicadamente en las zonas más sensibles de mi piel. Pero ya no era como la primera vez. De mi garganta no volvían a salir grititos, ni nada. Echaba en falta el calor húmedo que, antes de pillarle miedo a Bobi, me proporcionaba su lengua colándose profundamente hacia mi interior cuando le ofrecía

el chocolate casi sin protección y a gatas. Echaba de menos algo más carnal, más humano.

Estaba claro que, a eso de darle el chocolate sentada, Bobi no le encontraba ninguna ventaja, y además le resultaba más exquisito si lo disfrutaba desde atrás, y ya se ve que a mí también.

Un día me decidí. Y me dije que si pasaba algo sería porque tenía que ocurrir. O sea, que me quité el pantalonero con el que acababa de subir de la calle, me quité las braguitas de salir de casa y me puse otras. Unas de esas que, aunque desbocadas, a mí me ofrecían cierta seguridad y a él le crearían las dificultades apropiadas para que yo, con un poco de suerte, sólo pudiese sentir el calor de su lengua. Al fin y al cabo, detrás del morro tenía ojos y veía por dónde apartar mis bragas, pero si se me montaba y se animaba, con lo que tiene abajo, entre las piernas, por fuerza iría ciego perdido.

Me metí el chocolate ahí dentro, asomando un poco por mi rajita. En cuanto se volviese pastoso, ya no podría quitármelo a la primera. Era otra barrera, imagino que más bien psicológica. Bobi jamás había intentado sustituir el placer de saborear su chocolate por ningún otro, y mientras estuviera a su alcance... Aun así, no las tenía todas conmigo. Porque sabía que si se animaba y quería más, no iba a echarlo como si fuese un castigo. Lo dejaría jugar. Estaba dispuesta a lo que viniera.

Me arrodillé en el suelo, sobre la alfombra, con mis braguitas cedidas. Me senté sobre los talones a ver la televisión. Adoraba mi plasma nuevo de cuarenta y dos pulgadas. Echaban mi serie favorita; mejor dicho, una de las pocas que seguía. Y ni siquiera lo llamé, por si después me arrepentía.

No me dio tiempo a cambiar de idea. No habían pasado ni dos minutos cuando me tocó doblar la espalda. Atraído por el olfato, su atención y su morro se desviaron hacia mi culito. Como Bobi ya sabía más que Lepe, su lengua pasó de mis bragas. Se coló entre ellas y mis labios, y comenzó a chupar, a lamer el chocolate semiderretido, a la vez que repasaba mi clítoris. De repente sentí lo que tanto había deseado: su

lengua por fin penetrándome hasta el fondo, tragada por mi rajita como si tras esas braguitas sueltas se escondiera un aspirador. Yo aún no estaba muy puesta; fue la grasita del dulce que bañaba mi interior, junto con mi ansiedad, lo que permitió que su lengua se hundiera en mis profundidades.

Pero nada, casi ni me enteré. Aguantó dentro dos segundos, ¡el muy mamón!, el tiempo necesario para que Bobi recordara, imagino, aquella experiencia de cuando se me coló; que meterme el pirulí podría resultarle mucho más satisfactorio. Vamos, que volver a colarse le daría más placer..., lo pensaría, seguro.

Y es que recuperó su lengua de la aspiradora en un santiamén, y yo, como una tonta, esperando que fuera con intención de volver a dármele y de que insistiera e insistiera. Pero al momento, sin decir esta boca es mía, noté que sus manos me sujetaban con fuerza las caderas. Con él ya encima, me relajé, qué le íbamos a hacer, y me dispuse a disfrutar sin miedo. Total, si al final sucedía lo que me temía, ya sabía que no pasaba nada. Me olvidé de esas imágenes tan desagradables que había visto en internet y ni quise mirarlo a él.

Alguna vez, en sus jugueteos, Bobi enseñaba esa salchicha blanquinosa que le salía y volvía a recoger debajo de la piel. A veces, dependiendo de la insistencia que empleara en el juego, incluso se la había llegado a ver rojiza. Me parecía un *bratwurst* de esos que los alemanes venden cocidos. Preferí atender a la televisión.

Empecé a sentir su calor, golpecito tras golpecito lanzado a ciegas sobre mis bragas, en el canalillo de mi trasero, y, a intervalos, si atinaba, su piel contra mi piel, ahí donde casi se me hace carne, la humedad de ese *bratwurst* y, enseguida, lo empapada que estaba mi rajita. Y ocurrió de nuevo; por lo visto, tenía que ocurrir. De pronto me encontré llena, sin sentir ningún dolor, aunque se me escapó un gritito. De repente no sabía cómo reaccionar ni lo que podía pasar. Bueno, algo sí sabía; era inocente pero no tonta.

Estaba excitada y decidí esperar, dejar que se divirtiera. Comencé a notar sensaciones extrañas, del todo desconocidas,

mientras él continuaba dale que dale, sin necesidad ya de atinar y sin querer abandonar su premio por haber acertado en la diana. Sensaciones que para nada me resultaban desagradables.

Por momentos me sentía más llena. Como si se hinchara algo en mi interior. Lo mismo que si soplaran en un globo que estuviera dentro de mí. Abarcaba todas mis tripas; y me preocupaba a la vez que me hacía ver estrellas. No eran esas estrellas que en mi serie favorita luchaban, como entonces yo, por serlo. Hasta ese día nunca había visto estrellitas dentro de casa.

Inesperadamente, el globo explotó y me noté inundada. Luego se desinfló y se salió. Yo no sabía que, sin animarlo antes, como pasaba en los vídeos, ese *bratwurst* pudiera estirarse e hincharse tanto. Salió de mi interior goteando, como aquel día; o más que goteando.

Por primera vez vi ese mejunje pastoso escurriéndosele de la punta mientras se le encogía y se le replegaba, y que a mí también me chorreaba de ahí dentro por entre las piernas como una baba. Era tan asqueroso como lo que debían de emplear esos alemanes para rellenar sus salchichas. Pensé que, aunque era mi mejor amigo, menos mal que no teníamos nada de compatibles; si no, con tanta simiente, difícil no quedarme embarazada, como esas pobres negritas que las hacen madres a los trece.

En cuanto me serené, le llamé guarro. Me pareció un auténtico guarro. Me prometí que, en adelante, Bobi tendría que conformarse con el chocolate. Lo que acababa de ocurrir no se repetiría. Me quedé un rato arrodillada. Me dio la impresión de que era la protagonista de una historia que había leído sobre los mayas: una chica se entregaba al sacrificio por ser virgen; el sacerdote abusaba de ella antes de cortarle el cuello y luego se quedaba tan ancho.

Me recuperé, me levanté y me metí en la ducha de mi baño. Estaba sucia, muy sucia. Pero, sobre todo, *me sentía* sucia. Alterné el agua fría con la caliente, y ese contraste me calmó las emociones y me subió los ánimos. Se me despejó la cabeza. Salí en busca de Bobi y lo acaricié un rato. ¿Qué

culpa tenía él? En dos o tres días yo cumpliría un año más. Llevaba vividos unos cuantos. Ya no era una cría, y ese esclarecedor percance lo había provocado yo.

26

Bobi también se hacía mayor. Ya tenía cuatro años. Llamaba la atención por lo hermoso y lo fuerte que estaba, y también por lo limpio que lo llevaba. Y lo llevo. De eso me encargo yo. Lo meto en mi ducha y se acabó. Muchos días nos duchamos juntos. Una mampara de cristal separa el baño en dos, y como el suelo es todo antideslizante, aunque juguemos enjabonados no hay peligro de que nos rompamos una pata. Nos reímos cantidad. Mi madre no dice nada, nunca ha dicho ni pío. Yo, ni regalada llevo a Bobi a una de esas peluquerías. Nunca me han dado confianza. No sabía qué le podrían hacer ni cómo lo iban a limpiar. No me fiaba de que lo lavasen a conciencia, y ahora ya paso. Bueno, ahora... No sé, a lo mejor lo mimo demasiado. Pero lo necesita. Además, mira qué ventaja: con Bobi no hay que usar peine ni secador...

Con cuatro años, Bobi estaba en su plenitud, más o menos como yo ahora. En el parque, los dueños de otros perros, sobre todo si éstos eran hembras, se me acercaban para que jugaran. Debían de creermme muy arisca, porque, en cuanto las muy perras se nos pegaban, yo tiraba de él o le agarraba del collar si andaba suelto y me lo llevaba. Ni siquiera hacía caso a las preguntas de quienes las paseaban. ¡Vamos!, ¡como que iba a dejar que se contaminara! No me importaba que se ensuciara, por ejemplo, con barro. Si se manchaban los niños, ¿por qué no se iba a pringar él? Una vez en casa, con la ducha se solucionaba fácil. Pero ¿lo otro? ¿Cómo habríamos podido jugar después los dos sin miedo a coger algo? Bobi no tenía nada malo y yo lo sabía, cómo no lo iba a saber.

Una tarde se me cayó el mundo encima. Habrían pasado más de dos meses desde lo de «mi sacrificio»; no me había vuelto a ofrecer. Si acaso, algún día, pero con coraza. Y mi madre me vino con que iba a prestarlo a un conocido para cruzarlo con su perra, porque eran de la misma raza. ¿A prestarlo? ¿De la misma raza? Pero ¿qué se creían ellos? Me dijo que era un viejo amigo, que vivía dos manzanas más abajo, hacia el río, y que tenía una perra muy bonita. ¿Muy bonita? Ahora lo recuerdo y no me lo puedo creer. Fue como si me hubieran entrado celos. Ya me imaginaba quién era el comerciante de esclavos. Quería que le prestáramos a Bobi para sacarle partido apareándolo como a un esclavo.

El hombre ese era un pesado, un salido, un viejo verde, bueno, de los años de papá, pero ése era un baboso, seguro que debía de ser un baboso. En cuanto me veía con Bobi por el parque, no paraba de darme la vara. La excusa para hablarme era Bobi, y le restregaba a su cochina perra por delante de los morros. Yo sabía..., bueno, entonces sólo lo imaginaba, que lo que ese hombre pretendía..., ¡ya le habría gustado!..., era cruzárseme a mí, ¡el muy cabrón! Se le caía la baba intentando hablarme, igual que a uno de esos perros asquerosos. ¡Ah!, y eso de aparear a su perra con Bobi..., tal cual dice mamá, ¡nasti de plasti! ¿Cómo iba Bobi a hacer con una perra lo mismo que había hecho conmigo?

Cosas de crías.

¡Y ahora ya qué más da! Tiene bastante con el cariño que le damos en casa. No sé si incluso no será demasiado. No, pensándolo bien, para nada. Nunca será demasiado.

Era verano y yo estaba con vacaciones en casi todo. Mi madre había quedado con su amiguito en que yo misma le llevaría a Bobi a su domicilio al día siguiente por la mañana.

También debían de tener terraza, seguro que hasta con neones de colores. Era como si mi madre me obligara a llevar a Bobi a uno de esos clubes de carretera.

El día del trapicheo salimos temprano. En vez de ir a pasear al parque de al lado como de costumbre, me largué con Bobi al parque del río, que yo ni conocía, a que pasaran las horas. Por si acaso. No fuese que nos encontráramos a la parejita. Me habría sido muy difícil salvar a Bobi. Y me habría resultado insufrible llegar hasta su casa los cuatro juntos bajo la mirada del mundo entero. De los cariñitos que nos dábamos Bobi y yo nadie sabía nada, pero de lo de él con su perra seguro que todos ya estaban más que enterados. Pensé que igual quería que su perra tuviese cachorritos para disimular el rollo que tenía con ella.

29

Regresamos a casa justo para comer. La primera pregunta de mi madre fue que dónde me había metido tantas horas, y me reprochó no haber aprovechado, mientras Bobi estaba con la novia, para mirarme algo de ropa por la zona del Gran Hotel. Sin dejarme hablar, continuó con que cómo había ido la cosa, si se habían caído bien. Le contesté con la primera mentira que se me pasó por la cabeza: le dije que me había perdido y no había encontrado la casa de ese hombre.

Al día siguiente, fuimos juntas de compras y pasamos por delante de la puerta del negrero. Mi madre me dijo que había vuelto a quedar con ese conocido para que yo le llevara a Bobi. Mi excusa se había ido a hacer puñetas, así que debía buscar otra rápido. Sé que no me porté como me habían enseñado, pero, para sortear semejante marranada, cualquier historia que me pudiese funcionar era buena. Entonces mi madre comentó que ese hombre y ella no eran amigos, y eso fue lo que me dio pie a planear una escapatoria para Bobi, un poco borde en lo que a mí me toca, pero que no podía fallar.

Le conté a mamá que no quería ir, y menos aún tener

ninguna relación con ese hombre, al que ya conocía del parque. Ella empezó a preocuparse, pero le aclaré que no, que no me había hecho ni dicho nada; simplemente, no me gustaba su mirada, cómo me miraba. Ella se echó a reír, aclarándome que, sólo por estar ya en edad de mocear, yo no podía ir por ahí viendo ogros donde no existían. Tuve que ponerle un poco de pimienta al asunto para hacerme respetar. Le conté que sí, que un día sí me había dicho algo. Que ese hombre, aprovechando que Bobi y su mascota se encontraban cerca, me comentó que parecía que se querían. Todo porque Bobi había mirado la carita de esa perra. Y que me había preguntado si sabía cómo se amaban los perros, si me gustaría verlo, y que entonces yo había tirado de Bobi mientras le contestaba que no.

Está claro que, después de esa velada acusación..., bueno, velada, lo que se dice velada..., mi segunda mentira, a mamá nunca más se le ocurrió mandarme a su casa.

30

Reconozco que de cría era un pelín retorcida. Sólo podía disfrutar yo, y al pobre de Bobi que le dieran, como mucho, chocolate. Y el chocolate ya se lo daba yo.

Sin embargo, a los pocos días recapacité. Ya concienciada, por fin iba a hacer una cosa decente. ¿Por qué no había de disfrutar Bobi? Si yo gozaba, también él tenía derecho, ¿no? Adelante, pues. Pero gozaría conmigo, juntos, de mí, como cuando le vi recrearse sonriente. Sólo era cuestión de quitarme de encima esos prejuicios de asquerosa y repulida. Al fin y al cabo, haciéndole feliz a él, también me hacía feliz a mí misma, por partida doble, ¡y de qué manera!

31

Me dejé montar sin protección, sin nada, ni siquiera con la de aquellas braguitas flojas, que no lo eran más que en apariencia. Encontró enseguida mi rajita y se trastornó. Tanto que fue como si se hubiera echado a plomo sobre mi espalda. Los brazos le colgaban por los lados debajo de mis hombros, y me arañó. Intentando erguirse apoyó las manos en mis omóplatos y me arañó en el derecho. Jamás se le había ocurrido arañarme. Me dolió un poco pero aguanté, me tenía pillada. Yo ya empezaba a disfrutar y supongo que él también, porque, pese a la incomodidad, se le empezaba a hinchar aquello. Lo notaba. ¡Vaya si lo notaba! Era increíble. Las que no lo han probado no podrán nunca ni imaginar lo que se llega a sentir. Ahora ya no es lo mismo..., también siento muchas cosas, pero al faltar la sorpresa, sin cogerme de nuevas, como que no me mueven tanto las emociones. Y, siendo sincera, si tuviese que elegir, me quedo con mi chico.

32

Dos o tres días después de haber consentido premiarnos mutuamente Bobi y yo, mamá subió inesperadamente a mi habitación y lo vio en mi espalda. No me preocupaba que pudieran verme porque, sin darle ya importancia, ni me acordaba. Yo estaba desnuda, cambiándome. Enseguida me preguntó si tenía algún problema en el instituto. Al darme cuenta de que se preocupaba por los arañazos, el peligro en que me ponía, que ni había previsto, me hizo saltar rápida, agarrar al vuelo lo primero que se me pasó por la cabeza, fiándome de mi inspiración..., y le solté que se había roto un aparato del gimnasio y que, sin querer, me había rozado con él.

33

El siguiente día que decidí permitirme un homenaje de Bobi, con el que al fin y al cabo yo también lo recompensaría, antes lo medité por si había consecuencias. No podía mentir a mamá otra vez, y menos yéndole con el mismo cuento. Sería difícil que me creyera. Pensé en cómo protegerme. Fíjate qué mal suena, protegerme de Bobi..., si es un cielo...

Desde luego, lo que no iba a hacer era ponerle ninguno de mis calcetines de lana, como había visto en una de mis incursiones por internet. Lo mío es diferente. No soy una de esas exhibicionistas. Quiero a Bobi y él me quiere a mí. Los arañazos, mira. A las malas, podía achacarlos a que no me llevaba bien con alguna chica o, ahora, a cualquier otra truculencia. Pero los calcetines...

Imagina si un día llegan por sorpresa mi padre, mi madre o Lucrecia y pillan a Bobi con calcetines de lana... ¡Uy!, no lo quiero ni pensar. ¿Qué les digo? ¿Qué es para que no raye el parque? ¡Venga ya! No podría evitar ponerme colorada, y seguro que ellos se ponían mucho más. Son mayores, y de tontos nada. Igual ese día empezaban a hilvanar y entendían muchas cosas.

Bobi, antes, cuando lo castigaba, aun maltratándolo, siempre me había abrazado con suavidad y cariño por la cintura, y por costumbre apoyaba delicadamente sus almohadillas en la parte delantera de mis piernas. ¿Que tenía uñas? Decidí correr el riesgo. ¿O no sería más escandaloso que una simple marquita el empeñarme en convencer a mis padres de que estaba enseñando a Bobi a sacarle brillo al parque? Si hasta ese día no me había tocado, ¿por qué iba a hacerlo otra vez? Ese día estaba muy emocionado, demasiado. Había estado castigándolo sin conocimiento. Pobre Bobi. Cuánto tiempo perdido, con lo joven que es.

He de alegrar los últimos años de Bobi, y es lo que estoy intentando hacer. ¿Por qué no ha de vivir tanto como

nosotros, como yo? No me ha arañado. Nunca más ha vuelto a hacerlo.

35

Pasaban las semanas, los meses, y la relación entre Bobi y yo cada vez era más normal, hasta que se estabilizó. Hoy los dos tenemos lo que queremos, y yo quiero a Roberto, mi chico. Bueno..., no digo que algún día no caiga aún en las garras de Bobi, porque es un tramposo, aunque sólo algún día. Pero entonces disfrutábamos el uno del otro cuanto nos apetecía. Eso sí, aunque hubiese perdido los prejuicios, a veces prefería mancharme de chocolate que con los mejunjes de Bobi, pues éstos me los tengo que lavar yo. Y ya se sabe quién decide: yo, naturalmente. No es que no me gustara. Todo lo contrario. De jovencita, tanto como a él. O más. Seguro que más. Bueno, era por eso, pero especialmente porque necesitaba variar, recordar, recuperar esas sensaciones que, por tenerlas de cría, me hacían vivir despierta, querer descubrir sin parar, y me electrizaban.

De cuando en cuando intento rescatarlas, incluso los primeros besos de mi chico, aquel sabor, aquella química capaz de derretirme. Qué más quisiera... En los dos casos sigue siendo emocionante, pero ya no es lo mismo.

Con Bobi, ahora, si lo tanteo por probar, como ha perdido costumbre, puede que incluso afición al chocolate, pues alguna vez tira que te va, como el otro día, pero la mayoría de las veces termina pasando de mí y me deja a medias. Pero prácticamente ni lo castigo. Bueno, pobre, castigarlo es un decir. Más que nada, también se la juego yo: si no, ¿cómo va a saber él, aunque no se lo crea del todo, quién de los dos decide? Igual se piensa que aquí, como dice papá, todo el monte es orégano... O lo de creer que hace de su capa un sayo. Que, mira por dónde, le va que ni bordao. Vaya, me salen de carrerilla... Pero durante aquellos años..., ¡para qué me voy a engañar!, sí que era un poco rebordanca con él.

Ya he escrito que nuestra relación se normalizó, pero que a mí, por recordar los viejos tiempos, seguía apeteciéndome darle, desde mi taburete, ese dulce que después, por una temporada, tanto me amargó. Y, claro, Bobi, pensando que iba a tener lo que más le gusta en el momento en que le diera la real gana, sin saber que yo sólo le permitía montarme cuando me daba el puntito a mí, me robaba el chocolate y me dejaba a medias demasiado a menudo. Entonces sí llegó a creer que todo el monte era orégano; que, por el simple hecho de robarme el chocolate, yo iba a cambiar de posición, a la única que a él de verdad le mola: la de perrita enamorada. ¡Cuántas veces, tras cogerse confianzas, para que no me tomara tanto el pelo, debí encajarme dentro de esa prenda de ballet que parece un cinturón de castidad y ni siquiera tiene llave!

Lo peor era, y sigue siendo, en vacaciones. Al chalet que tienen mis padres en la playa no suelo llevar chocolates, y menos aún cinturones de..., del tormento. Coño, qué medieval... No llevo chocolates porque, como allí la convivencia siempre ha sido tan tan familiar, y ahora, si viene Roberto, aún más, pues así evito tentaciones mías que serían arriesgadísimas. Así que, si no hay chocolate, Bobi no puede hacerse merecedor del suplicio de intentar atravesar unas bragas que parecen de neopreno. Y, claro, si no hay chocolates porque no debe haberlos, ni puede tenerme cuando le apetece, como Bobi no entiende de etiquetas, no sabe guardar la compostura en cuanto se ve al aire libre y hay diversión.

En el chalet no es lo mismo que si suben amigos o amigas a casa, en la ciudad. En casa, aunque con mis amigos y amigas nos partamos de la risa, a Bobi debe de resultarle todo

muy serio, muy estirado, y parece que entonces él se ponga la levita... Bueno, es que en ese caso la llevamos los dos. Pero en la playa, yo con un simple tanga, cuando lo usaba, y tanto divertirnos jugando entre las olas, como que era muy peligroso. Tardé en saber hasta qué punto lo era, y lo descubrí un día en que me descuidé.

38

Soy buena nadadora. Además de los cientos de horas que he pasado en la piscina cubierta del club, lo cierto es que no me ha quedado más remedio que serlo. La playa más bonita que tenemos cerca del chalet, que le llaman «la del ruso» y aún no sé por qué, en realidad es una cala enorme de arena blanca, con un viejo cuartel de la guardia civil abandonado allí en medio, a la que antiguamente, por lo que leí en *Noches de BV80*, debían de acudir los hippies para practicar nudismo. Seguro que entonces no iba a esa playa tanta gente como ahora. Bueno, gente, gente...

Mi familia, desde que yo era pequeña, siempre ha ido a esa cala a tomar el sol y a bañarse. Nunca ha estado abarrotada: cuando más llena se ve, pueden contarse diez metros entre toalla y toalla. Aun así, no sé si será por no coincidir, pero no recuerdo haber visto nudistas. En bolas sí. De hecho, ni mi madre ni yo usamos nunca la parte de arriba del biquini, y cuando las dos nos poníamos tanga, menos aún, no pegaría.

¡Coño! No sé para qué me sirve apuntar todo esto. Es que a veces me pierdo.

Lo que quería decir es que, si soy buena nadadora, la mayor parte de culpa la tiene esa cala. Mejor dicho, la cala no, Bobi. Bueno, luego lo explico.

Bobi y yo siempre hemos jugado en el agua. Desde que éramos pequeños. Él también es buen nadador, incluso aguanta más que yo. Aunque me siga de lejos, tiene buena intuición. Sólo le gano en velocidad. Y todo porque empezamos enredando cerca de la orilla. Pero conforme avanzaba la calidad y frecuencia de nuestros intercambios, cada día debíamos meternos más adentro. Cuántas veces, siendo aún una cría, después de atravesar una ola y salir a respirar, no me podía ni levantar porque me lo encontraba encima. Jugábamos, y nadie sospechaba nada. En cambio, en la arena Bobi se comporta. Más bien me toca a mí ser responsable, ir de modosita y de aburrida. Como mucho, me limito a dar paseos por la orilla o a tumbarme en la toalla. Por si acaso, hace miles de años que dejé de utilizar mis cubos para hacer castillos.

Me gusta bucear. De tanto alejarnos de la playa, poco a poco fuimos acostumbrándonos a nadar junto a las rocas. Si no está el mar picado ni hay resaca, que debería ser lo normal en el Mediterráneo, me sumerjo alrededor de las que más sobresalen, de las que desde la playa parece que se meten en alta mar, aunque algunas engañen. Esto lo anoto por recordar qué fue lo que me llevó a conocer cada agujero submarino, cada saliente de los que hay bajo las aguas, que son como plataformas pero sin chanclas se pisan mal por culpa de los mejillones. Y las otras, las minicalas sumergidas, que también parecen balcones y tienen suelo de arena. Caprichos de las mareas.

De esas minicalas, que no se ven desde las rocas porque las cubre el agua y de un año al siguiente se forman unas u otras, en los alrededores hay bien pocas.

Bueno, conozco otra, bastante secreta, que es como una cueva, y en ésta da el sol en toda la arena. Allí, sin posibilidad de espiarnos los de la playa, sí que podríamos haber tenido Bobi y yo intimidad absoluta, pero me di cuenta enseguida de que era peligroso. De repente puede aparecer algún pesado que sale de bucear, y más de una vez al llegar nos hemos

encontrado con alguna que otra pareja que baja de su barca a montarse la fiesta. El día en que la descubrimos, la calita ya iba con una incluida.

Como durante las vacaciones no lo hacía con Bobi ni borracha, y ahora con Roberto, si viene, tampoco, porque no le gusta el agua ni traerse el coche, el siguiente día que volví con Bobi y la calita estaba libre, la vi como el mejor sitio para montármelo. No con Bobi, porsíaca, pero sí a mi manera. Allí, incluso ahora, estamos bien los dos. Da el solecito. Hay suficiente espacio para echarte a todo lo largo sin que el agua te moje los pies. Y si se pone pesado o juguetón, como entonces, le paro sus picardías y nadie se mosquea.

Total, que como ya sabía desde bien cría el gustirrinín que dan esos azotitos de la espuma que producen las olas, después de romper, al chocar en el caliente triangulito de mi tanga, se me ocurrió que allí podría experimentarlo directamente en la piel. No puede verme nadie antes de que lo vea yo. De todas maneras, tampoco es que me quede desnuda desnuda del todo. Tomé un buen rato el sol panza arriba, hasta que la licra de mi tanga se convirtió en un grill, cosa que me encanta. Antes, ya me había preparado la cama: un buen montón de arena pegado a la orilla. Cuando el ardor no me dejó vivir, me levanté y volví a tumbarme otra vez boca arriba, con el culo metido en el agua, las piernas bien abiertas, el triángulo al sol y la espalda recostada en la montañita, porque así puedo otear el horizonte. Entonces sólo tuve que retirarme hacia un lado la tela. Se aguantaba sola.

Ahora es más complicado. Desde que uso braguitas de biquini y no tanga, tengo que sujetar la tela con la mano.

40

Fue deliciosísimo todo ese proceso, hasta que exploté en un orgasmo lento, mejor dicho, en una sucesión de explosiones diferentes, a cuál más deleitosa. No sé si se podrá

sentir lo mismo cuando se llega a vieja, ni si entonces podré llegar hasta mi calita. Lo que sí me fastidiaría mucho es tener que leer esto para, al recordar, volver a practicarlo si estoy aburrida de todo.

41

Me vuelve loca el gusto que da espataarrarse en una cala, con la mitad del cuerpo sobre la arena caliente y el culo reposado donde se deshacen las olas. Con los labios del coñito abiertos como una ofrenda al contraste entre los rayos de sol y el fresquito del agua que te lo hace chisporrotear a intervalos, aunque a veces, en el momento en el que más la necesitas, la espuma de la ola ni siquiera llega a acariciarte. Cuando ya has alcanzado ese punto, ansiosa de que llegue la ola, si ésta te toca parece que, dentro, todo se te derrita poco a poco de placer. Pero como el latigazo es suavecito, si viene otra ola de improviso, y otra y otra y otra..., te mueres ya, vamos. Y si aparece algún plomazo, algún inoportuno, o una barquita a lo lejos, con volver a correr el visillo, solucionado.

42

Un día, creo que fue en uno de los veranos en los que mejor me lo he pasado, dejé de usar tanga por lo que ahora explicaré. El mar estaba tan soso, tan muerto, y yo tan encendida, que me desesperaba aguardando sus caricias. Me llegaba una ola sí y diez no. Ese día me arriesgué demasiado y, claro, al final pasó lo que pasó. Primero intenté terminar haciéndomelo yo misma, pero me resultaba frustrante porque no me venía. Se me ocurrió aprovecharme de Bobi, evitando llamar la atención, eso sí. Sólo con que me pasara la lengua por encima del tanga, tal como estaba ya, conseguiría que me

volara la cabeza. Me senté sobre el montón de arena controlando el mar. Y, ya se sabe, no tenía chocolate.

Abrí las piernas y lo llamé. Se hacía el remolón. Tuve que agarrarlo del collar y amorrármelo ahí, a ver si por el saladito de la tela ponía interés. Debió de pensar que quería jugar a algo más y se me subió encima. Me tiró. Casi doy la voltereta entera. Mis rodillas se clavaron en la arena, y él, revoltoso, se me volvió a subir. Esta vez por la espalda. Como yo seguía mirando al mar y estaba tan así, le facilité que se me arrimara, a ver si con un toquecito o dos, como hacen las olas cuando llego a ese grado de calentura en el que me encontraba, me hacía estallar.

No fueron ni uno ni dos. Atrevida, aguanté. Al cuarto o quinto toquecito, la simple tira del tanga no sirvió de barrera, y se coló. No me lo esperaba. No podía dejar ni que se me pasara por la imaginación. Por la agradable e inesperada sorpresa, y para registrar mejor los alrededores, abrí tanto los ojos que debían de parecer catalejos. Mi cabeza se negaba a continuar, pero los ardores me hicieron tolerarle todavía dos o tres empujones más. Cuando reaccioné, salí disparada hacia el agua, igualito que si arrancara para los cien metros lisos. Bobi, que todavía no me llenaba entera, debió de quedarse por lo menos un segundo suspendido en el aire, como si levitara. Se me había encendido la bombilla a tiempo. No podía arriesgarme a estar allí con el culo al aire ni un segundo más, aunque lo tuviese mirando hacia las rocas, cargando a Bobi en la espalda. Si hubiera aguantado un instante más, me habría resultado difícil dar esa arrancada. Era una cría, si me hervían las tripas me sabía incapaz de controlar mis instintos más primarios.

Él se vino detrás. Al pobre también se le veía excitado, tanto que se le salía entera. Comencé a nadar hacia el recodo de entrada a la cala para que se me pasara la calentura. Lo rodeamos y ni aun así. Al nadar, el roce del coñito con mis piernas y con el tanguita me desesperaba y me ponía a cien. Se me ocurrió una idea muy atrevida.

A unos metros de donde estábamos hay una de esas plataformas sumergidas que ese año estaba llena de arena. Las olas no serían un problema: ese día el mar estaba muy calmado; precisamente la falta de olas era lo que me había causado aquella ansiedad. El inconveniente era que esa plataforma, bueno, la plataforma no, el agua que la cubre, se ve desde la playa, que queda a unos trescientos metros, quizá más, pero con unos buenos prismáticos podríamos reconocernos perfectamente. Pensé muy deprisa. Ese día, en la playa no había contado más de cinco toallas y recordaba que no había visto a nadie con prismáticos. Además, a cuatro patas sobre ese podio arenoso, a mí, por encima del agua, sólo tendría que asomarme la cara.

No lo dudé más y nos subimos. Si me ponía de pie me cubría hasta media pierna. El mar estaba manso como una piscina. Me puse a disposición de Bobi y él no se lo pensó. Me montó y me penetró al instante. Creí que desde la playa nadie podría adivinar lo que estábamos haciendo. A Bobi, como mucho, le sobresalía un poco la espalda. También sobresalían nuestras cabezas, claro, y la mía no paraba de girar de un lado para otro, ciento ochenta grados, como un periscopio, controlando que no apareciera algún buzo de los que recogen moluscos, o una de esas barcas que recorren la costa llenas de mirones, porque éstos sí llevan prismáticos.

Y apareció una barca. La descubrí cuando estaba a punto de correrme. Menos mal que a Bobi no le había dado tiempo de ponerse a tope. Me sumergí y me revolví dentro del agua, soltándome de su abrazo. Seguro que no se enteraron de lo que vieron, no creo que tuviesen la suficiente imaginación, pero salí nadando hacia la playa, con Bobi detrás.

Semejante susto me enfrió bastante, aunque no del todo.

Nunca hasta entonces me había quedado tan mal, ni tan desilusionada. Eso fue lo que me decidió a no usar más tangas. Para evitar toda probabilidad de que Bobi me buscara las cosquillas y me entrara la tentación. Desde ese día siempre me baño con las braguitas del biquini. Bueno, ahora ya sé capear esas probabilidades, pero por si acaso.

45

Al acabar las vacaciones me pasó otra, y aún más gorda. Yo, por supuesto, aún era una bebita, si no, de qué me va a poner Bobi en tan gran aprieto. Es el momento de anotarlo. El percance pudo haber sido gravísimo. Por suerte conseguí tranquilizarme yo y que se relajara él. Fue una cuestión de apetitos, de querer más, de probar.

Ese día, en mi dormitorio, Bobi me había hecho subir a Júpiter. Júpiter es mi planeta preferido. Mi entrepierna estaba calentísima, y es que mi coñito parecía la turbina de un motor a reacción. «¡Cómo estaría María Santísima!», que dice mamá. El chocolate destinado a Bobi se derretió enseguida. Tuvo que estar un buen rato hurgando ahí dentro, muy al fondo. Me puso en órbita. La verdad es que no sé cómo su lengua aguantó sin quemarse antes de mandarme allí, a Júpiter. Después me calmé. Bobi, satisfecho con su morro dulce, todavía relamiéndose, se retiró a su rincón en la terraza. Al ratito volvió a aparecer en mi dormitorio. Yo acababa de lavarme y aún iba sin braguitas. Comenzó a dar vueltas a mi alrededor entorpeciendo mis pasos y como si ronroneara igual que un gato. Incluso se frotaba en mis piernas, acariciándolas. Me olfateaba la trasera y quería tocar de nuevo mis partes con su trufa, hasta el punto de que llegó a subir varias veces con delicadeza hacia mi espalda, implorando que me agachara. Jamás lo había visto tan empalagoso.

Supe enseguida que quería más, que reclamaba lo suyo. Pedía recompensa por la forma en que él me había satisfecho.

Por mi parte, yo nunca había experimentado eso de visitar mundos exteriores dos veces seguidas. Mi cuerpo se había enfriado, pero mi cabeza no, y me apetecía probar.

46

Sí, me apetecía. Ya en el estudio me puse a su disposición, hice de niña buena, como ahora. Pronto lo encontró. Se me coló a la segunda o tercera intentona. Aún iba un poco lubricada. A Bobi se le cambió la cara, claro. Creo recordar vérsela de pillo. Se embalaba. Parecía que remara a cámara rápida, en busca de su medalla, de su recompensa. Y eso, lógicamente, hacía que cada vez se le hinchara más y me llenara el interior.

Empecé a notar sensaciones extrañas, dolor. No estaba preparada para aquello, pero eso sólo lo entendí después. Me enfadé con él, le grité e intenté escaparme. Quería que se saliera. Bobi se bajó y se giró como pudo, tratando de huir, pero no podía soltarse, estábamos como enganchados. Él tiraba para un lado, aullando, y yo para el otro, y me dolía.

Me asusté mucho. Y en nada llegarían mis padres. Me puse a temblar. Pensarlo me aterrorizaba. Tirábamos pese al dolor, pero no había manera. El corazón se me aceleraba y acabé yendo hacia Bobi, de culo, casi arrastrándome. Me volví y le pasé una pierna por encima, igual que había hecho él, y entonces lo agarré para que no siguiera. Abrazada a Bobi, empecé a apaciguarme. Después me puse a acariciarlo. Pensé que era lo mejor, y así fue, se tranquilizó. Andando casi a ocho patas para salir del estudio por si aparecía mamá, esta vez yo encima de él, me sentía como pescada, con un ancla en mi interior. Hice como pude por trasladarnos a mi habitación y cerré la puerta. Después, escondidos en la ducha, esperé a que se me ocurriera algo mientras seguía acariciándole el lomo y las orejas con palabras bonitas, con cariño.

Y sí, se me ocurrió algo. Decidí bajarle los ánimos con

agua fría dirigida a lo único que realmente se le mantenía animoso. En diez minutos empecé a notar menos presión. Cinco minutos más y se salió. Al ver aquello lo comprendí todo. Le goteaba, pero poco. No le había dado tiempo de disfrutar. No había explotado dentro de mí, como era normal, y me pareció como si alguien le hubiese anudado su *bratwurst*. Su nudo fue el problema. Por fortuna, ese gran nudo se desinflaba por momentos, hasta quedar como cuando sólo se le adivinaba.

47

Dejó de extrañarme que me llenara toda. Fue mi primera conclusión. La siguiente, que mis simples apetencias y caprichos no me bastaban para poder recibir semejante mamotreto en mi interior. ¡Qué joven era! Falta de costumbre. Y, sin práctica, no se gana en experiencia ni se aprende nada. Ahora..., la inmensa mayoría de las veces, sólo soy capaz de hacerlo gracias a la experiencia.

Mis padres llegaron al poco, cuando todo estaba ya en su sitio. Yo, al oír la puerta, corriendo, volví a meterme en la ducha, porque todavía sudaba. Qué pena no haber estado empapada también por dentro.

48

A mi chico lo conocí semanas después de tan amarga púa. No fue mi intención, para nada pretendí que ocurriera. ¿Qué sabía yo? Su invasión, aunque fuese a puerta abierta..., entreabierta mejor dicho..., me sentó peor que un troyano y no supe reaccionar, reaccionar bien, por eso lo eché. Por un tiempo, Bobi me lo hizo pagar. Pasó varios meses que ni se acercaba a mí. No quería ni chocolates de mi mano. Yo lo

comprendía, pero no acababa de entender por qué era tan rencoroso.

49

A Roberto me lo presentó una chica de la compañía de ballet cuando yo todavía no era primera bailarina. Tiene tres años más que yo, casi cuatro. Entonces estudiaba periodismo, ya hacía prácticas en la redacción del diario más importante de la ciudad, y lo mandaron a cubrir una obra que bailábamos en el Teatro Principal. Al acabar la actuación, vino a los camerinos. Se empeñó en que su amiga nos presentara. Vi que pasaba olímpicamente de los primeros bailarines, y eso me hizo gracia. Bueno, eso y que se llamara Roberto. Me pareció muy guapo, pero me impactó más que se llamara Roberto. Bobi para los ingleses es lo mismo que Roberto, ¿no? Y precisamente esos días yo estaba muy ofendida con Bobi. Vaaale, al principio sólo apenada, pero es que su indiferencia llegó a cabrearme. ¡Hostia! Que me remordía la conciencia, vamos.

A Roberto no le hice demasiado caso. Un par de sonrisas por molestarse... y santas pascuas. Pero consiguió mi número de móvil y me llamó. Empezó a telefonarme con cualquier excusa que los dos sabíamos tonta, y eso nos hacía reír sin vernos las caras.

50

Un día logró que le enchufara la webcam. Me sacó mi dirección y nos pasamos al ordenador. Él me veía a mí y yo a él. Se había puesto una máscara de conejito. ¡Qué gilipollas! Pero nos reímos mucho. Sin embargo, enseguida me hizo pensar en Bobi. Estaba ahí tirado, en la terraza, y yo lo

miraba desde el estudio. Muchas veces me pregunto por qué Roberto se pondría esa máscara. Si no le hubiera dado por hacer el pavo, habríamos adelantado cantidad. ¡Es que era un crío! ¡Como todos!

De repente, me dio por cerrar el portátil. De golpe. Casi lo rompo. Salí a la terraza y acaricié a Bobi. Incluso le llevé uno de mis chocolates y yo misma se lo metí en la boca. Lo devoró. Yo ya me había tomado otro por el camino. Mientras duró esa época triste, comía más de la cuenta. No sé, como que me aliviaba la inquietud. Pero el chocolate no me hacía olvidarlo a él, lo bien que le sentaba descubrirlos en lo más profundo de mi regazo. ¡Olé, qué poeta soy!

Bobi se levantó de su colchón y comenzó a seguirme a donde yo fuese. Probé a recorrer toda la planta. No paraba de seguirme. Me hice ilusiones de recuperarlo, de, por qué no, poder compensarle. No quería ser egoísta y me ofrecí a él. Me puse a su altura, me sentía preparada, capaz de acoger sin problemas ese nudo, pero él ni puñetero caso. Pasó de mí como de la mierda. ¡Joder, si es que sólo de acordarme me cabreo! ¿Se me nota? ¡Coño, es que estoy cabreada! ¿Tengo que ocultarlo a alguien? Escribo esto para mí, y puede que alguna vez necesite saber lo que es estar viva. Bueno, cuando esté muerta o casi muerta por ser muy vieja, igual ni me apetece saberlo. Bien pensado, siendo muy vieja..., si me muero..., vale, y aunque no me hubiera muerto, tampoco me importaría que se supiera, cabreos aparte, lo feliz que me siento, lo bien que llevo mi vida, a pesar de que eso me descubra culpable de lo de Bobi. Si ahora que soy mayor me siento capaz de cargar con mis culpas, cuando sea vieja, más todavía. Total, para entonces mis padres ya no estarán y no podrán escandalizarse. Aunque dudo que lo hicieran. Si, como aseguran, hay un más allá, desde allí se alegrarán, solos o junto a mí, de saber lo afortunada que soy gracias a ellos.

Lo que no me gustaría, pobrecito, con lo enamorada que me tiene, es que mi chico se enterara, porque no sé si me entendería del todo. ¡Y pensar que en algún momento llegué a creer que acostarme con él significaba ponerle los cuernos a Bobi! Pero, claro, por mucho que las mujeres vivamos más que los hombres, pienso que, como lo de subir con Roberto a Júpiter alguna vez tendrá que ser, a pesar de que no lo logre igual que con Bobi porque sólo lo alcancemos ya en espíritu, a Júpiter, como está en el cielo, ascenderemos juntos mi chico y yo.

En aquellos días mis sentimientos hacia Bobi iban y venían. Tan pronto se me veía..., bueno, me veía yo, cabreada como apenada, ofendida como cariñosa, dolida como, y era lo que más me fastidiaba, llena de remordimientos. Si mi relación con Bobi no hubiera sido la que era, a lo mejor, con máscara y todo, Roberto y yo nos habríamos acostado antes. Aún no me había acostado con nadie. Él es mi primer chico, qué digo, mi único hombre.

52

Desde el día en que le di a Roberto con el teclado en las narices hasta que conseguí recuperar el cariño de Bobi, hubo momentos en los que me daba la impresión de ser igual que la perra de aquel negrero. A sabiendas de lo que realmente buscaba, no paraba de alternar carantoñas con cabreos.

Durante mi desesperada operación de conquista de Bobi, ahora lo puedo llamar así, Roberto seguía insistiendo. Yo ni siquiera me ponía al móvil. Siempre lo tenía lleno de llamadas perdidas tuyas. ¡Menudo pesado! Pero, por otra parte, no las borraba. De alguna forma, ya sentía la necesidad de tenerlo cerca. Coleccionar sus mensajes sin contestar en mi teléfono, mantener su nombre ahí grabado, me daría la oportunidad de conocerlo mejor más adelante, si aún me apetecía. Pero antes tenía que arreglar lo mío con Bobi.

Era una cría y Roberto despertaba mi curiosidad. Quería estar con un hombre, bueno, con Roberto..., aunque en el fondo poco me importaba que fuese con uno o con otro. Pero Roberto parecía simpático. Lo que pasaba era que, en el tira y afloja con Bobi, si algún día se me ocurría pensar en estar con Roberto, luego me sentía fatal. ¡Qué tonta! Cuando ocurrió lo del negrero, ese pobre al que convertí en un salido, creo que sentí celos de Bobi. Y ahora que había surgido Roberto, me preocupaba que Bobi pudiera sentir celos por mí. ¡Qué flipada! Siempre he tenido lo que he querido, por entonces de lo único que iba escasa era de ideas claras. Igual no las necesitaba. ¿Para qué iba a necesitarlas? Las ideas claras no me hacían falta para nada.

Bobi, poco a poco, semana a semana, se me escapaba menos.

A los tres meses, puede que cuatro, ¡si lo pienso me reboto!, conseguí que volviera a saborear el chocolate entre mis piernas, sentada en el taburete. Lo había intentado ya colocándomelo detrás, a cuatro patas, por si picaba, pero en esa postura era como si me tuviera miedo. Ni se acercaba.

Un día, cuando yo ya estaba segura de que iba a recuperar a Bobi, le cogí el teléfono a Roberto. Se alegró mucho, y eso me llenó de satisfacción, lo reconozco. Pensaba que si Roberto insistía tanto era por darse el gustazo de mandarme a la mierda en directo. Sus mensajitos tan afectuosos y divertidos, a los que yo no contestaba, podían ser sinceros o una trampa para que me confiara.

Comenzamos una relación telefónica. Al principio yo no quería verle la cara, no fuese a salirme otra vez con la máscara de conejito. Para que se la viese, empezó a venir por el estudio de la compañía, a buscarme a la salida de los ensayos. A mí no me parecía mal. De hecho, en el trayecto hasta mi casa, tomáramos o no algo por ahí, me hacía reír mucho. Con el paso de los días, incluso nos besuqueamos. ¡Madre mía, qué acaloramiento, aquellos primeros besos! Nunca me había besado con nadie.

Cuando él daba a entender que quería más, yo lo cortaba. No me gustaba ir de estrecha y menos aparentarlo, pero mi sentimiento era como de remordimiento, de que había algo que no estaba haciendo bien. Claro que, en cuanto llegaba a casa y veía a Bobi, se me pasaban las culpas. Y antes de cenar, incluso conseguía que se me pasaran los acaloramientos.

Con mis padres danzando por ahí, y con la excusa de que necesitaba otra ducha, que además era cierto, me encerraba con Bobi en el baño de mi habitación para darle su chocolate desde el taburete de plástico. Después, tras la obligada revisión de su morro, lo echaba de allí y venía mi remojón, ¡claro que sí!

Una tarde, en su coche, Roberto me confesó que no había estado con ninguna chica, por lo menos físicamente. A lo único que había llegado era a tontear con alguna a través de la pantalla del ordenador. Le pregunté qué entendía él por tontear a través del ordenador. Y su respuesta me dejó pasmada. ¡Qué divertido!... Lo llamaba cibersexo. Me dio lástima. Yo tampoco conocía el calor humano, pero no creía que fuese muy diferente al que me daba Bobi. Aunque igual resultaba más agradable que el que conseguía de él.

Ese día en que habló de su cibersexo, Roberto se encendió tanto como yo. Vamos, que estaba cachondo perdido y dejó que yo lo notase. Me pidió que le tocara. Jamás le había cogido el pene a nadie, ni siquiera a Bobi para guiárselo. Bueno, Bobi no necesita que se lo toquen ni para eso.

Mi mano se perdió bajo su pantalón y, por el tacto, vi que la llevaba grande y dura. No tan grande como la de Bobi, calculé a ojo, y dura, ni idea de si más o menos, porque como a Bobi nunca se la había manoseado... Lo que estaba claro es que Roberto no tenía nudo. Bueno, no voy a hacerme ahora la lela. Aunque antes de conocer a mi chico no tenía ninguna experiencia, a los trece años ya sabía perfectamente cómo se le ponía a un hombre cuando estaba excitado. Lo veía en las revistas que traían algunas compañeras a clase, en internet y, cómo no, al natural: en cuanto el gimnasio se quedaba vacío, esas mismas compañeras y yo nos asomábamos a unas rejillas que daban a las duchas de los chicos. Y un día pillamos a un amigo que se la estaba meneando. Y también vi a alguien..., pero es igual. Lo que ni imaginaba, ¡ahí sí que tuve una sorpresa!, era lo que podía aumentarle a Bobi: de que casi no se le viera hasta llegar a formársele semejante nudo.

Mientras yo se la acariciaba a Roberto, para arriba y para abajo, como mejor podía, él se empeñó en meterme mano levantándome la falda. Yo le dejé, claro. Estaba impaciente por saber qué iba a ocurrir... Y nada más tocarme, me corrí.

Él también se fue enseguida. Me puso la mano pringosa. Pero me di cuenta de que no chorreaba ni la cuarta parte que Bobi. No dejaba de ser una ventaja. Si no, ¡anda que buenos se le habrían puesto los pantalones!

Me acompañó a casa y no dijimos ni Pamplona. Yo pensaba en Bobi; él, a saber en quién. Nos despedimos con el frío y puñetero clásico de «ya nos veremos».

Ya he anotado, creo, que Bobi tiene un sexto sentido.

Esa tarde era todavía pronto. Mis padres tardarían aún en llegar. Yo tenía que repasar la siguiente clase de inglés.

Nada más cerrar la puerta de la entrada, oí que Bobi bajaba las escaleras como un cohete borracho. Hasta se oían sus patinazos en los rellanos. Hacía tiempo que no venía a recibirme, y menos con tanta alegría. Al encontrármelo en el salón, fue como un impulso, me agaché y me abracé a él. Le rodeé el cuello y comencé a hacerle mimos, casi a besarlo.

Tras el primer alegrón, nos fuimos a la planta de arriba. Al ver cuánto me quería, me entró un bajonazo, un sentimiento de culpa. ¡Qué borde! ¡Mira que sabe! Por eso recuerdo ahora lo del sexto sentido.

No paraba de saltar y de corretear a mi alrededor, tanto que estuvo a punto de tirarme. Pensé que me quería más de lo que yo había creído. Estaba mimoso. Arrodiada, volví a contemplarlo. Resulta que lo que estaba era un pelín salido, o sea, que se le salía un poco. Me acordé de lo que había pensado en el coche con Roberto. No conocía su tacto, qué se sentía, y mi mano, como un autómeta, se fue a tocarla. Empecé a acariciarle la piel ahí abajo, mientras él me lamía la cara. Desde cría no me había lamido la cara. Me trajo buenos recuerdos, pero ya no me gustaba. ¡Cochino! Aun así, le dejé hacerlo: ni de cofia quería que se amargara de nuevo.

Al ver que le asomaba cada vez más, se la agarré con la palma de la mano. Empecé a menearla como sabía que hacían los tíos, igual que había hecho con Roberto, pero enseguida la solté. Nunca lo he vuelto a intentar. Sigo sin poder con la gelatina, y lo de Bobi tiene un tacto muy gelatinoso, como viscoso. Además, no necesita para nada que se la manoseen: sabe ponerse a tono él solo.

Como apuntaba, ese día fue un poco por curiosidad y por creer que se lo debía. Me habían comentado que los hombres

se cabrean mucho si los dejas a medias, que te llaman calientapollas. No quería que Bobi pensara eso de mí. Vamos, que no le caería esa breva, porque no iba a darle la oportunidad. Y qué mejor momento para tratar de recuperar nuestras satisfactorias relaciones. Si conseguía que me perdiera el miedo...

Rápida, mientras Bobi me taladraba con sus ojos llenos de pena, como si me acusara de algo, ¡el muy perro!, y me tuviera que remorder la conciencia por algo, me quité la falda y las braguitas. Primero me monté encima, como hacía de cría por cabrearlo un poco, pero sólo un poco, no fuera que no se creyese nada y me dejara con el culo al aire. Compuesta y sin novio, que decía mi abuela.

En cuanto me vio en el suelo, a cuatro patas, y comprobó que me podía montar, ni se lo pensó. ¡Se puso contentísimo! Yo estaba a puntito. Mi rajita..., bueno, mi coño, era caramelo líquido. Y me cogió a la primera. ¡Qué maravilla! No hubo el menor problema, casi alucino. Había leído que, cuando se hacían las paces, las primeras veces después de un buen enfado eran únicas. Y pensé que nuestra reconciliación duraría para siempre y que en adelante todo sería como aquel día.

60

La tarde siguiente, Roberto, sin llamarme antes, volvió a presentarse a la salida del ensayo. Sólo le di un besito de bienvenida, ¿o era de cortesía? Estuve como muy fría, distante. ¡Qué pobre! Él venía apenado a decirme que se iba. Sin ser de deportes, lo mandaban de prácticas en vacaciones, durante más de un mes, con los que cubrían la Vuelta Ciclista. Encima, esa tarde, el muy pavo, me pidió que le enseñara los pechos. Quería llevarse un buen recuerdo. ¡Ni que se fuera a la guerra! No sé, sería que había visto muchas películas. Estaba rebotada conmigo misma, con mis contradicciones, y él pretendía que le regalara un bonito

recuerdo. Además, ¿qué pechos? Ya se veía que no soy una recauchutada. Por otra parte, ¿para qué las quiero? No podría bailar... Pero enseñarle los dos garbanzos que sobresalen de mis castañas... Es que mis areolas todavía me parecen castañas. Pálidas pero, eso sí, de lo más gruesas. Sus «garbancitos», así llama a mis pezones. ¡Es tan cursi! Como que iba a tragar...

61

Me llamaba al móvil casi todas las tardes, cuando sabía que no estaba ensayando. Por las noches, desde su hotel me localizaba en el portátil. Ahí nos veíamos y hablábamos.

Un sábado me pasó una de tebeo. ¡Mi chico! ¡Qué oportuno! Como con Bobi hacía días que había hecho las paces, pues eso, que ya nos llevábamos muy bien. A media tarde di por finalizada una obra nueva en mi equipo de grabación. Estaba muy contenta, pero agotada de toda la semana. Cogí el portátil, me fui al dormitorio y me arrodillé en la alfombrilla de la cama. Lo coloqué sobre la colcha y comencé a navegar buscando un libro que quería comprar. Mejor dicho, averiguando en qué libro trataban mejor el tema que me interesaba. Todos eran de vergüenza. ¡Qué disparates llegué a ver! Por fin encontré uno que se podía pedir por internet y que, por lo que decía la sinopsis, me apetecía leer: *El amor por los animales como excusa en las relaciones zoofílicas*. Mientras miraba otros y cómo y dónde poder recibir ése, vi a Roberto conectado y pidiéndome entrar. No quería dejar ese mundo que estaba investigando, y no le hice caso. No eran horas. Ya habría tiempo después.

62

Estaba tan metida en mi búsqueda que ni me enteré de que se acercaba Bobi. De repente, sentí las almohadillas de sus manos sobre la camisa del pijama, a la altura de los hombros. Yo llevaba el pelito corto, me gusta llevarlo así, y noté su lengua en mi cuello. Estuve a punto de echarlo, pero no me atreví. No me molestaba y lo dejé que jugara un poco. Corrí el portátil hacia delante y apoyé el estómago en la cama. Me encontraba cómoda. Iba sin braguitas, pero con el minipantaloncito del pijama. No había peligro de que me sorprendiera en frío.

Bobi enseguida tomó posición. Colocando sus manos sobre la colcha, me montó y arrancó con sus acometidas. Yo seguí con lo mío, y no sé si para que le hiciera caso, de vez en cuando se aupaba hasta llegar a mi cuello a darme un lametoncito. Empezó a calentarme, claro. Y eso que yo no quería, pero, con una prenda de seda tan cortita, se la notaba demasiado.

Me sonó el móvil. No me quedó más remedio que cogerlo, porque si no contestaba ni en el ordenador ni al móvil, Roberto iba a preocuparse. Me puse a hablarle como si nada, y entonces comencé a excitarme más. Debió de ser el morbo de tontear con dos a la vez.

No sé por qué, de buenas a primeras me salió así; hice, creo, la única guarrería de mi vida. No he vuelto a hacer nada parecido; por lo menos, no en plan morboso. Bobi seguía insistiendo. No me costó retirar con una mano la pernera del pantalón..., y entró. De refilón, le vi cara de felicidad. Seguir hablando con Roberto me ponía a mil. Y, mira por dónde, va y se le ocurre la genial idea: me pedía pasarnos al portátil, vernos las caras. Por un momento me pregunté si también él tenía un sexto sentido e iba de perverso. ¡Está claro que le dije que no, que estaba desnuda! Ahí fue cuando se aprovechó de mí, porque tuve que prometerle una cosa que me llevó a iniciarme en un nuevo juego que no conocía: la provocación.

Él insistió e insistió, quería verme en bolas, mientras que yo casi ya no podía ni hablar. Ante mis negativas, fue bajando el listón. Se conformaba con que le enseñara los

hombros y la cara. Y a eso, ¿cómo me iba a negar? Pero lo que no creía que supiese era que detrás de mi cabeza vería la de Bobi con cara de cabrito sacándole la lengua. Hice como que intentaba conectarme, ya no aguantaba más, de un momento a otro Bobi me haría gritar. Le dije que el maldito ordenador no enganchaba la función de videoconferencia y le prometí que en cuanto lo solucionara le enviaría, aunque fuese por satélite, su bonito recuerdo, mis pechos. Le dije que mi madre me llamaba y tenía que colgar. Le colgué, y al instante me corrí.

63

Me pensé lo del libro. Era un problema recibirlo, tanto como tenerlo en casa, y pasé de él. Ahora ya me da igual. Pero, bueno, si lo publican en ebook...

64

El domingo volvió a llamarme. Estaba al tanto de que no suelo salir. Yo no sabía de qué iba. A ver si resultaba que era un morbosos y, pudiendo pasar directamente por mi ordenador, primero empleaba el móvil para calentarse la cabeza. Me preguntó cómo prefería mandarle su recuerdo: de golpe, poquito a poco sentada ante la webcam o bailando como en un *peepshow*. ¡Lo mismo se creía que era una guarra! Daba la impresión de que tuviese derecho a una peli porno y le diera marcha asegurarse antes de cuál proyectaban. Pero, en fin, se lo había prometido.

Era la ocasión para saber cómo funcionaba Roberto, hasta dónde podía llegar.

Le dejé elegir cómo lo quería, y claro, escogió el estriptis-estriptis. ¡Hombres! Pensé si habría visto él muchos

Coloqué el portátil en la consola modernista y conecté la webcam. Él ya estaba sentado frente al suyo; debía de tenerlo encima del pequeño escritorio que hay en todos los hoteles.

Comencé a danzar. Yo no había ido nunca a un *peep-show*

. Sí lo había visto en alguna película. No sabía qué hacer, qué enseñarle, cómo mostrárselo. Jamás he usado viso, y antes de conectarme cogí uno de los picardías con los que duerme mamá. Me vendría bien para lo que al principio planeaba hacer. Los tirantes se bajaban enseguida. Era de raso fino, cortito y holgado, casi igual que un traje de ballet.

En plena evolución, me puse a bajar y a subir los tirantes, más bien a subírmelos, porque el picardías, con el movimiento y sin sujeción delante, aunque quería engancharse en mis pezones, se me caía solo. Entre giro y giro veía la cara de Roberto: tenía los ojos como platos y parpadeaba mucho, me parecía a mí que más de la cuenta. Se me salió uno de «sus garbanzos» y lo volví a cubrir. ¿Se hacía así? Claro que se hacía así. Empezó a gustarme.

Sobre el tablero de la mesa únicamente le veía un brazo, el otro parecía tenerlo debajo. No caí en el motivo hasta más tarde. De repente, apareció mi otro pezón, dos segundos, y de nuevo lo escondí. Los ojos se le salían de las órbitas, recordaba a uno de aquellos antiguos dibujos animados, y eso me animaba, desde luego que sí. Dejé caer el picardías al suelo, no podía atascarse en mis caderas, porque no tengo. Mi estriptis iba a salirme perfecto. Salté de él como si estuviera en el escenario e inicié una danza oriental, tapando y destapando los pechos con las manos, mientras pensaba qué más hacer. Entonces caí en la cuenta. ¡Coño, se estaba pajilleando! La contracción de los músculos de su cara y la del brazo izquierdo, que parecía manco, lo delataban.

Lo consideré una obscenidad, una guarrada absoluta. Era como si a mí me satisficiera acariciarme mirando a Bobi por el ojo de una cerradura. Aquel sentimiento hizo que me decidiera. Quería que se enterase de lo que se perdía por impaciente y grosero. De espaldas a él para no verle la cara, me quité despacio, muy despacio, el pantaloncito de seda. Por no vérsela y también..., qué casualidad, porque llevaba un tanga. Más morbo. Me aproveché. Ahora sí quería observar su bonito rostro... de marrano.

Me di la vuelta. Comencé a bajarme el tanga hasta dejar al aire mis cuatro ricitos morenos y lo fui sacando lentamente de una pierna, en un movimiento de ballet. Con la otra, por la que mi delicada prenda se había deslizado al suelo, practiqué el paso de la oca y, con los dedos de ese pie tocando casi a un lado de la cámara, el tanga acabó colgado en la esquina de la pantalla del ordenador. ¡Qué cría! No había bailarina de estriptis que superara aquello. Y entonces noté, por más que él intentara disimular, que se iba.

Pero faltaba lo mejor, lo que vuelve loco a Bobi: mi pequeño culito respingón, así, oferente, como más le gusta. Doblando la espalda hasta agarrarme los tobillos con las manos, se lo enseñé, un segundo. Al volverme de nuevo, se había ido, pero de verdad. ¡Cobarde! Ya había desconectado la webcam.

Y para rematarlo, además de semejante cochinada, por mi parte más bien una astracanada, que si yo me hubiese visto a mí misma no habría parado de reír, después Roberto no se atrevió a dar la cara. Al menos, eso creí yo. Vamos, que ni me llamó. Así que pasé de él. Por unos días.

Ya he escrito antes que si, cuando lo de la carita de gilipollas..., de conejo, lo de la máscara de conejo quiero decir, me hubiera llevado bien con Bobi, a lo mejor no habría pasado esto. Esta pérdida de tiempo. Que habría sido todo más directo. Yo habría ido al grano y él no habría dudado.

Y, claro, durante este *impasse* de morro largo por mi parte y de autismo total por la suya, me estaba llevando con Bobi estupendamente. Tan de maravilla que no me preocupaba que pudiera volver a alejarse de mí. Eso significaba que otra vez empezó a picarme el gusanillo: de nuevo me pregunté cómo sería probar con un chico, y ahora ya sin absurdas comidas de coco, de algoritmos con los que resolver todas las tonterías que me habían pasado por la cabeza por culpa de Bobi. Además, empezaba a picarme por Roberto, pero esta vez en serio. Y me acordaba de él a todas horas.

Porque tampoco sabía si su espantada se debía a que era un cobarde o a que se lo había pensado mejor. Igual no le gustaban las delgadas y, en realidad, para poder llegar al orgasmo, en vez de mi cuerpo había tenido que echarle imaginación para ver el de otra.

Tanta comedura de tarro me impedía centrarme en mis cosas. Sólo el estar con Bobi, cuando nos recreábamos, me hacía estar en lo que celebraba, pero, en cuanto me soltaba, vuelta a pensar en lo mismo.

Me enteré por la televisión de que se había acabado la Vuelta Ciclista. Y supe por su amiga, me lo dijo en un ensayo, que el causante de mis desvelos había regresado. Me lancé a montármelo con Julio, un compañero de danza. Bueno, no exactamente montármelo. Sencillamente, le pedí un favor. Decidí seguir con mis experimentos de provocación, a ver si esta vez me salía mejor.

Ya tenía arreglado con la amiga de Roberto, con la que me llevaba bien y ahora aún me llevo mejor, que se pasaría con él por un pub que hay cerca de la academia de música. Se trataba de ponerle los cuernos. Bueno, de que lo pareciese, a ver si se moría de celos. Y para eso había quedado con Julio. Él estaba dispuesto incluso a darme un piquito si yo lo creía oportuno. Es un santo.

Resumiendo: Roberto sólo me saludó de lejos y eso me cabreó tanto que, más que Julio me besase, necesité besarlo yo. El tío se comportó. Porque, no sé, igual me pasé con él un poco. Al volver la cabeza para ver la reacción del bobo que tenía enfrente, aún me cabré más. Es que Roberto ni se inmutaba.

70

Al día siguiente, con todo su descaro, vino a buscarme al estudio. Al final resultaría que no era tan cobarde.

Cuando salí a la calle, lo vi en la puerta hablando con Julio. Muy pegaditos y felices los dos; sobre todo Julio, que estaba superrisueño. Al ver que no me acercaba, ni siquiera para saludar a Julio, Roberto me llamó. Tuvo que correr detrás de mí y pararme en seco cogiéndome de un brazo. Decididamente, no era un cobarde. Daba la cara y me obligaba a darla a mí. ¿Qué pasaba? ¿Venía a disculparse por forzarme a ir de zorra, a desnudarme de esas maneras delante de él? Que quisiera justificarse de ese modo era lo que más temía.

Pues no. Se lo había contado todo su amiga, mi amiga. Gracias a ella estamos juntos. Roberto me salió con que para que fuese por ahí tonteando con un homosexual... No sé si dijo «con un» o «con otro»..., ¿ves lo que ocurre? ¡También puede ser que, si dijo lo segundo, que él era otro invertido, se me anublara la cabeza! Total, que estaba dispuesto a probar otra vez conmigo, porque le gustaba, y mucho.

Me dejó pasmada. Así que lo que oí igual fue lo segundo.

Y es que me hizo caer en la única posibilidad con la que no había contado.

71

Nos largamos de allí a tomar algo. Yo, la verdad, iba muy preocupada. Entonces me lo confesó todo. Bueno, se sinceró, muchísimo más de lo que yo lo he hecho jamás en esas cosas. Creo que ahí empecé a enloquecer por él. Por eso no había estado con una tía, porque, tan tontas como yo, con lo guapo que es y lo bien que huele, ninguna se lo había llevado a la cama. El caso es que Roberto no salía de la duda de si le gustaban los hombres o las chicas.

Sí, he dicho hombres. Fue uno, un reportero de la edad de papá, la primera persona que se las apañó para seducirlo, poco después de entrar en el periódico, días antes de conocerme a mí. Ése era el culpable de que no me llamara. Había pillado a Roberto en la habitación del hotel justo en el momento en que yo le enseñaba el trasero. Peor: cuando su pene se derretía por mí. Uy, a ver si ahora la cursi voy a ser yo. Vale. Su polla, quería decir. La única que realmente me llena.

72

Hasta el día de esa desvergüenza, lo digo por ambas partes, a cada uno la que le toca, mi chico no había hecho nada con ése que no hubiese hecho conmigo. ¿Por qué no habría de creerle? Sería durante los días siguientes, por eso no me llamaba, primero le remordería la conciencia por haberle puesto los cuernos a él, y luego por encasquetármelos a mí, cuando ese cabrón, aprovechándose de su sentimiento de culpa, consiguió que se colocara para él a cuatro patas.

¿A qué me recuerda todo eso?

Lo de que Roberto se pusiera como yo me pongo para Bobi no me lo ha contado, pero me lo imagino. Y es ahora cuando tenemos la suficiente afinidad espiritual como para que me confíe estas cosas. Yo había pasado las mismas penurias, al incriminarme, con Bobi, pero Bobi es un alma inocente, no un cabrón como aquel reportero.

En su día ya le perdoné lo que me temía, aunque me jodiese. ¿Por qué no le iba a perdonar? Hoy, ya, como que me da igual.

Decidí sacar mis cartas. Sabía cómo jugarlas. Tenía la certeza de que estaba interesado por mí sin tener claro si seguía con el otro. Al fin y al cabo, se había corrido sólo con mirarme, o sea que le gustaba. No iba a permitir que un abuelo vicioso, me lo imaginé realmente baboso, no como aquel pobre que bauticé como el negrero, me quitara a quien entonces ya empezaba a pensar que era lo que más quería, después de mi familia, de los de casa, claro está.

Opté por llevármelo a la cama esa misma tarde, sin contemplaciones. Debía enterarse ya de lo que era una mujer. Antes, por tener los años que tenía, me he llamado cría. Pero esa tarde me di cuenta de que ya era una mujer y que la situación me obligaba a comportarme como tal. Además, ya había llegado mi hora, el momento de conocer, por fin..., varón. ¡Qué bien me ha quedado!, casi podría escribir una novela.

A la cama..., pero ¿a qué cama? No quería fracasar haciéndolo en su coche. Venía avisada por ese estribillo de «Qué difícil es hacer el amor en un Simca mil», que tantas veces había escuchado gracias a papá. Y su coche no es precisamente ése, pero por el tamaño sí que es parecido.

Roberto vive con sus padres, y yo con los míos. De tan ofuscada que estaba no lo recordaba, pero de repente caí en que mis padres no estarían en casa. Tenían cena en casa de unos amigos de esos tan europeos que comienzan a cenar a las nueve. Así que, como pronto, no regresarían hasta la una. No estarían mis papis, pero sí Bobi. ¿Cómo le iba a organizar esa canallada, y además delante de sus narices? Me lo pensé, ya lo creo que me lo pensé. Sólo faltaba eso parairme más del bolo. Y me fui. Desde luego que me fui.

Montamos en el coche en dirección a mi casa. Roberto no decía ni pío. Tanta decisión que había demostrado y, nada más dejarse convencer, empecé a notar que estaba cagado. Yo no paraba de darle vueltas a lo de Bobi, pero, si a él ya lo tenía, ¿por qué permitir que me quitaran a Roberto? ¿Iba a perder la ocasión de conocerlo desde otra perspectiva? Claro que no era tan perversa como para hacerlo la primera vez delante de Bobi. Ni la primera ni ninguna, pensé. Y tampoco tan tonta como para que pudiera meter la pata si él se empeñaba en querer meter otra cosa. Entonces, ni se me habría ocurrido cómo actuar. Pero no tenía por qué vernos.

Ese día, lo compré con su chocolate para que me dejara en paz. Aunque yo ya sabía, por experiencia, que algo se olería.

Salió a recibirnos a la puerta como un auténtico perro. Comenzó a dar saltitos a mi alrededor, cariñosísimo, incluso le gritó a Roberto. Bobi nunca le había tosido a nadie. ¡Qué retorcido! Empezó a liárseme más la cabeza. Pero yo estaba en mis trece. Se la iba a jugar con todas las de la ley. ¡Y anda que no se la jugué!

Subimos al estudio y lo atraje hasta la terraza con cuatro o cinco chocolates a la vez. Lo engañé, y por partida doble. Primero lo encerré allí a él, y luego nos encerramos nosotros.

En mi habitación. Sé que fui cruel, muy cruel. No teníamos que haber ido a casa. Sigo creyendo que eso es lo que aceleró su caída, la de Bobi, y también mi drama. Conociéndolo, era como si le pusiese los cuernos en sus mismísimos morros.

77

Había llegado el día de usar ese preservativo que mamá había metido en mi bolsa hacía más de un año, acompañado de buenos consejos. Ella misma se preocupaba de renovarlo cada tres o cuatro meses. Después ya me ocuparía de reponerlo para que no se enterase. A Roberto tuve que desnudarlo yo. Él, de estriptis, no tenía ni idea. Más bien parecía que viniese a terapia. Y yo fui de lanzada porque lo vi temblar desde el primer momento en que pisó mi casa.

A lo lejos, mientras nos besábamos, oía las quejas de Bobi, sus aullidos, nunca mejor dicho, de cabrito. Pobre. Sí que soy un poco borde. Es que me desquiciaba. Estuve a punto de abandonar, pero no debía consentírmelo. Con Roberto había decidido ir a por todas. Y le hice algo que para contentar a Bobi ni se me habría pasado por la cabeza. Se la chupé. Roberto estaba como ido. Yo no sabía si alguien se lo habría hecho ya alguna vez, si ese periodista salido se me habría adelantado, y temía que estuviese comparando. Se le puso dura, pero poco. Le coloqué la goma como había visto que hacían en un programa. Lo tumbé en la cama y me monté encima de él. Y nada. Yo no sentía nada y él creo que tampoco.

Me le ofrecí igual que a Bobi, como imaginé que seguramente se había puesto él para ese hijo de puta. Roberto lo intentaba, se frotaba en mi trasero, en mi coñito. Seguía sin ocurrir nada. Ya no sabía qué hacer. Mi fracaso estaba cantado. Y, de pronto, noté que me penetraba un poco. Al momento me di cuenta: quien comparaba era yo. Gimió como si se ahogara, y empecé a acordarme de sus besos, besos con aroma a canela y sabor agridulce. Besos y sensaciones que,

tiempo después, asocié a las emociones que desencadena el sexo, y que aquel día me emborracharon. Todas esas sensaciones que no puedo sentir con Bobi porque con él no tengo sexo. Lo nuestro, lo de Bobi y yo, no es más que un juego aprendido de pequeños, que nos produce un gran placer; aunque a mí, ahora, sólo muy de vez en cuando.

De repente dijo que tenía que marcharse. Se iba casi tan cohibido como al llegar, pero, justo al lado de la puerta, fue él quien me buscó los labios. Mis preocupaciones se habían quedado en la habitación. Bobi se aguantaba, qué remedio, y por fin se había callado. Disfruté tanto de esos besos, tantísimo..., más que de los anteriores..., que habría empezado de nuevo. Sin tocarme nada, me calentó de tal manera que estaba dispuesta a arriesgarme a que mis padres me pillaran a esas horas con un chico en casa.

78

Roberto se fue. Tardé tiempo en saber por qué. De pronto, me acordé de Bobi. Lo tenía encerrado. Nunca le había hecho esa putada. Subí las escaleras de dos en dos, como las baja él para recibirme si está cariñoso. Nada más abrirle, se me echó encima con tanto ímpetu que casi me tumba; quería alcanzar mi cuello, pero a su lengua le resultaba más cómodo lamer mis pechos. Instintivamente lo abracé con el mismo cariño que él me ofrecía. Mi chaquetilla del pijama entreabierta permitía que lamiera mis castañas. Era la primera vez que chupaba mis pezones y la primera que se ponían como le gustan a mi chico, tan duros y grandes que es verdad que parecen garbanzos.

Un no sé qué, algo que parecían escalofríos, me recorría el cuerpo. Eso me hizo mantenerlo abrazado mientras se aguantaba sobre los pies. Me apetecía experimentar, averiguar hasta dónde podía hacerme llegar. Había subido excitada y alegre por Roberto, pero ese recibimiento extraño, esas caricias, sus lametones me calentaban, no veas de qué

manera. Lo abracé con fuerza. Su tripa rozaba mis pantaloncitos de seda y comencé a restregarme contra su piel, a frotar mi pubis con él, mientras Bobi bailaba intentando acercárase más y más, para meter la puntita que le asomaba, entre mis piernas, poco más arriba de las rodillas.

Tuve un orgasmo maravilloso, sobre todo porque era muy diferente de los que hasta entonces había tenido. No había necesitado mancharme de chocolate, ni pringarme con sus escurriduras. El pobre se quedó chafado cuando lo dejé caer al suelo y me fui hacia el baño para ducharme. Aún venía detrás en plan lastimero, pidiendo cada dos o tres pasos que le dejara montarme.

Era tarde, pero no demasiado. Le había hecho una jugada tras otra. Se me removió la conciencia. Una más no. No lo merecía. Se iba a quedar totalmente empanado, sin entender nada. Lo metí conmigo en el baño y cerré la puerta.

Empecé a cerrarla cuando mamá se empeñó en que ya era mayorcita. Así que ser ya mayorcita me vino de cine. Si llegaban, tenía excusa. Siempre lo podía mojar. Diría que se había manchado a última hora en el parque, y con eso justificaría nuestra ducha. Le presenté mi trasera como él quería. Dio tiempo a todo, incluso tuve otro orgasmo, y súper, y mis padres no me pillaron.

79

Fue a la mañana siguiente, sábado, mientras paseaba con Bobi por el parque, cuando comencé a sospechar lo peor. Mamá, a pesar de sus advertencias, nunca me lo ha echado en cara. Sé que sólo yo soy la responsable. El caso es que lo vi bastante más torpe que en días anteriores. Solía lanzarle palos para que fuese a buscarlos, así se conservaba ágil y fuerte, y, tras dárselos a morder, revoloteaba alrededor de mí mientras lo levantaba. Pero ahora, cuando tiraba el palo, Bobi no sabía hacia dónde había ido hasta que no lo oía caer al suelo.

Una vez, vale, podía ocurrir. Pero que ocurriera dos, cuatro y hasta cinco veces empezó a preocuparme. También, de regreso a casa, una vez puesto su collar, notaba, al contrario que siempre, como si se dejase llevar, como si tuviera que arrastrarlo yo en vez de él a mí. Ya venía observando, desde varios días atrás, al sacarlo entre semana después de cenar, que no hacía caso a los semáforos como acostumbraba, simplemente quería cruzar, le daba igual en verde que en rojo. Por eso, al juntar una cosa con otra, me temí lo peor. Y lo peor, como me había pronosticado mamá, era que se quedase ciego.

80

Esa misma mañana lo llevamos a una clínica de guardia. Yo no perdía la esperanza de que fuese algo pasajero. Me decía que, quizá debido al disgusto de la tarde anterior por los cuernos que le estaba poniendo, el puñado de chocolates que le di le habían sentado mal y le habían provocado algo en los ojos, no sé..., un trastorno nervioso, algo parecido a unas cataratas que se pudiesen operar.

81

¡Qué ingenua! En cuanto el veterinario dijo que estaba ciego y que no había vuelta atrás, que posiblemente le habíamos obsequiado demasiado con azúcares..., se me cayó el mundo encima. Regresamos a casa mamá y yo en absoluto silencio, con Bobi tras la rejilla del maletero. Daba la sensación de que nos miraba, pero ya no podía vernos; sólo nos oía, nos escuchaba.

Nada más llegar, me encerré en mi dormitorio con él. De rodillas, abrazándole, lloré amargamente. Aún no sabía lo

que era llorar de verdad. Llorar por un ser querido con desesperación, con lágrimas de culpabilidad que no solucionaban lo que ya era irreversible.

Recordé alguna de mis rabietas de niña y me entró una risita histérica bañada en agua salada. Reviví las lágrimas por mi abuela, con la salvedad de que aquella pena estuvo amortiguada porque ya se esperaba su muerte. Lo suyo era inevitable, lo de Bobi no, lo de Bobi no era irremediable. Yo lo sabía. Me lo habían dicho. Tenía que haber evitado darnos tantos caprichos para librarlo de esa desgracia.

Me levanté sollozando y fui a por un chocolate. Ya no podía reparar nada, sólo alegrarle la vida que le quedara dándole, cada vez que lo pidiera, lo que más le gustaba. El hipo no me dejaba hablarle. Lo juré. Me entregaría a él siempre, cuando él lo quisiera. Se comió el chocolate sobre mi alfombra. No me importaba que se manchara. Y seguí llorando.

Mamá respetó mi dolor. Me di cuenta de que escuchaba desde el otro lado de la puerta. Por eso no me reprendió ni me lo echó en cara. Esa tarde la dediqué por entero a Bobi. No hice otra cosa que ocuparme de él.

82

Nos fuimos a dar una vuelta y al regresar nos duchamos juntos. Lo enjaboné con delicadeza con esa espuma que le encanta, que no escuece en los ojos por ser de bebé. Le masajeeé todo el cuerpo con mi aceite de baño, que le deja un lustre especial. Estaba más guapo que nunca. Le di su cena preferida. Aquel día, más que ningún otro, merecía olvidarse de sus galletas. Se merecía para él solo esa tortilla de gambas por la que se vuelve loco cuando nos ve comerla, y unas hamburguesas, de las que le preparan a mamá en la carnicería, exclusivamente con pavo y ternera. La tortilla se la hice de dos huevos. A partir de esa noche volvió a dormir, y aún duerme, sobre la alfombra de pelo que hay a los pies de

mi cama. Lucrecia le pasa el aspirador a diario y la lava una vez a la semana, pero yo la renuevo cada dos o tres meses, en cuanto coge un poco: de forma.

Ese día Roberto no dio señales de vida. Mejor. Habría sido... lo que me faltaba.

83

El domingo apagué el móvil y ni siquiera me conecté al wifi. Quería quedarme totalmente incomunicada. Si Roberto hubiese querido localizarme le habría resultado difícil: del teléfono de casa no tenía ni idea.

Me dediqué a mimar a Bobi y a componer música. Lo que grabé ese día, que he estado a punto de borrar varias veces, es lo más melancólico que me ha salido jamás. No puedo perderlo. Y no porque a Roberto le encante escucharlo si viene de visita a casa, aunque no sepa que él forma parte de esa melodía, de la tragedia que refleja esa pieza, ni en qué momento y por qué la creé. Por eso no puedo borrarla. No debo olvidar todo lo que he vivido. Cuando me falle la memoria muchísimo más que ahora, si me apetece leer estos apuntes, podré interpretarlos de una manera o de otra; pero si quiero saber de verdad lo que realmente sentía, sólo he de volver a escuchar esa música. Es la única prueba tangible que tengo para reconocerme y para revivir mis emociones, para recordar lo que me llevó a componerla.

84

Comencé este escrito como un recordatorio, y parece haberse convertido en una novela de amor. Con el tiempo, podría llevarme a conclusiones equivocadas. A creer que estaba enamorada de Bobi. ¿Enamorada de Bobi? ¡Qué

tontería! ¡Coño, que es un perro! ¿Cómo voy a estar enamorada de él? ¡Ni entonces ni nunca! Por el único que he estado coladita en mi vida, vamos, y lo estoy, ¡lo tengo muy claro!, es por Roberto.

85

Aún no sé cómo definir mi relación con Bobi. Si escribiera que siempre la he llevado como si fuese ese hermano que no he tenido... ¡Madre mía, si cayera esto en manos de alguna mente retorcida! Me llamaría pecadora. Pero ¿pecadora de qué? Bueno, dejémoslo estar. Nadie va a leerlo, y prefiero ver nuestra relación como... algo fraternal. Imagino que entre hermanos, por lo menos de pequeños, habrá la suficiente confianza para practicar todo tipo de juegos, que habrá el suficiente cariño para apoyarse y satisfacer necesidades como yo hago con Bobi... Aunque luego, una vez metidos en vida social, entre amigas sólo se juegue a lo que se juega entre amigas, y nos explyemos únicamente en lo que podemos contarnos las amigas, porque cada cual se guarda lo que se guisa en su casa.

86

Tras enterarnos de la ceguera de Bobi, salvo el lunes siguiente a tan gran calamidad, a Roberto no lo vi en unas cuantas semanas. Al principio, no le cogía el móvil; luego, dejó de llamarme.

87

Celebré mis diecisiete años cenando con mis padres en un restaurante japonés. A continuación, y ese día les pedí regresar a casa más tarde, con mis amigas en una terraza *chillout*. Pinchaba un DJ al que conocíamos de la academia; por entonces él ya estaba en el conservatorio superior de música, el mismo en el que, en cuanto comenzara el curso, entraría yo. También lo había celebrado en mi baño con Bobi esa misma tarde. Tras invitarlo a chocolate, su regalo fue lo que más agradecí. Ciego o no, era un buen comienzo, la confirmación de que podía volver a ser el de siempre. Pero mi último día de «pollita», que dijo mamá, sentí como si lo hubiese pasado a solas por no hablarme con Roberto.

88

De pronto, aquel maldito lunes vino a buscarme. Me lo encontré de sopetón en la puerta del estudio de danza. Fue capaz de dejar que pasaran dos días sin dar la cara, con todo lo que llevaba yo encima por la mala pasada que le había hecho a Bobi, o eso pensaba. Y ni siquiera tuvo la dignidad de preocuparse... Bueno, claro, no se había enterado de nada.

Pero ¿y yo, le preocupaba yo? Ni se interesó en cómo podía haberme quedado después de su espantada. Porque fue la segunda espantada, y más adelante se confesó. Me había entregado por primera vez a él. Era con el primero que hacía el amor, y lo sabía. Aunque luego dudara. Roberto llegó a preguntármelo hace unos meses. Se había marchado de mi casa dejándome con la miel en los labios y después... Vale, de acuerdo, al día siguiente me llamó, y como no atendí sus llamadas al móvil, igual ese día ni se le ocurrió cómo localizarme. Pero dos, dos días enteros... ¡Joder! Que no es tonto como para no haber pensado en venir a mi portal y llamar al timbre con cualquier excusa, o buscar en una guía el número de teléfono de casa. Porque si lo hubiera cogido cualquiera de la familia, no me habría quedado otro remedio que ponerme.

En fin, qué más da. Lo importante es que, en ese momento, yo estaba casi convencida de que mi relación con Roberto tenía la culpa de la ceguera de Bobi. Y sólo me preocupaba Bobi; lo demás me importaba un rábano. Y sí que yo era la responsable de lo que le ocurría a Bobi, pero no por haber estado con Roberto esa tarde en mi casa, no, sino por haberme aprovechado de Bobi, jugando a mi antojo con él en busca de mi satisfacción, aunque con el tiempo también disfrutara él. ¿Cómo no voy a permitir ahora que goce de mí? Demostraría una total falta de corazón.

Vale, a lo que iba, que paso de pajas mentales. Ese lunes mandé a Roberto a la mierda sin contemplaciones. No le dejé ni hablar. Se quedó más que cortado. No volvió a intentarlo. Fui yo la que lo busqué en cuanto el berrinche por la ceguera de Bobi se me fue haciendo lejano, en particular porque las aguas volvían a su cauce. Está bien, porque la que empezaba a aclararse era yo.

Terminó de espabilarme una diabólica experiencia vivida con Bobi, que me aterrorizó. A él, salvo por algunas mamarrachadas que me dejaban sorprendida, no parecía que le afectara mucho su nueva condición.

89

Nada más retomar mi historia con Roberto, me enteré de por qué había pasado de mí durante tanto tiempo. Él creyó que había fracasado conmigo, cuando yo, en principio, me conformaba con aquellos maravillosos besos; y es que en ellos había encontrado la diferencia.

90

Pensar que había fracasado conmigo, ¡qué peligro,

estando por ahí al acecho, en su propio trabajo, el reportero que lo acosaba! Sólo de pensarlo me pongo mala: ¡podría haberlo perdido para siempre! Y él se habría quedado de por vida sin saber lo que es una mujer. No sé qué ocurriría con aquel periodista en esa temporada oscura. Negra para nuestra relación. Eso tampoco me lo ha confiado, y no me atrevo a preguntar. ¿Para qué? No me gustaría que por una bobada, de la que yo y nadie más que yo habría sido culpable, pudiera llegar a estropearse todo.

Aquella tarde en mi casa, Roberto pegó un gatillazo. Sí, ¿y qué? Por lo que he leído y por lo que me habían contado, suele ser normal la primera vez. Bueno, al principio lo creí un gatillazo, pero en realidad fue una eyaculación precoz. Mira, qué más da si no deja de ser parecido. Vale, parecido no. Desde luego, una se queda peor si ocurre lo segundo, porque ya te has hecho ilusiones. El caso es que conmigo no ha vuelto a ocurrirle.

La siguiente vez que me acosté con Roberto, los dos nos teníamos muchas ganas y nos lo pasamos de locura, como casi siempre desde entonces. Aquello sucedió por un problema psicológico. Roberto, emocionalmente, era tan virgen como yo. La otra virginidad, la física, en mi opinión, sólo es cosa de coco. De lo enfermo que lo tenemos por toda la mierda que nos meten dentro. Por eso Bobi nunca se ha montado historias tontas en nuestras relaciones físicas, que me atrevería a llamar carnales y, si voy aún más lejos, de mutua satisfacción fisiológica, nunca sexual.

Estoy aprendiendo que el sexo sin morbo es menos sexo, o nada. Y yo, con Bobi, jamás hice algo que pueda llamar morboso. Bueno, hasta que Roberto apareció en mi vida. Y no fue por Bobi. La primera vez lo hice por Roberto. Y si algún día me aprovecho de este doble juego, sigue siendo por mi chico. En esos momentos, Roberto, sin saberlo, es quien me motiva, porque es el que me pone.

Claro que también existen sentimientos entre Bobi y yo; si no, ahora a lo mejor estaría pasando de él aun habiéndose quedado ciego, y sería una animal. Pero son sentimientos limpios, puros, de cariño, sin cortapisas mentales como las que tiene cualquier pareja y como las que pueda tener yo con mi amorcito, porque todos somos almas un poco taradas, complicadas. Y tiene razón papá: lo que nos ha enmierdado es... la religión.

92

En ese tiempo en que me distancié de Roberto, que ahora me lleva a estas comeduras de tarro, porque entonces no lo medité, o no era consciente de nada de lo que ocurría, Bobi continuaba igual de feliz, pronto me di cuenta.

Me informé de si darle chocolate, una pizca de chocolate si se lo merecía, ya ves tú, empeoraría su ceguera. Dijeron que, si no me pasaba de la raya, ya no. Y Bobi me tiene a mí. Él no necesita sus ojos. ¿Para qué los quiere, si ni siquiera me vería de verdad? Él me percibía en azul y amarillo, lo sé, lo investigué, y yo no soy así. Cuando aún no estaba ciego, los sentidos que más utilizaba eran el olfato, el oído y el gusto, por ese orden. Y de los tres sigue aprovechándose como nunca.

93

Ahora es capaz de reparar en mí desde muy lejos. Olfatea mi perfume en cuanto piso el portal de casa. Mamá se ha quedado asombrada más de una vez. Incluso detecta mi estado de ánimo, y lo respeta. Yo creo que hasta ha aprendido a intuir cuándo puedo resultarle más... fácil, bueno, más dispuesta. A veces tengo la sensación de que nota

si me despierto húmeda por algún sueño erótico que haya tenido con Roberto. Curiosamente, sueño sólo con Roberto, y en esos sueños jamás me penetra; nos quedamos en caricias, besos, refrotones de querer y no poder, porque se entromete algo que por otra parte me da mucho morbo. En aquellos días de distanciamiento, mis sueños ya eran sólo con Roberto, con ningún otro, y no creo que sea Bobi el tocahuevos entrometido.

No tengo malos despertares, y menos si me levanto lubricada, pensando todavía en uno de esos sueños eróticos con culminación frustrada. En el momento en que ocurre, entonces sí, ahí está Bobi y su cara de bobalicón, a los pies de mi cama, esperando que me incorpore con la sana idea de reconocermelo con su olfato, con su lengua. Enseguida me obliga a abrir las piernas metiendo el morro entre ellas, para llegar a saborear mi bollito por encima o a través de mi pantaloncito de seda. La mayoría de las veces no me puedo resistir, a no ser que se me esté haciendo muy tarde para llegar a clase.

¿Y por qué habría de esforzarme en rechazarlo, si se lo prometí? Además, cuando me levanto así, es lo mejor que me puede pasar para salir energizada de casa. Mi madre no se va sin tomar un tazón de café bien cargado, y a mí no me gusta el café.

94

Es increíble lo fino que se ha vuelto Bobi de oído. Lo llamo desde mi dormitorio con la puerta cerrada, y aunque esté en la terraza, con mis padres danzando por ahí, sólo se entera él; al instante, y sigiloso, porque es más listo que el hambre, ya lo tengo dando golpecitos con la almohadilla de su mano en mi puerta.

También vigila mi sueño. Da la impresión de que ni siquiera duerme. Pero yo, si me despierto a medianoche, siempre lo veo frito. Y aun con ésas, si mientras duermo me

nota inquieta, porque doy más vueltas de lo normal, o si me da por hablar dormida, o me quejo en sueños, como alguna vez ha dicho mamá que hago desde pequeña, enseguida se da cuenta y me despierta con dulzura.

Su sentido del gusto se ha desarrollado muchísimo desde que se quedó ciego, y he venido observando cómo ha crecido su necesidad de saborear. Casi se ha convertido en un gourmet. Da la sensación de que se recrea en degustarlo todo para ponerle nota. El chocolate le sigue encantando, claro, y también el sabor con un toque salado de mi coñito, que dice Roberto, o de los flujos vaginales liberados a causa de mi imaginación, ya sea despierta o dormida. Pero lo que más persigue, lo que le vuelve loco, lo que es como un jugo delicioso para él, como un néctar sabrosísimo, es mi regla, las secreciones de mi menstruación. Ya no me parece tanto una asquerosidad, y si le apetece... Es lo único que jamás se le ha ocurrido probar a Roberto.

95

La primera vez que a Bobi le dio por explorarme en uno de esos días que llevan a los hombres a decir lo raritas que nos ponemos, me quedé alucinada.

Antes de esto, que me salto los pasos, ya me había sorprendido que se adaptara tan pronto a su nuevo estado. Él me encontraba sin ver, aunque a veces le costara localizar lo que más le gusta y busca en mí.

Tardé unos días en dar con el modo de ayudarle. Al principio, si lo veía decidido y a punto para reclamarme, me ofrecía a él a gatas, en el suelo, pues para él era lo más sencillo. Y, aunque sabía que no necesita ver una vez que ya toma posesión de mi espalda, yo iba sin bragas, para facilitarle las cosas.

Pero había un problema, y es que Bobi no entendía muy bien por dónde debía montarme. Llegué a pensar que si se subía en mi trasera a la primera, como acostumbraba antes

de quedarse ciego, era por pura casualidad. Lo normal era que comenzara a dar vueltas a mi alrededor, relamiéndome toda la espalda y el culo sin llegar a adentrarse, como nervioso, acelerado, al no saber exactamente lo que buscaba o, mejor decir, dónde encontrarlo. Saboreaba mis piernas, empezando por los pies, y en cuanto se acercaba relamiendo a lo que deseaba, de repente, más histérico todavía, volvía a despistarse otra vez antes de alcanzar mi golosina. Es lo que más me enciende de Bobi. Lo malo era que me chupaba también la cara. Eso me produce cosquillas, y no muy agradables, y yo, riendo, le regañaba con cariño.

Cuando me entraba auténtica risa, no lo podía evitar aunque en el fondo me apenara su torpeza, era en cuanto pretendía subírseme al gorro y lo conseguía. O sea, montarme por la cabeza. De un impulso se me echaba encima y se agarraba con las manos a la altura de mis axilas, y a su cilindrito puntiagudo le daba el baile de san Vito mientras me apuntaba a la cara. Ahí sí que me partía de risa. Entonces me tumbaba hacia delante hasta tocar el suelo con el pecho para soltarme de su abrazo y se me espantaba un poco. Después, recomponía mi figura de potrilla sumisa y, al momento, ya lo tenía a mi lado. Me giraba y me giraba hasta orientar mi trasero hacia donde estuviera su simpatiquísima flecha: y es que esos movimientos espasmódicos que hace cuando la agita en el aire son de lo más graciosos, como de dibujos animados. ¡Y que si quieres!

96

Cómo no me voy a partir de la risa si, después de tanto esfuerzo para no darle tiempo a desviarse, no sé qué coño hacía Bobi pero siempre me lo veía de cara, con la intención de montarse de nuevo por mi cabeza. Me costaba un poco de suplicio convencerle de que por ahí no. A veces, que si las contara con los dedos me sobraban casi todos, se subía por su sitio como si nada y se enganchaba enseguida, casi a la

primera intentona, pero otras incluso debía ayudarle cogiéndolo de las manos para que posara su tripa en mi espalda en la posición adecuada.

Llegó el día en que, estando a solas con él en casa, se me encendió la bombilla. Bobi tenía que aprender de nuevo. Como si volviera a ser pequeño, como si empezáramos de cero. Qué fácil habría sido dejarlo de lado. Es que, resultándome tan trabajoso, a veces llegaba a cabrearme si ya me había hecho yo misma ilusiones. Pero no podía pasar de él, porque me obligaba el corazón y por conseguir que me las hiciera, cosa que aún logra en algún momento con sus perrerías.

97

Me acordé de un documental americano en el que varios cowboys, para marcar a unas vacas, las encajonaban obligándolas a entrar en un pasillo por el que no podían avanzar. La pobre vaca no tenía escapatoria, y los cowboys, lógicamente, sólo podían marcarla desde arriba o desde el lugar por el que la vaca había entrado, dejando a la vista la culera. Pensé que sería muy fácil crear un espacio parecido en el estudio de casa; así acostumbraría a Bobi a marcarme a mí por un solo sitio.

Junté los dos sofás por la parte de los asientos, hasta dejar el espacio justo que me permitiera introducirme en medio, y coloqué una silla para cerrar el pasillo, con el respaldo hacia donde iría mi cabeza. Así sería imposible que se confundiera. Gateando, me metí dentro y quedé encajonada como una de aquellas reses, dispuesta a esperar su hierro, y ya mentalizada para recibirlo ardiente.

Lo llamé. Ese día sí que me reí. Ni siquiera Roberto, con lo divertido que es cuando quiere, ha conseguido que me ría tanto. Pero fue también una de las experiencias que más me ha hecho reflexionar.

Bobi apareció enseguida. Subió de la cocina como una

bala perdida. Y aun así me encontró. Bueno, que me encontró a mí es un decir. Lo que allí le esperaba era un pedazo de carne enlatada. Era mi carne dispuesta a ser degustada desde una única abertura que mandaba directa a la que, entre mis piernas, comenzaba a palpar. Porque llegué a sentirme carne, sólo carne, toda carne, y nada más que para Bobi; y eso, lo noté al instante, como que me excitaba más de la cuenta. No he vuelto a repetirlo. Aquello, física y mentalmente, fue una sensación extraña que me trastornaba y me hacía pensar de un modo raro. Tanto que encubría mi personalidad hasta anularla, y con un resultado glorioso. La cosa es que, al analizar retrospectivamente, en frío, lo que viví, me provocó no terror, como dije en uno de estos apuntes, pero sí cierto pánico. Pánico a crearme una nueva necesidad que yo no necesitaba para nada.

Y con eso me paro.

98

Vuelvo a lo que me importa.

Me reí, me reí y me reí. Bobi sabía que tras ese parapeto estaba yo. Olía mi deseo. Oía los latidos de mi corazón, mi respiración. Pero no acertaba a encontrar por dónde entrar. Empezó a dar vueltas y a rodear los sofás; primero despacio, tomándoles las medidas; después cada vez más rápido, medio enloquecido, tanto que incluso dio algunos cabezazos contra los respaldos. Yo anhelaba que hallara el camino lo antes posible. Empezaba a estremecerme entera.

Se subió a la silla e intentó saltar por encima del respaldo, y entonces fue cuando comencé a carcajearme. Tuve que sujetar la silla por las patas para que no la volcara sobre mi cabeza. Luego Bobi saltó y cayó en uno de los sofás. Yo estaba desnuda. Desde el asiento del sofá, Bobi me olfateó con su trufa tomándose su tiempo, reconociéndome: mi espina dorsal, mi pompis, mis caderas; me lamía toda, a la vez que me masajeaba con sus almohadillas en puntos

inesperados, pero no encontraba el sitio apropiado para bajarse y poder montarme. Saltaba de un sofá a otro y vuelta a empezar. A mí se me aceleraban los tembleques, se redoblaban mis carcajadas. Me vibraban las piernas, ahí arriba, entre los muslos, y entonces, con el descontrolado castañeteo de mis mandíbulas, ya, me entró una risa tonta. Necesitaba que me llenara, cada vez lo ansiaba más. Había iniciado el experimento para que Bobi aprendiera a localizarme, y la que descubría sensaciones nuevas era yo. Me dolía en lo más acogedor de mi sexo, que palpitaba deprisa, muy deprisa por fuera, pero también por dentro, contrayéndose, para intentar abarcar lo que no había, el vacío.

No sabía qué hacer, cómo dirigirlo sin hablarle, no quería hablarle, era un subidón tener que esperar, no poder decidir. Fue cuando me di cuenta de que lo que me había puesto así era el ofrecérmelo como un trozo de carne. Él seguía recorriendo mi cuerpo desde arriba. Subía y bajaba de los sofás, y en cuanto lo tenía detrás, yo agitaba las caderas, meneaba el culo como una cabaretera, a ver si así lo atraía hacia mi rajita, porque no entendía que ésta, por sí misma, con lo que manaba de ella, no fuera capaz de atraer su olfato, y eso me desesperaba.

Eran sus nervios, esos nervios provocados por mí y que, de rebote, me producían una insatisfacción que me aturdía y me complacía. Yo quería y no podía, y esa ansiedad me derretía por dentro.

De repente noté la frialdad de su trufa recorriendo el canal de mi trasero. La sentí hundirse entre mis labios, en el manantial que nacía de ellos, impregnándose de caldos que hervían; y seguidamente su lengua, por lo general templada pero en ese momento casi helada comparada con mi calentura, que, como a latigazos, penetraba en mi rajita para degustarla. Fueron tres pinchazos que me electrizaron entera, provocándome cada uno un calambre que me obligaba a exponer más el culo. Tres sacudidas de esa lengua punzante que imaginé como de iguana, y que me hicieron desear más.

A la cuarta sacudida, ya era él. Ya era Bobi por fin, no una

iguana. Lo había notado volar, no se lo pensó. Sin despegar los pies del suelo, sus manos cayeron una a cada uno de mis lados, una sobre cada sofá, y su minga se lanzó de cabeza a mi interior, como si se tirara a una piscina para darse un chapuzón.

99

Con esta única, o sea que también primera, experiencia puede que me haya recreado demasiado a la hora de anotarla. Pero no he querido resistirme. Es porque soy consciente, ya lo fui en su día, de que hay cosas que es mejor no volver a tocarlas. En su momento, me horrorizó la idea de tener que llegar a experimentarlo de nuevo, el necesitar esas sensaciones para seguir viva, el no vivir, como si me hubiera convertido en una yonqui. Llegué a sentir que era algo sucio, a temer que fuese algo obsceno. Mentalmente turbio. Sentí que si empezaba a depender de eso sería como caer en el pozo negro de casa de la abuela, acabando, por sus propios efluvios, sin poder salir y cada vez más hundida en él. Hecha una ruina y sumida en un sinvivir.

100

Aquellos pensamientos, la conclusión de que no debía caer en ese torbellino de placer donde sólo me rodearía el vacío, fue lo que me devolvió a Roberto. Pensé con renovadas ganas en él, en su máscara de conejo, en la maravillosa ingenuidad de lo que hasta entonces habíamos vivido juntos. Y también pensé en lo sano de las relaciones que había mantenido con Bobi, sin comidas de tarro, hasta ese momento. Yo necesitaba eso: seguir riendo, seguir sintiendo sin malicias. Disfrutar, consciente, de mi felicidad.

¿Malicias o lujuria? Quizá, en vez de malicias, debería haber escrito lujuria. Puede que así quedara más claro lo que sentí. Bien, prometo consultarlo en el *María Moliner* que tiene mi padre, que ese diccionario no falla nunca, no se me vaya a ir ahora el santo al cielo.

Tampoco a Bobi le hizo falta que volviera a encajonarme para él. Se ve que, esa única vez, tuvo tiempo, y lo aprovechó, de reconocer todos los poros de mi cuerpo con su olfato hasta dar con el apropiado. Se le quedó bien grabado. Raramente ha vuelto a equivocarse. Y si en alguna ocasión no acierta, creo que lo hace por jugar. Se nota, y es que se le ve en la cara que le divierte hacerme rabiar.

A la mañana siguiente falté a clase. Fue la única pirola de mi vida. Con todo mi morro me presenté en la redacción del periódico a buscar a Roberto. Salió conmigo a tomarse un café y, tras unos cuantos cigarrillos, que incluso yo fumé, aquí nos tienes, juntitos los dos hasta hoy.

¡Ah, mira! A propósito de que Bobi se aprendió bien la lección y ya nunca tuve que recurrir al «encajonamiento», voy a añadir algo, no se me vaya a olvidar. Es sobre la primera vez que Bobi me pilló cara a cara, de frente.

Yo ya había hecho las paces con Roberto, y de qué manera. Como he escrito, las firmamos con un polvo del que no hace falta que deje constancia aquí, pues no se me olvidará mientras viva. Sellamos así un compromiso que se

renueva de manera automática, con el siguiente y con el siguiente. Es que nos queremos mucho.

La sorpresa por la novedad que se montó conmigo Bobi al cogerme de cara, una de las suyas, que a veces es un mamarracho, creo que lo he insinuado ya, aunque, en realidad, su ocurrencia fue doble y de eso me enteré más tarde, me la llevé a los dos días de saber lo que es un hombre, que es como decir: de ese primer gran polvo con mi chico.

104

Quería estar guapa para Roberto y me había comprado unas botas, o mejor dicho unas sandalias..., no sé cómo llamarlas, pues no son una cosa ni la otra. Son de tacón fino como unos zapatos pero casi tan altos como unas botas, pasan de la pantorrilla, aunque no se parecen a unos botines ni a ningún otro calzado. Su piel te cubre como si fueran unas sandalias, toda a tiras, y no hay más remedio que entrecruzarse esas tiras alrededor de la pierna. Un auténtico incordio. Las describo como prueba de que también soy capaz de sacrificarme por Roberto.

Me había venido la regla y acababa de salir de la ducha. Me había enseñado a atármelas la dependienta, y decidí volver a ponérmelas, a ver qué tal se me daba a mí sola. Me sequé y las cogí del ropero. Coloqué el taburete de plástico del baño al lado de la cama. Para semejante trabajo, era lo más cómodo. Me calcé el pie derecho, apoyándolo en el suelo. Cuando conseguí entrecruzar del todo las tiras, ya parecía una bota. El pie izquierdo lo coloqué sobre la rodilla, con la pierna doblada y en horizontal; así me quedaba más cerca. Ya tenía las tiras a punto. En casa no había nadie por quien tuviera que echar el pestillo a la puerta, ni siquiera cerrarla.

Entonces apareció Bobi. Miró como si viera, hacia los lados, como si en la habitación pudiese haber algún intruso. Más bien olfateaba. De improviso, metió la cabeza por debajo

de mi pantorrilla, buceando por la entrepierna hasta que rozó mis ricitos con su trufa. ¡Qué pesado! Aún no había acabado de atarme las ligaduras con las que quería volver loco a Roberto, y él, con su morro, insistía e insistía, sin dejarme terminar. De repente, noté su lengua. ¡Qué cochino! ¡¿No sabía que tenía la regla?!

Entonces se empeñó en que abriera las piernas. Con el lomo del cuello intentaba levantar la que me estaba anudando para que la descruzara; me sorprendió que, sin ofrecerle ningún chocolate, continuara con sus lametazos. Al poco, el muy perro ya me estaba poniendo. Cuanto más mayor, más resabiado. Decidí abrir las piernas y que lamiera a gusto. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, estaba recién duchada.

Fue visto y no visto. Se levantó en el aire hasta pasar sus manos por mis hombros y se me echó encima con tal fuerza que caí hacia atrás y la banqueta, tras dar con el canto en la alfombra, salió rodando. Por suerte, caí con la espalda en blando y los riñones sobre el borde de la cama: si no llega a estar ahí, me mato. A Bobi, que apoyó entonces las manos en el colchón, una a cada lado de mí, a la altura de mis pechos, de pronto me lo encontré erguido entre mis piernas, mirándome a la cara y haciéndome ojitos con su pestaño. Incluso me pareció que me guiñaba el ojo. Ni que tuviera ilusiones de hacérmelo así, como Roberto, en esa posición tan extraña para él...

Decidí dejarlo actuar. Quería ver si tenía claro dónde buscar o si sólo jugaba. Pero en esa posición, mientras yo pisaba con fuerza la alfombra para no escurrirme de la cama, él me apuntaba al ombligo. Me impulsé con los pies y, arrastrando la espalda por la colcha, apoyé el culo sobre el borde del colchón; luego separé más las piernas y recibí su pirindola al instante. No sabía qué hacer con las piernas. Las levantara o no, la postura me cansaba y me desconcentraba. Clavé los tacones en mi nido de látex y, ya relajada, comencé a sentir su cosica de lleno cuando él casi se corría. Bobi, decididamente, jugaba a un juego con variantes desconocidas para los dos. Y tan novedosas que lo rodeé con mis piernas, apretujándolo, para asegurarme de que no me sorprendiera

del todo dejándome colgada al final.

¡Qué bonito verlo sonreír por vez primera de frente, alegrándose de mi gozo!

105

Al día siguiente caí en la cuenta de por qué Bobi, sin comerlo ni beberlo, había lamido mi coñito con tanto interés. Cuando me quité las braguitas para asearme, él me placó con su morro antes de sentarme en el bidet y empezó a lamerme ahí con gula. Me quedé pasmada. Claro, él ya sabía a qué saben mis sangres, y era evidente que le gustaban.

106

Llevo más de dos semanas sin pisar la calle, y supongo que por eso me ha dado por recordar mi vida y escribir sobre ella.

Todo me aburría ya y, pensando, pensando, me apeteció ponerme a hilvanar. No es que esté abandonada. Roberto viene a verme algún día, pero entre su trabajo, sin un horario fijo, y que no me apetece demasiado que, estando yo así, él dance por aquí, por Bobi y también por lo fastidioso que es hacer el amor para una cojitranca, pues no viene con frecuencia.

Lo que ha pasado es que, en un ensayo, di un salto y caí con mal pie, ¡y tan mal pie!, encima del destornillador que algún electricista se había dejado en el parqué. Me hice un esguince. Aún me quedan varios días para poder apoyarlo libremente en el suelo.

A Bobi lo saca todas las tardes mi madre. Yo creía que le iba a costar un esfuerzo, pero la verdad es que está encantada. Y eso..., después de lo del otro día...

Ahora me alegro, bueno, no de estar cojitranca, claro. Menudos palabros se saca papá, no sé si se lo ha inventado o no; ni que fuese yo un bicho, pero, vaya, me gusta. De lo que me alegro es de haber decidido anotar estos recuerdos. Estoy jodida, pero si aquella tarde no hubiese caído con tan mal pie, quizá ahora no me sentiría ni la mitad de realizada. Estoy que floto conforme avanzo.

De lo que sí me voy dando cuenta es de que, desde que repaso esta especie de peli, porque lo que releo me parece una peli, pues eso, que cuanto más escribo..., como que me suelto poco a poco con mis expresiones. ¿Qué pasa? No sólo papá va a decir palabros. Y, además, ¿qué? No necesito andar con remilgos cara a mí misma. ¡Ni que lo fuese a leer él, joder! Anda que si leyese tanto taco no se iba a quedar chafadito con su niña ni nada. Coño. Si oyese a mis amigas hablando entre amigas, tan finolis ellas cuando se juntan con mayores, tan pijas y tontas a todas horas tengo que añadir yo, seguro que se le caían las orejas al suelo. Aun esforzándome en soltar barbaridades, no les llegaría ni a la suela de los zapatos. A la hora de largar no se cortan un pelo, aunque vayan descalzas y pisen cuchillas de afeitar. Habrán aprendido todos esos tacos viendo muchas veces alguna película de poligoneras; si no, es que no me entra en la cabeza.

Qué pena no ser escritora. Bueno, mujer..., que escritora casi soy ya... Pero me refiero a una escritora con algún libro por ahí, y que la gente lo supiera. Porque, como esto me queda cada vez mejor, podría sacar lo que me pareciese más literario, y quién sabe si me lo querrían publicar. Como si fuera una novela, claro; si no, igual se pensaban que yo soy la protagonista.

En fin, qué tonterías se me pasean por ahí arriba. Hay que ser gilipollas para que se te ocurra semejante idea. Pero ¿todo esto no es para mí misma, y sólo para mí? ¡Seré payasa! Mira que darme un subidón de ego..., o sea, tal ataque de ego contra mi propio yo, que anula mi inteligencia...

Parece que mi música está gustando bastante. Todo el que la escucha, flipa. Por ahí debería empezar: intentando que me la edite una productora. Ya he conseguido que mi principal sueño se haga realidad: soy la primera bailarina de la compañía de ballet de la ciudad. Y está muy bien eso de poder entrenarme con la escritura, aunque de momento el tema no me sirva para desarrollar la imaginación, pero en menos de una semana tenemos que ir a bailar a Londres, así que no queda más remedio que dejarme sustituir por Noelia, la segunda bailarina. Bueno, no hay problema, es amiga mía y lo hará estupendamente. Yo, aunque sólo sea para mirar, allí estaré, no me lo voy a perder.

Me hacía mucha ilusión debutar en ese gran teatro. No puedo bailar, pero apoyaré moralmente a mis compañeros. Para la compañía es un gran reto triunfar allí. Igual le digo a Roberto que se venga, el vuelo es muy barato y, siendo mi chico, no habrá problema para alojarlo entre los demás.

No sé para qué escribo yo estas jautadas, si además sólo son pensamientos. Bah, ya que las he escrito..., pues de momento ahí se quedan. De todas formas, tiene razón mamá, ¡vaya ocurrencias! No me extraña que, por alguna de mis salidas, me llame jauta. ¡Qué palabras! Va de moderna liberada y autosuficiente, pero le resulta imposible olvidarse del pueblo. Tan culta, tan culta, y no puede evitar que de vez en cuando le salga el ramalazo.

Vale, bien, una cosa lleva a la otra, ya mismito lo anoto, total, ¿qué más da? Los pensamientos suelen provocar sentimientos, y ni unos ni otros tienen por qué ser siempre

satisfactorios. Como aquello que me pasó con papá. ¿Por qué no he de guardarlo entre todo esto?

De muy cría llegué a pensar lo típico entre las niñas: que yo no tenía polla. Qué cosas. Entonces no tenía ni idea de que la llamaran así. Mis cavilaciones comenzaron la primera vez que vi a papá desnudo. Papá fue el primer hombre que he visto desnudo. Eso ocurre por no tener hermanos. Estábamos en la playa y, al cambiarse el bañador, se le cayó la toalla. Desde ese día empecé a fijarme en el bulto que les salía a los chicos en el bañador. Y pensé que si todos lo tenían donde se la había visto a papá, sería porque todos escondían ahí lo que a mí me faltaba.

Hasta ese día, ni me había enterado de que existieran los paquetes. La verdad es que esa cuestión llegó a preocuparme, e incluso a darme envidia. Bueno, no sé qué fue primero, si lo uno o lo otro. ¡Qué melonada! Y menos mal. No tenía polla, punto pelota. ¿Para qué la quería? Me habría perdido a Bobi y quién sabe si también el amor de Roberto.

110

A lo que iba. Vuelvo a la historia esta de los pensamientos que se te encabritan y te metes la coza tú misma.

Antes de los trece años sólo se la había visto a Bobi y a papá, pero no me enteré de cómo eran cuando estaban duras, lo que se dice empuñadas, al natural, hasta que tuve los trece más que cumplidos, ya en el instituto. Se la vi así a Bobi antes que a aquel compañero que se la meneaba en el gimnasio, pero lo que más impresionada me dejó fue vérsela también a papá no mucho tiempo después. ¡Y tan impresionada! La tuve bien adentro, sin poder quitarme ese rollo de la cabeza hasta dos años después. Y, luego, enseguida conocí a Roberto.

Una tarde, antes de llegar al estudio de danza, no me quedó otra que dar media vuelta y regresar a casa. Mamá había dejado mis mallas limpias en su dormitorio, plegadas junto a su ropa interior. Se me habían olvidado porque había estado jugando con Bobi hasta la hora de irme. Abrí la puerta del rellano y entré lo más silenciosamente que pude, descalza: Bobi debía de estar arriba, en la terraza, y yo no quería que viniese a darme otra vez la tabarra; por suerte, sus sentidos no estaban tan desarrollados como ahora. Total, que me dirigí directamente al dormitorio de mis padres, donde no debía de haber nadie, porque habían salido a almorzar. Yo había comido sola, Lucrecia me había dejado la comida preparada. Pero de pronto, al empujar la puerta, me encontré a papá tumbado en la cama masturbándose. Durante unos segundos, me convertí en una estatua de piedra. Con los cascos puestos, papá miraba hacia la ventana y no me vio. Me pregunté qué escucharía. Sin poder quitar la vista de aquello, por intuición, medio alelada, me acerqué hasta la silla donde esperaban mis mallas y las cogí.

En ese momento se dio la vuelta. Se quedó cortadísimo, y yo más. Ese día me creí invisible, me transformé en un espíritu: de puntillas salí de la habitación y no volví a ser yo hasta que pisé la calle. Entonces no pensé en nada, sólo en que la tenía del mismo tamaño que Bobi cuando la llevaba fuera. Papá no es muy mayor, va a cumplir cuarenta y seis, pero hace seis años para mí sí lo era, y la tenía más grande que aquel chico que había visto en el instituto. Y, lo que ahora tengo claro, más que Roberto.

De cría, en el pueblo, me cansaba de oír que los abuelos estaban encogidos, que a las personas les menguaba el cuerpo con los años. A los trece comencé a opinar que todo el cuerpo

no; que aquello, cuanto más viejos, más grande se les hacía. ¿No decían, además, que después de muerto te crece el pelo? Pues lo mismo. Chiquilladas, pero llegué a pensar cosas raras por una temporada.

Cuando regresé a casa por la noche, a papá lo vi igual de cariñoso que siempre. Creí que me iba a regañar. Sabía que no estaba bien entrar así en su habitación, pero sentía que, aunque yo también me buscara la vida, y no pasaba nada, lo que él había hecho estaba mucho peor. ¡Coño, que era mi padre! Al no regañarme ni decirme nada, pensé que era como un secreto que debíamos guardar los dos. De repente, papá y yo nos convertimos en cómplices de cosas que a lo mejor no estaban bien pero que, por muy vergonzosas que fuesen, nos unían a los dos como nunca. Lo medité, hasta el punto de no tener claro si compartir más cosas con él sería mejor o peor, si sería bueno o malo.

Antes de cenar, encontré su mp3 tirado en su cama y me enteré de lo que estaba escuchando por la tarde. Lo entendí como una señal dirigida a mí, y eso hizo que me tomara en serio todos mis pensamientos. Porque no, papá no era tan raro como para que le pusiera a cien un debate o un partido de fútbol. Ya me parecía a mí, pensé. Lo que le debía de poner era mi música. Estaba escuchando una de mis grabaciones. ¿Podía haber una señal más clara de que merecía mi complicidad?

Cómplice ya lo era de Bobi desde que abultaba menos que yo. Y yo, a esa edad, bueno, igual que ahora, era en todos los sentidos más pequeña que papá. ¿Cómo no iba a compincharme, pues, con él?, en lo que ya estábamos y a saber si en algo más... Al fin y al cabo es mi padre, ¿no?, y lo quería más que a Bobi. Así empezó mi ofuscación.

Nadie se había dado cuenta de que yo le daba chocolate a Bobi muy a menudo, y mucho menos para qué. Nadie tenía ni

idea de adonde había llegado lo nuestro, las confianzas que Bobi empezaba a tomarse conmigo, hasta encontrarme un día, por sorpresa, con aquella salchicha asquerosa dentro, poco después de saber lo de papá. ¿Por qué habría de enterarse nadie de lo que pasase entre mi padre y yo?

114

Antes de mantener relaciones completas y consentidas con Bobi, esa vez que me sorprendió no cuenta, le di vueltas y vueltas a lo nuestro, a lo de mi padre y yo. Si éramos cómplices de un secreto, y lo que le había visto hacer a él a mí me lo solucionaba Bobi, ¿por qué no hacerlo juntos? Nos uniría más en la fraternidad... Entonces tenía esa idea, sólo la idea; la palabra ni la conocía; ahora diría fraternizar. Pero creía que, al ser mi padre, nuestra conexión superaría en armonía al hermanamiento del que gozábamos Bobi y yo. Pensaba: si yo le doy chocolate a Bobi y lo disfrutamos los dos, y de qué manera, ¿cómo no me va a dar papá a mí chocolate, para que se me ponga el morro tan dulce como el de Bobi, estando seguro de que yo no voy a decir que no? Bueno, lo que se dice seguro..., es lo que yo, muy equivocada, suponía. Pero ¡si además él ni siquiera sabía nada de chocolates!

Pasaban los días, las semanas, y yo seguía dándoselos a Bobi, pero papá, claro, que si quieres. Ni caía. Empecé a sentir que era un acuerdo en silencio, insulso, que se apagaba e iba perdiendo el encanto que tenía al principio. Lo medité, y tanto que lo medité, pero ¿qué debía hacer para ser yo la que le diera el chocolate a mi padre? Lo de dárselo sólo era una fantasía porque, aunque encontrara la manera, a la hora de la verdad a ver cómo le explicaba yo lo fácil que nos sería aproximarnos más con la ayuda del chocolate. No se me ocurría nada.

Tampoco me podía arriesgar a ir de lanzada y que me rechazara. Sabía que no era muy natural, ninguna de mis

amigas comentaba nada por el estilo. A diferencia de lo de Bobi, ni siquiera en internet descubrí nada parecido a lo que yo pretendía hacer con papá..., nada, al menos, que fuera creíble.

Decidí olvidarme definitivamente del chocolate. Tenía que ayudarle a soltarse para que actuara él, mostrándome pasiva pero cercana, y dejando claro que alcanzable en el momento en que papá quisiera, sin resultar descarada.

115

Siempre voy por casa ligera de ropa, cómoda. Mamá ha hecho topless toda su vida, tanto en la playa como en la piscina del club. A mí me acostumbraron desde que nació. Para papá era normal que yo desfilara por ahí así. Entonces, había días que hasta me veía totalmente desnuda. Bueno, lo poco que a mí se me podía ver. Lo primero que se me desarrolló fueron las areolas y los pezones, y con eso, más un poquito en el pompis, me he quedado. Tenía que ser picardiosa; si no, ¿cómo iba a llamar su atención? Cuando tenía esos años, y hasta que mamá me paró los pies, nadie se escandalizaba en casa si salía de la ducha a la terraza en tanga, con mis supergarbanzos al aire, a tomar el sol. O si bajaba desnuda, rápidamente, al cuarto de la plancha para buscar las prendas que me quería poner. Mi padre estaba curado de espanto y ni me miraba. Así que decidí pasearme por la casa en braguitas tipo *culotte*, de las que marcan la rajita, y sin nada arriba cuando sabía que estábamos solos él y yo. ¿Quién sabe? A lo mejor así le cambiaba el chip.

116

Más atrás, no sé en qué parte, he apuntado que había

encerrado a Bobi una sola vez en la terraza. ¡Ah, sí! El día en que creí haberle puesto los cuernos con Roberto. Pero es que eso son palabras mayores.

Cuando comencé a exhibirme con toda idea ante papá, también encerraba a Bobi. Y no es que mintiera al decir que nunca le había hecho semejante guarrada. Simplemente que, en esas circunstancias, era sólo por si acaso al verme en braguitas quería tomarse alguna libertad conmigo, con papá danzando por allí, aunque en realidad la que danzaba fuese yo. Entonces Bobi aún no podía estar celoso. La relación de verdad entre Bobi y yo no empezó hasta bastante más tarde. ¡Qué ingenuidad! Recuerdo que, en esa primera etapa de persecución a papá, lo único que conseguía oír de él era: «Cariño, ponte algo, que te vas a enfriar». Fíjate de qué se preocupaba. ¿Cómo iba a enfriarme dentro de casa? Yo, a esa edad, aún no comprendía que, aunque papá no me hacía ni caso, por lo menos no podía evitar tragar saliva al verme tan provocativa.

117

Entretanto, yo seguía con mis juegos. Mi toma y daca con Bobi. Juegos que a esas alturas, ya lo he anotado, me resultaban martirizadores. Tras su primera invasión, además inesperada, mis precauciones lo hacían sufrir a él, pero las consecuencias las pagaba yo. Y encima creía que papá no se enteraba de mis insinuaciones. Una cosa y la otra me llevaron con el tiempo a buscar aquella experiencia con Bobi tan maravillosa y, al mismo tiempo, por lo guarro que me pareció cuando terminó, tan desagradable.

Después de que Bobi me despertase otro tipo de apetencias, mi cabeza debió de hacerse un gran barullo. Con lo mayorcita que ya era, no paraba de preguntarme sandeces como si sentiría lo mismo con la de papá. A lo mejor también se le hinchaba una vez que estuviera en mi interior. Los adultos son tan raros..., pensaba. Sé que no está bien. Dicen

que no está bien. Y aún no sé por qué. Yo a mi padre lo quería mucho, y cada día lo quiero más. Pero ¿cómo llegar a comprobar mi duda, aquel deseo, si ni siquiera había logrado que experimentáramos juntos aquel mismo y simple juego que los dos disfrutábamos por separado?

118

En mi campaña de concienciación de papá, ahora lo llamo así, lo que yo pretendía con mis exhibiciones, que, por su naturalidad, no podían dar pie a que me acusaran de morbosa, era espabilarlo, concienciarlo de nuestra cercanía como seres de carne y hueso que se comprendían más allá de una relación paterno-filial. Con los años he acabado pensando que a lo mejor hice todo eso porque, en realidad, llegué a estar enamorada de papá.

119

Di otra vuelta de tuerca. Como cantaba demasiado que fuera siempre en bolas, para que no se quejara comencé a ponerme para él esas braguitas de algodón que yo misma deformaba hasta parecer faldas y que tantas facilidades habían dado a Bobi. Pero nada. Tenía que ser más atrevida. Un poco más putilla, diría ahora. ¡Qué remedio!

Una tarde en que mamá se fue de compras con unas amigas, o sea que tenía para rato, y papá estaba trabajando en su despacho, decidí ir a por todas, probarlo todo. Bueno..., no sabía si trabajaba o qué; me gustaba enterarme de lo que hacía en su ordenador, y una vez lo pillé con un montón de páginas porno que había olvidado cerrar. Así que si estaba en eso, mejor, porque en cuanto me viese a mí tendría que dejar de hacerse el sueco. Iba a ofrecerme a él igual que a Bobi,

como más le emocionaba a Bobi, dispuesta a aceptar lo que viniera sin poner pegas.

Reconozco que fui algo perversa con papá, pero no mala. Le dije que tenía que acabar una redacción de inglés en mi portátil, arriba, en el estudio. Llevaba una Musita corta de tirantes finos y una de aquellas bragas dadas de sí por abajo. Ya en mi estudio, tiré debajo del sofá grande, que pesa lo suyo y que, como tiene las patas delanteras encima de la alfombra, soy incapaz de mover, un *pendrive* con funda de metal que resbalaba bien por el parqué. La parte trasera del respaldo es lo primero que se ve cuando subes por la escalera. Estará, como mucho, a dos metros del último peldaño. Sin duda era el sitio ideal para que papá viera, sin yo parecer provocadora, lo que traía loco a Bobi.

120

Cerré la puerta de la terraza, llamé a papá y me coloqué en la posición que creí menos comprometida, pero apetitosa, para recibirlo: arrodillada en el suelo, con el culo en dirección a la escalera y la espalda arqueada para poder meter el brazo bajo el sofá. Mientras papá subía, tendría tiempo de sobras para descubrir la visión que yo le ofrecía y disfrutar de ella.

Oí sus pisadas en los primeros peldaños. Preguntó qué me pasaba. Volví a insistir en que subiera porque yo no alcanzaba a coger un *pen* que se me había caído. Por el ruido de sus deportivas, que chirriaban en el barniz del parqué, lo vi como en un sueño, acercándose, y comencé a hacer posturitas con mi trasero, moviéndolo de un lado para otro, adelantando ahora una rodilla, ahora la otra. Juntaba y separaba las piernas a la vez que curvaba la espalda hasta tocar el parqué con el pecho, sintiendo cómo se frotaban y se abrían los labios que cierran la cueva de mi tesoro rico mientras se ventilaba. Y no me venía mal, con lo que me ardía, que dejara mi coñito al aire ese algodón tan cedido que

llevaba por braguitas.

No calculaba la distancia, pero, al sentir que lo tenía detrás, muy cerca, y que ralentizaba sus pasos, como si se tomara su tiempo, aumentó mi impaciencia y me puse a mil sólo de imaginar qué estaría pensando.

Cuando de verdad lo tuve a mi espalda, me resultó irritante, casi grosero, mucho más de lo que podía haberme llegado a figurar. Enseguida escuché: «Cariño, vístete, anda, y hazme el favor de bajar a comprarme tinta negra para la impresora, que ya moveré yo el sofá y lo cogeré». Era papá, y no había manera de negarse.

Al subir de la calle y no verlo en su despacho, aún me hice ilusiones de que me esperase arriba después de haber recapacitado. Ya he dicho que, con sus años, a mí me parecía ya muy mayor: pensaba que no le faltaría mucho para caérsele los dientes y que tendrían que ponerle unos postizos. ¡Qué exagerada! Y, claro, también pensaba que entonces, como a todos los viejos, como a mi abuela, por ejemplo, le acabarían gustando los bollitos tiernos. ¡Vaya cantidad de chorradas! Pero, oye, que estaba convencida de que habría cambiado de idea.

¿Cómo iba papá a desaprovechar la oportunidad, sabiendo que ese pastelito con una rayita de deliciosa canela en medio que llevo entre las piernas estaría a la disposición de sus morros en cuanto quisiera, para que fuera acostumbrándose a las *delicatessen*? Porque el mío, por esos años, más tierno imposible. Todavía le oía a mamá asegurarlo alguna vez. Simplemente con que sacara tres sobresalientes, se emocionaba cantidad y empezaba a achucharme: «¡Ven aquí, pichín mío, que te coma a besos! ¡Ay, mi chorrete tierno!». Cosas del pueblo, digo yo que serían; y es que allí le llaman de ésas y de más formas a los coñetes. Si hasta ella lo decía, ¿cómo no iba yo a estar segura de lo que tenía y de cómo lo tenía?

Pues no. Además de exagerada, ingenua. Tampoco encontré a papá arriba, en el estudio. Encima del escritorio vi el puto *pen* sobre una nota en la que me informaba de que había tenido que salir para encontrarse con un cliente. Que le

dijera a mamá que cenásemos las dos, que no lo esperáramos, que él regresaría tarde.

Me quedé helada, incapaz de pensar en nada. Igual papá ni caía en que, por su edad, pronto tendría que comer bollitos; y entonces, si mi padre no era consciente de eso, como no quería compincharse conmigo sólo por ser su hija, ¿qué podría hacer yo, no siendo suficiente mujer para él? Vamos, que a las siliconadas esas que veía en su ordenador yo no les llegaba ni a la suela del zapato.

121

Al día siguiente, antes de ir al instituto, mamá habló conmigo. Me soltó que no estaba bien andar medio desnuda por casa mientras hubiese algún hombre, y menos con esas bragas tan holgadas que me empeñaba en conservar. ¡Ya estábamos con lo de «esto está bien, esto está mal»! Haciéndome la boba, le contesté: «Pero si nuestra casa sólo la pisa papá, no hay ningún hombre...». Y, ya muy seria, me replicó diciéndome algo que yo sabía de sobras: que papá también era un hombre. Así que se había enterado porque se lo habría contado papá, y eso quería decir que yo a mi padre se la traía floja, o sea que sanseacabó.

Al volver de clase descubrí por casualidad que aquellas cuatro bragas de algodón que tanto mimaba habían desaparecido de mi cajón. Busqué en la lavadora, en el tendedor, en el cuarto de la plancha. Resultó que mamá las había tirado al cubo de la basura. Mirándolas con pena por lo beneficiosas que me habían sido en la vida y, ya sin atreverme a rescatarlas, cabreada por asistir a su entierro, me dije para mis adentros: «¡Pues sí que se lo ha tomado a pecho mamá! No sé qué se habrá imaginado que quiero de él».

Ese sofocón que cogí por mis padres, unido a la historia de aquel al que llamé «el negrero», me obligó a recapacitar y, entre otras cosas, me ayudó a dejar de hacerle ascos a Bobi. Aunque, sin que me atreviese a descubrirme, siguiera llevando lo de papá en la cabeza, hasta que conocí a Roberto, más o menos.

Y es que acabo de releer lo último que escribí ayer, y he llegado a la conclusión de que, al describir esa experiencia tan frustrante con papá, mezclé un poco lo que recuerdo que pensaba entonces con un pelín de sano pitorreo hacia mí misma.

Porque a raíz de conocer a mi chico, al empezar a darme cuenta de cómo funcionaban los hombres, comprendí por qué mi padre me había soltado aquella fresca. Y es que, encima, ni siquiera se dignó a comentar nada después, y menos aún reprochármelo. La fresca no me la soltó por encontrarse a su hija haciendo de zorrita al final de la escalera, no. Eso se arregla al instante con una buena reprimenda, que me habría dejado más que avergonzada, o incluso, si lo había ofendido mucho, si lo había descolocado el ver a su niña como una auténtica despendolada, con un bofetón. Bueno, con una bofetadilla, que, por ser la primera, sí que me habría sacado de golpe, definitivamente, de la cuadrícula en la que estaba encasillada. Imagino que al principio ni se atrevió a ver en esa que le meneaba el culito a su querida hijita.

Lo que le atolondró, pues, no fue otra cosa que la contemplación descarada, y no me digas que no se recreó, de eso con lo que yo pretendía despertarle el apetito. Era la carne en ebullición, servida en una bandeja sin tapa, que despedía aromas desperdiciados, Roberto dice que a almejita, y vistas a... puede que a la perdición. Y es más que posible que esa perdición hubiese sido mutua. Vistas y aromas que, aun así, nadie se habría atrevido a despreciar, creo, y que por eso a papá lo dejaron KO.

Aunque igual..., sí, igual, además de aquella tentación tan jugosa, también me viese como a su virginal y santa niñita,

¡eso se creía él!, porque santa santa sí, pero virginal, con lo peligroso que ya era Bobi... Y por eso, haciéndose esa ilusión ante la aparición del placentero bocadito de nata que le ofrecía, huyó a esconderse como un chucho cobarde.

Si los hombres, si los señores mayores van como tontos perdidos detrás de las jovencitas, ¿cómo pudo rechazarme papá a mí?, comencé a preguntarme. Claro que él entonces no era tan mayor como yo creía... Bueno, lo mismo da. El caso es que empecé a pensar si sería verdad que aquello no estaba bien. Todavía reflexiono sobre eso alguna vez y aún no entiendo claramente el porqué. Rollos de la religión, seguro. Pero si ni mis padres ni yo somos religiosos... ¡Qué Hipada! ¡Cómo nos esclavizan las tradiciones!

Bueno, dejémoslo así. Era una cría. No sabía dónde me metía.

No lo he querido anotar en el lugar que le correspondía porque me daba yuyu, porque lo veía como un sentimiento que llegó a crearme culpabilidad, no como una experiencia que tuviese relación con mi felicidad. Pero, después de todo, creo que también los sentimientos, aunque sean de los que te machacan, podrían aclararme ciertas cosas.

Supongo que los mismos pensamientos, y de rebote sentimientos parecidos a estos míos, trascendentes o no, los puede tener cualquier chica que empiece a querer disfrutar de la sexualidad que poco a poco, desde niña, se desarrolla en una. Y es que todas, al menos las que nacemos con suerte, tenemos un padre en casa. Lo de Bobi es diferente; por muy afortunada que sea una chica, no siempre crece junto a un amigo como él, tan cariñoso y juguetón, y tan bonito.

123

La otra tarde, ciego y todo, fíjate si lo verían guapo y fuerte que, mientras lo paseaba mamá, volvieron a proponerle lo de cruzarlo. ¡Qué palabro! ¡Mira tú, Bobi convertido en papá!

Bueno, ahora, si mamá cambiara de idea, a lo mejor no me importaba tanto. No sé, no sé, todavía faltan unos días. Ya veré si se lo permito. A pesar de todo, espero que mamá no cambie de idea; así no tendré que decidir. Menos mal que desde hace tiempo la primera que no traga es ella. ¿Será que todavía está, si notó que me afectaba, con aquello del negrero? De todas maneras, si Bobi tuviese hijas, cuando crecieran lo suficiente seguro que él no les crearía la mala conciencia que sentí yo con el asunto de mi padre. Porque, anda que, por muy hijas tuyas que fuesen, iba a ser por hacerles ascos, con lo lanzado que va... Ahora está un poco mayor, pero en eso cada día se le ve más fuerte; es un viejo verde, cada vez tiene más ganas. ¡Menuda energía gasta!

124

La misma tarde en que le dijeron a mamá lo de que Bobi se beneficiase a una, repitió conmigo dos veces seguidas. Claro, conmigo, ¡con quién iba a ser si no! Y encima me tocó ir de paciente, de muñequita buena. Tuve que esperar a que acabara. Me pilló en cuanto mamá volvió a salir. Era como si hubiera venido excitado de la calle, como si hubiese entendido, el muy cabrito, la proposición que acababan de hacerle a mi madre, y como si el hecho de pensar que podía estar con otra le pusiera a cien. Vale, ya sé que no, pero es que estaba tan empalagoso que, con la pierna lesionada y tal, lo dejé hacer, por si acaso se le había pasado por la cabeza, que éste es más listo que el hambre. No, pero, sobre todo, le dejé porque si mamá se baja del burro y vuelve a empeñarse otra vez, si decido que lo haga con otra, y si Bobi fuera capaz de tirársela, que lo sería, cómo no, no quiero que haya ni punto de comparación. Mira, que para eso..., por mí que Bobi se las apañe, ¿eh?, pero siempre le queda a una un pizquito de orgullo.

Como aún no puedo apoyar el talón ni la punta de los dedos en el suelo, ese día me arrodillé en la cama con los pies por fuera para no castigar la pierna mala. Separé las rodillas todo lo que daban de sí, no fuese que, con lo salido que estaba, sin pensar se subiera de sopetón a la cama y me la castigara él. Y menos mal que fui previsora. Al momento tenía sus manos entre mis pantorrillas, apoyadas en la alfombra que por precaución coloqué sobre el colchón antes de acomodarme yo. Como no llevaba nada puesto, Bobi empezó a lamerme, pero que si quieres, casi no me dio tiempo a ponerme ni a veinte por hora, porque al instante saltó para subirse a la cama y me montó. Fue sentirlo y ya no sentirlo. Iba tan salido que en menos de un minuto se desahogó, ¡vaya que sí! ¡Menuda descarga! ¡Y menudo manchurrón dejé yo con lo que escurría de mí! Gracias a que en la alfombra de pelo, con un poco de agua enjabonada, secador y cepillo, las manchas se van enseguida.

Total, que se salió, se bajó de la cama y me dejó con las ganas. ¡Qué le vamos a hacer! Tantas veces lo había dejado yo a él sin acabar... Cuando calculaba la manera de bajarme yo también sin hacerme daño en el pie, ¡menuda sorpresa!: se me acercó, se aupó, apoyó las manos en el colchón y el muy guarro empezó a lamer con más ganas, sin importarle lo que había sido suyo y yo aún segregaba. ¡Qué pasada! ¡Qué bien me chupaba! Yo estaba ya muy excitada, no podía permitir que me abandonara de nuevo. Pero lo hizo, me abandonó. Pensé en cuánto me costaría moverme para ir a por chocolate, pero estaba dispuesta a lo que hiciese falta.

Ya reculaba de rodillas y mi trasero se encontró a Bobi subido a la alfombra. No sabía qué pretendía. Lo tenía otra vez detrás y no paraba de patear al borde del colchón para no caerse. A punto estuvo de darme una patada, o vete a saber cuántas, en el pie. Para esquivarlo tuve que irme hacia delante, y en ese momento me dejó alucinada. Se me montó y se volvió a enchufar. Nunca lo había intentado dos veces seguidas. Como dice mamá, a la vejez viruelas. Esa vez estaba

tardando mucho, tanto que se le hinchaba y se le hinchaba, más que en ninguna otra ocasión. Hasta que de repente sentí la mayor sacudida de mi vida, puede que mi mejor orgasmo, pero él continuaba con lo suyo y seguía creciéndole cada vez más. Parecía que le iba a reventar; si no, me reventaría a mí, pensé. Pero ni con ésas explotaba, y decidí darle tiempo, ser complaciente.

Con lo superlubricadísima que estaba, seguro que, si hubiera querido, lo habría sacado de mí sin problemas. En esas condiciones, igual que podría haberme entrado cualquier cosa, también podía salir. Pero me quedé quieta y esperé. Me armé de paciencia y esperé. Bajé la espalda hasta apoyar los codos en la colcha y, como una muñequita hinchable, quise ser su regalo: sujetándome la carita entre las manos, aguanté, y por fin me puso toda pringosa otra vez.

De su primer chufletazo al segundo, aunque me dio la impresión de que duró una eternidad, no habrían pasado..., está bien, puede que pasaran unos diez minutos, pero escasos. Por eso decía que se hace viejo pero sigue fuerte como un toro, como uno de esos toros bravos que corren a su antojo por el campo y ahora quieren prohibir.

126

Desde luego que sí. Roberto también es capaz de hacerlo dos veces casi seguidas, y hasta cuatro en la misma noche. Me lo demostró ya en el primer viaje que hicimos con unos amigos. Pero, claro, es que mi Roberto es muy joven en comparación con Bobi. Y aun así, a él le hace falta una hora o más, bueno, a él no, es a mí a quien me cuesta una hora volver a ponerlo a tono. Y tampoco es que disfrutemos de muchas ocasiones, viajes juntos hasta ahora hemos hecho pocos, y si queremos montárnoslo en su casa o en la mía, a saber cuándo nos sale el día apropiado para pillar un buen rato sin que puedan sorprendernos los papis.

Eso de decir que me voy a dormir a casa de fulanita y

largarme a la de Roberto si está solo, con mi madre no colaría. Porque conoce a todas las fulanitas y menganitas, y es demasiado espabilada. Y a que se quede él en la mía cuando no están mis padres no me atrevo: podrían cambiar de planes sin enterarme, no sería la primera vez, o podría aparecer Lucrecia antes de que se fuera Roberto, y no me serviría de nada meterlo como a Bobi en la ducha.

De lo que apuntaba más atrás, que Bobi es divertido y juguetón, sólo hay que ver, ¡anda que no me reí!, lo bien que nos lo pasamos ese día en que me obligaron a recordar mis años en las monjas. Que no sé a qué fin, si mis padres no son pijos y ya he dicho que religiosos menos aún...

Aquel día, un día cualquiera, y no hace ni tres meses de eso, no había quedado con Roberto. Nada más salir de ensayar me fui a casa y me puse a buscar esas faldas tan eróticas que nos obligaban a llevar en el colegio, como decía mamá, siendo pollita, y que yo aún conservaba.

¡Coño con las monjitas! Soltándonos por la calle con ese uniforme, nos acostumbraban ya a despertarles el morbo a los tíos, sobre todo a los abuelos, y nosotras casi sin enterarnos. Tanto estudiar, tanto estudiar, y nos preparaban con la idea de que fuéramos habituándonos a nuestro futuro de opositar para conejas. Y es qué las falditas se las traen, ¿eh? Igual que las minis que se pusieron de moda hará tres o cuatro temporadas, plisadas y de cuadritos escoceses, con las que sólo se atrevían las supertiasbuenas. Vale, sí, cuando las usaba no me quedaban tan cortas. Pero, total, con que me subiera el orillo un palmo por encima de las rodillas, con lo que trotábamos, que no sabíamos lo que era el pudor, casi resultaban tan provocadoras como ahora, que me sirve de miniminifalda.

Pero hoy ya sé lo que es ser pudorosa, por eso las recuperaré.

Y todo porque Julio, el primer bailarín, mi queridísimo Julio, se empeñó en invitarnos a Roberto y a mí a una fiesta sexy que organizaban en el pub adonde suele ir. No me podía negar, a Julio no le puedo negar nada.

La historia estaba en que, como era una fiesta en honor a Nabokov, había que ir de lolitas. Los chicos tenían que vestirse de maestros salidos. Como dijo Julio, de antiguos. Con traje, corbata y bigotes. Postizos, por supuesto. Y las chicas, también en palabras de Julio, no mías, debíamos ponernos como unas zorrillas viciosas y calientapollas. O sea, de alumnas de las monjas. Bueno, en lo que quizá acertó fue en lo de calientapollas. Y es que este tío es muy majo, pero a veces se pasa de largo. Ahora que, como él es tan así, pues no hay cosa que haga o diga que no le quede bien.

Ese día, además..., ¿cómo lo diría?, fue el único en que me pillaron mis padres. Vale, no, porque en realidad ni se enteraron. Pero casi, casi. Sólo me cogieron descolocada.

Ese día, pues, al encontrar una de aquellas faldas nada más llegar a casa, no fue difícil porque mi mami lo guarda todo, me quitó los vaqueros y con ellos, por ser tan ajustados, salieron a la vez mis braguitas y mis deportivas. Era igual, tenía que cambiarme y no había nadie. La falda estaba como nueva, pero no sabía si podría abrochármela: aunque mi cintura ha variado poco y no es que vaya para alta, ya mido uno sesenta y dos, así que algún estirón sí he dado. Me la puse enseguida, sin pensar más, y me la abroché. Qué cosas, entré en ella, y de la alegría estaba que no cabía en mí.

Salí del vestidor a mirarme en el espejo del estudio, que es el doble de grande y tiene luz natural. Comencé a bailar: la faldita era de nota para lo que Julio pretendía, incluso de sobresaliente. Con mis giros se me veía el culo sin ni siquiera agacharme. Tampoco es que quisiera ir por ahí enseñándolo... Con lucirme en la fiesta de modosita, que era de lo que se trataba, como las minifalderas de los sesenta, ya era suficiente. Mis piernas prometerían mucho sin que se me

viera nada.

Vaya morbo que les debían de provocar a todos aquellos abuelos de los que se disfrazaron Roberto y los demás. ¡Los pobres! Por lo que dicen, mucha minifalda, pero a las más recatadas casi no podían pillarlas ni en biquini. No como los de ahora, a los que las chicas les restriegan el tanga por los ojos y ni se inmutan. Yo no. Jamás me ha gustado enseñarlo por fuera de los vaqueros. Me parece espantoso; vamos, que ofende a la vista. Y es que hay mucha poligona suelta. Pensándolo un poco, no sé quiénes me dan más lástima, si los de antes o los de hoy.

Pero lo dejo ya, que me pierdo.

129

Vuelvo a ese día en que me lo pasé pipa. Bobi estaba por allí a su bola. Oírme reír y bailar le llamó la atención. Enseguida apareció en el estudio y se puso a saltar conmigo. Me hizo gracia y lo cogí de las manos para bailar juntos. Le obligué a dar unas cuantas vueltas, y al soltarlo insistió en subirse de nuevo como si le hubiera gustado. Empecé a jugar con él. Yo corría alrededor de los sofás y él me perseguía. Me paraba en seco y, en cuanto su cabeza chocaba con mis piernas, se levantaba hasta apoyarme las manos en los hombros. Entonces me enteré de que no se conformaba con jugar. Intentaba acercárseme caminando con los pies. ¡Uy, qué peligro! Yo echaba a correr otra vez y Bobi caía al suelo; noté que se estaba cabreando conmigo. Y me divertía que se cabreara. ¡Qué se pensaba éste!

Hasta que tropecé y me caí yo. Menos mal que la alfombra amortiguó el golpetazo. De repente me vi de rodillas, prisionera entre el sofá y la mesita. Se me echó encima a lo bestia. ¡Ja!, ni que quisiera violarme... Pues sí, insistía e insistía, me costaba levantarme. Como aquel día, estaba encajonada. Sin buscarlo, no sé si fue por el sudor, pero el caso es que yo estaba humedecida y se me coló con la

mayor facilidad. Me puse a gatear para escapar de allí y levantarme. ¡Que le dieran! Entonces fue cuando empezó a entrarme la risa de verdad.

Bobi, abrazado a mi cintura, caminaba detrás de mí por ese pasillo, sin que se le saliera, al mismo paso que yo. Era para filmarlo, parecíamos un trenecito. Un tren de la bruja. Sólo faltaba que viniera alguien a darle con la escoba al mamonazo. ¿Así que ésas tenemos?, pensé. ¡Coño, se iba a enterar de lo que valía un peine!

130

A lo que iba. En cuanto escapé de la trampa, comencé a recorrer el estudio a gatas, cambiando de ritmo, cargando con él. Tenía curiosidad por ver cuánto aguantaba así. Por violador. Me volvía para mirarlo y ponía unas caras rarísimas, pero ahí seguía. Decidí ir hacia atrás. A reculones. Él reculaba. Sin notar todavía su nudo, parecía estar bien enganchado.

Gateaba hacia atrás o hacia delante, según me daba, a veces de sopetón, pero la firmeza de su abrazo a mis caderas le prevenía y hacía que no se soltara. Me lo estaba pasando en grande. Y eso que no se le había hinchado mucho, porque tanto chaca, chaca, chaca, chaca por el ajetreo del tren lo desconcentraba. Pensé que igual por eso, por el movimiento de mis piernas al avanzar una rodilla tras otra, sentía dentro de mí algo peculiar, algo que no había experimentado todavía. Era como un masaje por los recovecos de mi vientre, que empezaba a ponerme a puntito para desprender. Como Bobi no me llenaba toda, la llevaría loca perdida por ahí dentro. Bueno, sí, muchas risas, vale, pero si yo me abandonaba, semejante sensación no dejaría de provocar que Bobi se saliera con la suya.

Me levanté, en realidad no sé ya a qué fin, y él cayó a cuatro patas en el suelo. No me dolió, a esas alturas iba bien lubricada. Entonces eché a correr otra vez alrededor de los

sofás y, al llegar a la escalera, me dio por bajar al salón. Él corría más que yo. En cuanto llegué al salón, Bobi, que venía embalado, chocó conmigo y me tiró. A toda pastilla escaleras abajo, para un ciego es difícil calcular las distancias. Traté de evitar darme un rodillazo y apoyé las manos en el parqué, haciendo el arco. Fue su cuerpo, al caer a plomo sobre mí, como si jugara al «churro va», lo que me obligó a doblar las rodillas. Si no, de qué.

131

Era el segundo intento de violación. Y lo llamo así porque ya he dejado claro que casi siempre estoy disponible para él, y lo sabe, pero no con esas ínfulas.

Por lo que me había hecho reír, decidí perdonarle. Además, teniéndolo encima, recuperé la memoria, ¡hala, que ya valía tanto cachondeo! Que yo también lo necesitaba. ¿Tenía acaso miedo de que me manchara la falda? No, no me importaba: en esa posición quedaba todo mi culete al aire y era imposible que la manchara.

En cuanto atinó y me penetró, me dio por acordarme de las monjas y por seguir riendo. :) ¡Madre mía!, si las monjas hubieran visto el trote que estaba dándole a la dichosa faldita, seguro que se echaban las manos a la cabeza.

:) :) :) :) :)

Me acaba de entrar otra vez la risa. :D

Es inevitable. :D

Un poco maliciosilla sí que soy, sí. :D

No puedo parar de reír. :D:D:D:D:D:D:D

¡Uy, qué bien me ha quedado esto! Así, cuando lo lea, sabré que me reía de verdad.

Bueno, lo que viene ahora es fácil de imaginar... ¿Para qué anotarlo? El caso es que Bobi aún no se había salido de mí cuando oí que giraba una llave en la cerradura de la puerta. La entrada de esta casa da directamente al salón. Menos mal que hay que darle a la llave tres vueltas

completas. Si estoy sola, me gusta cerrar así. Más que nada, por si se presenta por sorpresa gente no deseada. Vale, claro que mis padres son deseados, pero en ese momento, ni hablar del peluquín.

132

Mira, justo ahora mismo lo tengo aquí, debajo del escritorio, al pesado este, venga a frotarme las rodillas con el morro para invitarme a jugar. Pero no me da la real gana. ¿Ves lo que escribía antes? No puede parar. Que sí, que cuanto más viejo, más pellejo. ¡Joder! Cómo me sale la colección de refranes que se sabe mi madre de la abuela. Oye, es que todos pegan.

133

Bueno, que venían mis padres. A esas horas sólo podían ser ellos. Bobi había terminado ya. Creo que se asustó tanto como yo: se salió de mí y se quedó dos segundos como hipnotizado, mirando hacia el ruido de la cerradura. Me levanté del suelo como si se hubiera soltado un muelle. Bobi llevaba su cosa fuera y le goteaba. Le di con el pie, nunca le había dado una patada, y, cuando ya se abría la puerta, escapó escaleras arriba dejando un reguerillo. A mí no me dio tiempo. Estaba clavada al suelo. Con los pies tapaba los cuatro gotillones de Bobi sin saber qué hacer. Además, me habían visto abajo y habría sido muy descarado no esperarme a saludarlos.

Papá venía cargado. No sé cómo se le ocurrió comprar ese macetón con planta y todo, que apretaba con los brazos contra su polo preferido. Eso sí, protegido por un paño de los que lleva en el coche. Yo, sonriente, como sorprendida, ¡y tan

sorprendida!, en cuanto se me acercaron los besé. Papá me pidió que subiera deprisa, que le pesaba mucho el macetón. Me mandó subir las escaleras delante de él para que le abriese la puerta de la terraza, porque no quería apoyar el tiesto en el parqué. Siempre ha estado sujeta con una cadenita, con la apertura justa para que pase Bobi.

Hombre, si mamá no se hubiera quedado mirando, habría salido de mí subir la primera, al ir sin bragas. Pero con lo sucia que me notaba, que sentía la entrepierna humedecida por lo poco o bastante que me escurría del pringue de Bobi... La verdad, no sé si me churreteaba mucho, porque no podía mirarme ni tocarme. Bueno, bueno..., aunque en ese momento no existiera mamá, como que no. ¡Qué imaginación, qué digo! Menos mal que ni siquiera fue una ocurrencia, menudo acojone llevaba. Sólo faltaba que con mis años fuese haciendo el tonto, todo eso pasó. Si me hubiera ocurrido con catorce años o por ahí, puede que me hubiese aprovechado de la oportunidad que me regalaba papá, pero ese día... Además, no es que estuviera pegada, no, pero veía imposible levantar los pies del suelo y resultaba que ahora, que para nada podía y tampoco me apetecía, era él quien me obligaba. No me quedaba más remedio que subir y que me vieran el culo sin querer. Pero lo que más me preocupaba, porque semejante macetón no les dejaría buena perspectiva, eran las pruebas del delito, vaya chiste, que por fuerza descubriría mamá. Lo que yo ocultaba de Bobi, más ese reguerillo de minúsculas gotitas que ascendía por la escalera.

La providencia, la suerte, o vete a saber qué, apareció de repente y me echó una mano. A papá se le resbalaba la carga. Y al hacer un esfuerzo para elevarla y agarrar la maceta mejor, el milagroso paño protector cayó junto a mí. Como quien no quiere la cosa, lo pisé. Rápida, restregué los pies en él para matar dos pájaros de un tiro: las manchas del suelo y las que habrían dejado mis huellas de no haber sido por el trapo. En cuclillas lo recogí, no antes de darle al parqué un par de pasadas más por si acaso. Me levanté y, cuando ponía el pie en el peldaño toda sofocada por lo que pudiese pasar, mamá me salvó cogiéndome del brazo para pararme y dejar

que papá subiera primero, con la excusa, quién iba a pensarlo, de mirarme bien la falda. Me preguntó de dónde la había sacado, dijo que me quedaba muy bien, pero que si no me parecía un pelín atrevida. Ni me dio tiempo a contestarle que era para una fiesta, porque lo que añadió a continuación me dejó chafada. Me echó en cara, después de decirme que si no creía que era un poquito..., yo entendí guarrilla, pero ¿cómo me va a tratar así mi madre?, sería guarrica..., que si me había comido un polo de nata y de tanto saborearlo se me había derretido por la escalera, ya podía haber pasado el mocho a los peldaños. No sé si vio que me ponía colorada, yo me lo noto al instante. Le dije que a eso bajaba, a buscar el mocho. Entonces me advirtió que más valía que le echara una mano a papá, que ya lo limpiaba ella, y se fue a la cocina. Agradeciéndoselo en el alma, subí detrás de papá.

134

Esta mañana he leído en un periódico digital una cosa que me ha dado que pensar. Anoto esto porque, al recordar lo de la risa que me entró imaginando la cara que pondrían mis monjas si vieses que el uniforme del colegio lo empleo como babero para Bobi..., ¿ves como sí?..., pues eso, que me he dado cuenta de que igual estoy volviéndome un poco retorcida. Y es que, además, Bobi ni siquiera es ningún asqueroso, de los que babean. Y luego, por la fantasía esa que se me ha ocurrido hoy, de ofrecerme a subir las escaleras delante de papá sin bragas, cuando ese mismo día, palabrita del niño Jesús, ni se me pasó por la cabeza.

Vale, fantasear con historias en las que sale gente que no tienes al alcance, ni la tendrás jamás, dicen que incluso es sano. ¿Quién no se monta películas? Pero fantasear hoy en día con papá, que está aquí ahora y estará aquí eternamente, ¿en qué sesera cabe? Con mi edad, que estoy a punto de cumplir diecinueve, sólo me entraría si fuera una retorcida. Y no me gustaría tomarme por una retorcida. Ahora hay

mogollón de tías que se lo creen, pero sin gracia. Lo mire por donde lo mire, si me encasillara en eso al leer dentro de muchos años lo que he escrito antes, sé que de vieja me daría marcha haber sido más original. Porque siempre sabré que soy una mujer muy creativa.

135

Pues eso, que hoy venía en la prensa el resultado de una encuesta. Dicen que han recorrido Europa entera sonsacando a chicos y chicas de once a dieciséis años si practican el *sexting*. Pero, claro, ¿a quién se le ocurre ir interrogando por ahí a esa cantidad de críos delante de sus padres para enterarse de si les gusta enseñar el culo... y otras cosas a los demás por la pantalla del ordenador?

A esas edades, las chicas somos muchísimo más maduras; aun así, si me hubiesen preguntado a mí delante de mis padres sobre mi vida sexual, pues también me habría cortado, como todos esos críos se habrán cortado, por más que hayan conseguido que se les afloje un pelín la lengua. Ponía que sólo el quince por ciento de los que se han dejado entrevistar lo practican a menudo. ¡Hay que ser gilipollas para contárselo a tus padres! ¡Igual se pensaban que por exhibicionistas los iban a sacar en la tele! Menos mal que esto demuestra que en la última generación, de tontos pocos; seguro que los que sabían que de tele nada, se han callado y punto. De todas maneras, reconozco que yo para estas cosas del sexo siempre he sido muy tonta. En fin, tonta tonta no, y a veces, si me ha interesado, atrevida. Si no, ¿cómo iba a hacerle a Roberto el mejor estriptis de la historia?

136

Además, ¿qué cochinada es ésta? Eso sí que es una perversión, mandar imágenes sexuales de una misma a otro o a otra, sin poder verle el careto ni que te lo vean. ¿No era de lo que hablaban? No como yo al hacerle a Roberto..., está bien, voy a dejarlo en... el estriptis más genial del siglo, a sabiendas de que me veía toda, los colores en mi cara, a ratos con un punto de pícara, debiendo soportar los estúpidos gestitos de la suya. He dicho del siglo, del que sólo llevamos doce años, porque he leído historias por el estilo, mejores o peores según cómo se mire, y alguna, lo mires como lo mires, alucinante, de los tiempos de mis padres y antes, o sea, de cuando los hippies, y ellos no tenían internet, ni falta que les hacía. Bueno, no les hacía falta... para eso. Aunque creo que estos a los que me refiero, si te paras a pensarlo, debieron de ser ya los primeros neohippies, en quienes se inspiran los de ahora. Me he terminado un libro, *Noches de BV80*, que es un flipe. Aparecen historias reales sorprendentes, y también habla, porque el libro abarca unos cuantos años, de los Héroes del Silencio, de los comienzos primerísimos de todos; y a mí, de la música actual, siguen siendo los que más me gustan.

Entre las miles de cosas que ni imaginaba que pudieran llegar a pasar en los ochenta y los noventa, y menos aún en esa zona de la costa donde tienen mis padres el chalet, el autor de ese libro, que al parecer es de Zaragoza, cuenta anécdotas aún más viejas que, en lo que se refiere a morbo, dejan a esos niñatos y niñatas enganchados al *sexting* ¿a qué altura?: pues a la de los chicles ennegrecidos que pisamos por cualquier acera.

Está, por ejemplo, la anécdota de exhibicionismo borde que se monta una tía entre gente acostumbrada a ir a todas horas en pelota picada. La protagonista, para provocar de cojones a un chico, al mismo autor, decide aprovechar un día

en que lleva falda, y se lo hace delante de los colegas, incluido su novio, creo. Bueno, y si no estaba su novio, como si lo estuviese; como era uno más del grupo de amigos...

Resulta que la hippy, o lo que fuese, de la que habla, sin que él se lo esperara, se le puso a hacer pis en los morros, y nunca mejor dicho, pues lo hizo a medio metro de su cara. Al que casi se le mea encima contemplaba el horizonte tumbado en la hierba de una pradera.

¿Y dónde está la provocación siendo una simple meadita, si asegura que en el campo y en sus estudios era normal ir desnudos y hacer de todo sin importarles una mierda a ninguno que participaran los demás, y trayéndosela floja que hubiese extraños? Cuenta que incluso se desmadraban en alguna galería de arte. Formaban parte de un grupo de artistas llamado «Forma», lo nombra mucho en el libro.

138

¡Joder, qué tiempos! Lo anoto aquí porque el tocho, que es como un ladrillo de gordo, no sé si se me llegará a olvidar, y eso que me alucinó mucho... ¿Ves?, otra vez, no paro de soltar palabras que usaban ellos. Y es que en el libro hay cosas que me han chocado hasta el punto de que, si un día no entiendo el motivo de algo que haga yo en el futuro, si me acuerdo de él, releyéndolo seguro que me dará las claves.

139

A aquellos... progres, así los llamaban, unos desinhibidos totales, parece que orinar desnudos delante de otros no les escandalizaba. Pero es que ese día, en la pradera, daba la casualidad de que iban todos vestidos. Aquella chica «perversa» se le acercó, se recogió la falda sólo por delante,

se bajó las bragas sonriéndole a la cara y se agachó, con su apetitoso coño que miraba al autor, a tres palmos de distancia, directamente a los ojos. Bueno, no lo cuenta exactamente así, lo de apetitoso es cosa mía. Pero cuando le pasó, el tío ¡anda que no lo pensaría! En realidad, quien mantenía la vista fija, respondiendo a tan relamido acoso, a ese chorro que, según dice, le salpicaba en las pupilas, era él, el autor. Mientras, los demás chicos y chicas, que sabían lo que estaba haciendo la descarada aunque les diera la espalda, no le veían ni el culo. Se lo tapaban a idea los faldones de uno de aquellos vestidos largos y sueltos que tan fáciles resultaban de quitar.

¡Qué pasada! Eso también viene de ellos. Yo jamás me atrevería a hacerlo. Ni siquiera para reconquistar o castigar a Roberto. Era como si le dijese al tío: «Este conejito que, aunque lo puedan ver todos, y quién sabe si disfrutarlo todos, se arrastra por la hierba por ti; si lo mimas, podría ser sólo tuyo». Vamos, creo que iría por ahí la gracia; por lo menos esto es lo que me inspira a mí.

Eran artistas..., y de mi edad..., bueno, ahora serán cincuentones, o sea que aún deben de estar vivos, y explotaban ya el arte de la provocación. Entiendo que, con tanta movida, tuvieran práctica. No se cortaban. Y, claro, la tía esa sí sabía provocar. Fíjate si sabía que seguro que a los que más morbo les daba, por ser invitados al espectáculo, como el triple de morbo que al privilegiado: espectacoños, ese que estaba convidado a dar el visto bueno, era a los que ella tenía detrás. Pero provocar cara a cara, en persona y con sutileza, curándose en salud por si a alguno de ellos se le ocurría pensar más de la cuenta... A ver, y digo lo de curarse en salud porque es de imaginar que aquel espectacoños, aunque sólo fuese de lejos, no la habría visto en cuclillas únicamente esa vez. Así que, si alguien llega a creer que la cosa iba de cuernotes a espaldas de los otros, ¿cómo iba a arriesgarse a que lo llamaran trapalero por asegurar que la zorrita se puso a orinar allí al estar él? ¿Es que no podría haberse agachado en ese sitio de casualidad, y, mira tú por dónde, va y se lo encuentra delante a él? Para ella, además,

ésta era la excusa perfecta, porque habría sido un cantazo levantarse y largarse a otro lado. Si hubiera hecho eso se le habrían reído por antigua. ¡Qué retorcida la tía! Y encima produciendo sensaciones en directo imposibles de captar por ninguna cámara.

140

A la gente normal..., como yo... (dicen que hago buena música, pero todavía no me considero artista; bailo muy bien, pero lo que me mandan y como me mandan), a solas se nos pueden ocurrir cosas, o, cómo no, sin querer incluso podemos provocarlas, que, si los demás las vieses o lo supieran, no te extrañe que les parecieran un poco fuertes. A mí me pasaría igual si viera las excentricidades que, sin atreverse a que se entere nadie, se montarán otros. Pero los que son especiales, los artistas de verdad, deben de estar hechos de distinto barro, los modelaron con otra pasta. Bueno, o han ido modelándose a sí mismos.

Quiero pensar eso último; me interesa más porque me da esperanzas. Los auténticos creadores son capaces de organizar unas películas extremas, a cara descubierta, y quedarse tan anchos. Lo de extremo lo digo en el sentido de incomprensible, porque a mí aún no me entra en la pelota que a un artista chino, por muy famoso y rico que sea, se le ocurra llenar el suelo de la Tate Gallery, una nave gigantesca, de millones de pipas hechas de porcelana, pintadas una a una a mano por cientos de personas durante meses, que imitan a las pipas de girasol. Por cierto, que a mamá le encantan.

¿No sería más hombrada, si se la puede permitir en semejante sitio, olvidarse de la artesanía y llenarlo con pipas de verdad? En cambio, lo que hizo la hippy, esa obra de arte, aunque yo no tenga «la chispa adecuada» ;-) para que me salga de las tripas algo ni parecido, sí me es muy comprensible. Lo he dejado claro. Y, mira, creo que lo he analizado muy bien.

En aquella guarrería que hice a los pocos días de conocer a Roberto, mi única salida de tiesto: hablar por teléfono con él mientras me montaba Bobi, había poco arte porque no era preparado; sólo que la situación me puso cachonda perdida. Y, mirándolo desde fuera, sí que tiene su morbo, sí que estuvo bien. Pero ¿bien para quién, si no lo vio ni lo sabe nadie? Si hubiese escrito esa escena en un libro, o si hubiera pensado hacer un corto con ella..., creo que después de leer *Noches de BV80*, hasta me habría atrevido a firmarlo. Aunque para Roberto resultara una putada muy grande. Y es que, claro, si Roberto no ve el corto, ¿de qué me sirve que sea una obra de arte?

Está bien, podría haberlo firmado, e incluso hacer yo el papel, pero con la cara tapada. Como protagonista, ya pondría el nombre de una amiga que Roberto no conociese... Oye, una imaginaria. Sin verme la cara..., bueno, igual reconocía a Bobi y lo que hablaba con él por teléfono. Bah, eso no sería un problema: con el ordenador le meto unas mezclas de voz y solucionado. Lo de Bobi habría sido más complicado. Aunque a lo mejor Roberto empezaba a dudar de si era Bobi. Porque, desde luego, si pensaba que era Bobi, la de abajo obligatoriamente tendría que ser yo, y eso sí que no se lo iba a tragar. Pero, claro, creerse que fuese una cualquiera, menos aún; vamos, ni de cofia. Conoce de sobras la historia del negrero; mamá, en broma, le ha pinchado con eso hasta cansarlo, diciéndole delante de mí la tonta que se llevaba. Y, claro, no me quedó más remedio que contarle la verdad: que como era una cría me daba repelús que Bobi hiciese esas porquerías. Y a Roberto le preocupa que siga sin hacerlas. Entonces, ¿cómo va a creer que he utilizado a Bobi para filmar un corto? Y menos que Bobi practique sexo con

otra, con una tía, quiero decir. También podría ser que, aun ocultando mi cara, me reconociera. Mi tipo es inconfundible y se lo sabe de memoria. Tendría que taparme entera...

Vale, vale. Mira, que no. Menos mal que no caí en semejante estupidez; en menuda trampa me habría metido. Pasó porque pasó, y ya está. Y, en todo caso, mejor hacer con eso un relato que filmar un corto.

De todas maneras... :D :D :D :D :D ¡Ay, que me entra la risa! Mira que si montara una exhibición de *sexting* para darle una sorpresa a Roberto... Sólo para él, claro. Como el día en que se le nublaba la vista mirándome la rajita, mientras yo colgaba mi tanga con el pie en la pantalla del ordenador, pero más especial y sin que se lo esperara. ¿Qué tal le sentaría? No sé. Si me viera por la web jugando con Bobi... ¡Coño! Seguro que hasta le gustaba y se ponía a mil, y se la meneaba, el muy cerdo, con ojos de salido... Su cabeza se volvería pecaminosa igual que cuando le hice aquel estriptis tan elegante. Eso sí que fue una obra de arte. Qué pena no haberlo grabado. Esa obra maestra podría haberla firmado sin que se quejara nadie, con todo mi morro.

143

Qué cosas se me ocurren. Debería hacérmelo mirar. No sé, puede que a Roberto no le gustase nada conocer, en toda su magnitud, la dependencia que Bobi tiene de mí. O sí, y se la pelaba a placer disfrutando de mi relación con Bobi, que los tíos son así, y luego me dejaba aquí plantada por esa tontería. Pero no, no voy a arriesgarme, creo que no entendería de la misa la mitad y se pondría tan malo que ni le excitaría.

Hombre, a mí, verle a él haciéndole un favor a otra, por mucho que fuese una hermanita inválida, la pobre, no me molaría. Y tengo muy clarito que asistir a lo de Bobi con aquella perra del negrero, vaya, definitivamente se ha quedado con el mote, qué pena, tampoco me habría puesto, ni aun estando borracha. Aunque por esas simplerías a mí no

se me ocurriría pasar de Bobi ni de mi chico.

Bueno, ya vale de fantasear, no sé si valgo para fantasear.

144

Me pese o no, ahí queda eso, como dicen los artistas..., en reposo. Cuando sea vieja y tenga más experiencia, decidiré si yo servía o no para fantasear. Lo que sí deberé ver claro es que Roberto, a día de hoy, no tiene ni pajolera idea del verdadero alcance de mi relación con Bobi, de la disponibilidad con la que me someto a Bobi por ser quien es. No sé si Roberto llegaría a comprenderme o pensaría que me he autoesclavizado. Y eso, para nada. Soy muy feliz sabiéndome capaz de hacer a Bobi feliz. ¿Qué menos, no costándome ningún esfuerzo, puede esperar de mí? Pero como la mente humana es muy enrevesada, a lo mejor Roberto, aunque lo entendiese, hasta sentía celos porque yo no me comporto con él del mismo modo.

145

Bobi es diferente. ¿Cómo no va a serlo si...? Vaya, que no es una persona. Y eso que dije hacia el comienzo de que el primer día que me acosté con Roberto temí que Bobi, si nos veía, se pusiera celoso, hace tiempo que tengo claro que no. Lo que sí fue un pensamiento mentiroso, mejor dicho engañoso, fue creer que Bobi no nos iba a pillar nunca. Como tampoco es cierto, que todo se junta, lo que escribí de que después de estar en la cama montándomelo con Bobi mientras hablaba por teléfono con Roberto, no había hecho nada parecido, por lo menos tan morboso. Bueno, que no es cierto... tendría que ponerlo entre comillas. Es verdad que Roberto y yo nos hemos encamado con Bobi danzando por en

medio. Pero eso, que sí me da algo de..., bueno, bastante morbillo, la primera vez no lo provoqué yo, como lo de cuando el teléfono. Lo que ocurrió es que no me quedó otra. Porque Bobi se empeñó en meter las narices donde no debía. Y total, si a mi chico no le molesta que se entrometa... Claro, es que era de esperar, no voy a ir ahora de niña, como Bobi sigue comportándose como le da la real gana...

La primera vez sucedió por despiste mío, al tercer o cuarto día que subía Roberto a casa sabiéndolo ya, por si acaso, mis padres. Sabían lo que sabían, es de suponer... Así, si lo pillaban, no les cogería de sorpresa. Hombre, en alguna ocasión se han marchado dejándonos solos. Pero eso es peor. Si piensan que estamos solos, no te puedes fiar, porque, a mala leche, pueden aparecer de improviso en cualquier momento a dar la tabarra.

Ese día, como Roberto ya no era mucha novedad para Bobi, ni siquiera bajó a recibirlo. Estaba en su terraza, y yo ni me acordé de él. Qué egoísta. Así que tampoco me acordé de encerrarlo. A Roberto le hice sentar en el sofá del estudio y le puse un deuvédé con la última coreografía que nos habían grabado. Es el mejor sitio donde hacer el amor; desde ahí, a través de la escalera, puedo oír girar la llave si a mis padres les da por aparecer.

Me metí en mi habitación y le salí toda desnudita. En casa no se debe perder el tiempo. Le bajé el pantalón, obligándole a levantar el culo, y después los calzoncillos, mientras él, como un pavo, se hacía el muy interesado por lo que veía en el deuvédé. Jugaba a preferir verme «plasmada en un plasma» que en carne y hueso. ¡Se iba a enterar, el chaval!

Se la puse a tope sólo con la punta de la lengua, y en eso ya se desenganchó del televisor. Clavé las rodillas en el sofá, una a cada lado de sus piernas, me senté encima de él y comencé a cabalgarlo como una auténtica amazona. Ver cómo le crecía y le crecía, no sé, simplemente el saber que tenía ese poder, me había encendido muchísimo, mucho más que yo a él.

Entonces llegó Bobi y, qué quieres que te diga, tonta de mí, me corté. Olvidando a Roberto pero sin desmontar,

empecé a despacharlo a voz en grito. Roberto por poco se mosquea, iba ya casi a mil, mira tú lo que le importaba que nos viese el otro o no. Volví a hacerle caso. Bobi decidió conformarse con alcahuetear y ni siquiera protestó, pero ¡qué preocupación me entró! Yo temblandico estaba por si le entraban ganas de marcha y le daba por subírseme a la espalda.

Pues no, el muy guarro ni eso. Parecía un *voyeur*. Se colocaba a mi izquierda o a mi derecha y, asomando la cabeza por encima del asiento del sofá, dirigía su cara a las nuestras con gesto de interesado. De repente dejé de verlo y al momento lo noté detrás de mí. Su trufa comenzó a recorrer mi espina dorsal hasta donde podía, olfateándome. Llegaron a entrarme escalofríos. Una tiritona más bien. No sé si de placer o porque temía que Bobi metiera la gamba.

146

De todas maneras, sí que he debido de volverme un poquito más morbosa de lo normal. No tuve tiempo de preocuparme demasiado por Bobi, porque enseguida se olvidó de las caricias y sólo siguió observando con interés lo que ocurría. Ese día me enteré de cuánto me gusta que me vean cómo hago el amor.

Ya más tranquila, comencé a besar a Roberto en el cuello mientras controlaba a Bobi con el rabillo del ojo. Y eso, lo noté al instante, era lo que volvía a ponerme a cien. Bobi llegó a subirse al sofá y a sentarse. No apartó su atención de nuestras caras, qué angelito, un auténtico mirón, hasta que le dio por querer enterarse mejor, por meter el morro entre la tripa de Roberto y la mía, buscando no se sabe qué. Bueno, eso es lo que dijo Roberto, y se quedó tan campante.

Bobi insistía e insistía dulcemente, pero empezó a molestar. Roberto lo apartó y, aunque lo empujó con suavidad, cayó al suelo. Lo que me parecía una lucha entre los dos para poseerme me encendió todavía más. En cambio,

cuando Bobi se ponía a meter baza, lo que podía comprometerme, el hecho de estar en alerta me enfriaba casi tan rápido como se enfría en la cocina una placa de inducción al sentar tu culo encima. Y es que era bajar del sofá y al instante ya lo tenía otra vez detrás. Menos mal que en ese momento yo estaba besando a Roberto, porque entonces él acostumbra a cerrar los ojos.

De pronto Bobi apoyó las almohadillas de sus manos sobre mis hombros, y me entró la tiritera, temerosa de que el muy sinvergüenza se hubiera empalmado también por sentirnos a nosotros, o por lo que fuese, y pretendiera participar.

Puse más furor en mis besos para que Roberto no se enterara de nada y, con el brazo vuelto hacia Bobi y la palma de la mano abierta, le metí las puntas de los dedos entre las costillas, que sé que no le gusta nada, e *ipso facto*... ¡a cascarla por ahí!

147

Todas estas escenas tan detalladas no las describo por morbosa, sino para que me quede claro que aquella primera vez, aunque gocé casi tanto como sufrí, no la provoqué ni la planeé yo. Y sí es cierta esa conclusión a la que he llegado de que me encanta que Bobi se entere de lo mío con Roberto. ¡Qué perro! Mira que si ahora se piensa que si lo dejo fisgonear, y anda que no le gusta, es porque soy su esclava...

Después ha ocurrido alguna vez más, pero no voy a encerrar a Bobi y que Roberto sospeche. Y a Roberto ya le da igual, incluso ve normal que esté por en medio; le resulta simpático y le tiene cariño. Pero eso no es todo. Aquel dichoso día, no acabaron ahí mis apuros.

Después de que yo alejara a Bobi, vino lo peor. Roberto, inesperadamente, arrastró el culo por el sofá hasta llegar al borde y abrió totalmente las piernas. Eso me obligó a ponerme de pie y, haciendo equilibrios con los pies en el mismo canto del asiento, a montarme, esta vez en cucullas,

encima de él e introducírmela. Cuando Roberto se pone en esa posición lo que busca es que me quede en el aire. Le gusta sujetarme por la cintura con sus manos, y así no me caigo. No sé a qué fin, ¡ni que quisiera demostrarme que está cachas, si es un alfeñique! Vale, es mucho más alto, pero tan esmirriado como yo; aunque nervio sí tiene, sí. Bueno, pues estando en esa posición, qué más quiso Bobi que encontrar paso entre sus rodillas con intención de alcanzarme el trasero.

Pronto empecé a sentir su aliento y su trufa olisqueándome el culo, y acto seguido su lengua lamiéndome los glúteos. Cosa que no me disgustó, hasta que me la noté escudriñando entre ellos. Subía por el canalillo y bajaba, subía y vuelta a bajar, acercándose con mogollón de peligro al lugar de donde manan los jugos que tanto placer le da saborear.

Me atacué, por si quería entrar en un sitio que ya iba ocupado, pero no sólo por eso. Me vino a la cabeza que se le podía antojar dar un repaso a las pelotas de mi chico, para certificar lo que sucedía. Y eso no podía ser. No porque me preocupara que Bobi confirmase lo que estábamos haciendo, como dice Roberto, me la traía pendulona ya, pero imagínate que llega y atina en ese punto... tan de Roberto..., en sus testículos. Que sí, que le rozaba las piernas con su piel a él y ni le interesaba, pero ¿y a mí? Si a Bobi se le ocurría hacer lo que me temía, yo, que antes de que le chupara los colgantes a Roberto debería haberme hecho la primera ofendida, como mínimo por notar su trufa en «mi felisín», que dice mamá..., ahí estaba, sin protestar ni nada. ¿Qué habría pensado Roberto?

En un momento en que noté de nuevo cómo ascendía su lengua por el canalillo de mi culo y esperaba que, con ella, su rostro bonito, volví a sacar la mano a pasear, esa vez con el puño cerrado. Le di en no sé qué parte de la cara y Bobi salió pitando. ¡Qué bruta fui! Nunca le había soltado un sopapo y, por instantes, me sentí una maltratadora, cosa que me cortó aún más el rollo.

Pero al poco reapareció, se subió al sofá y se quedó otra

vez observando, tranquilo y más risueño que al principio. Que sí, que no ve, pero Bobi no necesita ojos para saber yo que me mira. Sólo con estar presente ya se entera de todo. Y me gusta que se haga a la idea de que folio con Roberto. Me gusta que comprenda que Roberto sí es capaz de hacerme el amor.

Me corrí, porsupuestísimo que me corrí. Al final, pensar que Bobi sabía de sobras lo que yo estaba haciendo me puso rápidamente no a cien, sino en licuación a más de mil grados. Ese día tuve una cadena de orgasmos por vez primera.

148

Creo que, para nuestra relación de pareja, es mejor que Roberto siga así, en la inopia, que ni se le ocurra sospechar. A Roberto y a mí nos quedan aún muchísimos años de felicidad por delante, y lo de Bobi conmigo, desgraciadamente, tiene que acabar en algún momento.

Digo desgraciadamente porque es ya muy mayor y no debe de quedarle mucho. Y, como le oía decir a la abuela: si no hay perro, olvídate de la rabia. Bueno, decía muerto el perro y no sé qué, pero me parece muy fuerte... Aun así, ¡qué borde soy! Con todo lo que Bobi me ha regalado en la vida, hay que ver cómo lo trato.

En fin, a lo que iba. Lo de mi ocurrencia anterior. Que la rabia equivaldría a que se enterara Roberto. O sea, que mejor si al final no hay ningún rabioso. Y es que, aunque lo entendiese, aunque pudiera llegar a comprender esta correspondencia, esta estrecha relación entre Bobi y yo, igual terminaba confundiéndola con dependencia. Pensaría que me había autoesclavizado..., y lo mismo le daba por cambiar de actitud conmigo.

Roberto no es como estos chicos de ahora, moros perdidos, que tienen a las novias encerradas en sus casas, conozco a más de una, sólo para su uso personal, para disfrute propio, siempre disponibles y en exclusiva, y a las

que no les consienten ni salir con amigas. Y no quiero que nada tiente a Roberto: no quiero que sea un moro de ésos en toda la puñetera eternidad. Y yo tampoco soy de ésas. Semejante atrocidad no me ocurriría ni loca. Yo no me dejaría.

149

Ayer se lo sonsaqué a Roberto. Vino a visitarme tarde. Lo agradecí, porque ya estaba agotada y me sirvió para pasar de romperme la cabeza por un rato. Desde que me veo así, cojitranca, y me dio por comenzar esta recopilación de mis recuerdos..., bueno, ahora ya va siendo algo más que eso, me apetece madrugar como nunca y no paro en todo el día.

Temo que esto de recordar y escribir se convierta en una obsesión. Ni siquiera encuentro tiempo para corregir lo escrito. ¿Para qué necesito corregir, si lo que me importa es lo que anoto? Lo que ha pasado, ha pasado, y los sentimientos..., ¿se pueden corregir los sentimientos? Ay..., me parece que, de tanto filosofar, esta especie de letanía mía poco a poco se me ha ido convirtiendo en una perorata. Apostaría el quedarme cojita otra semana más a que, si lo leyese mamá, me lo tiraría así a la cara, que me la sé. O peor aún: diría que no paro de escribir perogrulladas.

Pues eso, que Roberto me rescató y, después de haberme pasado media tarde fantaseando un poco, lo endulcé y conseguí que me contara aquello que yo ya sabía pero que llevaba años esperando que él confirmara: que sí se había colocado con el culo en pompa para aquel cabrón de periodista.

150

Ya puesta, volviendo a las fantasías, no quiero ni pensar qué habría ocurrido si Roberto llega a mandarme a mí su escenita por la red, siendo una cría y sin haberme acostado todavía con él. Ver cómo ese viejo hijo de puta le daba por el culo a quien yo ya tenía por mi chico me habría sentado peor que si, cuando aún iba tontita por papá, me hubiese sorprendido sustituyéndolo por Bobi. Como una patada en los ovarios, y en uno de esos días del mes.

:D:D:D:D:D. Una patada doble.

151

Ejem, ya está bien de desvariar, que lo que me confesó ayer es muy serio.

¿Que yo ya lo sabía? De acuerdo. ¿Que ya no me afectaba saberlo? Vale, bien. Pero no es lo mismo imaginarlo a que te lo digan a la cara. Se lo dejé caer como quien no quiere la cosa, como si no tuviera la menor importancia, y el tío me contestó, ¡simpatiquísimo el chico!, que, después de que ese hijo de mala perra lo pillara viendo mi estriptis, logró llevárselo al huerto del todo, engatusándolo poco a poco hasta que consiguió darle a Roberto por el culo durante, según él, unos días. Pero que después, gracias al numerito que preparé con Julio, se decidió a probar otra suerte conmigo. ¡Qué chulín! Probar otra suerte... ¿Eso no se dice en las corridas de toros? ¡Ni que se creyese un matador! ¿Sería por los cojones que le echó para tirárame la primera vez? ¡Pero si temblaba, si hasta tuve que desnudarlo y tumbarlo boca arriba para cabalgarlo! ¡Bah, al fin y al cabo, otro periodista!

No tuve ganas de saber más. Lo de darle por el culo no lo dijo tal cual, como yo lo he escrito, pero es que era así, no hay otra forma de decirlo. No quise que se liara a contarme también, tan pancho, como si únicamente lloviznara, cuando para mí podía ser un chaparrón, si había pasado algo entre el viejo y él durante aquellas largas semanas en que no nos

vimos, después de sentirse un fracasado por nuestro primer polvo. ¿Para qué? ¿Para ponerme más mala? Porque mi niño, si hubo algo más, es capaz de narrármelo todo con pelos y señales. Y ya me puse bastante enferma con la primera confesión, o mejor dicho, confirmación... Yo quiero mucho a Roberto, pero reconozco que es un inmaduro. ¿Es que no entiende nada? ¿Cómo se le ocurrió preguntarme, no hace ni tres meses, que si era virgen la primera vez que lo hice con él? Mira tú qué cosas le preocupaban... Pues si era la primera vez, y sabe que en mi vida no ha habido otro hombre, ¡claro que era mi primera vez!

152

Días atrás ya dejé muy claro lo que significaba para mí la virginidad y en qué momento empecé a tener conciencia de eso. Y a día 3 de septiembre de 2012, viernes, o sea, hoy, sigo pensando igual. ¿Qué pasa, que a Roberto le habría gustado verme sangrar? ¿Que no notó en mi coñito ese nosesabequé que llaman virgo? ¡¿Y, pues?! ¿Acaso no soy bailarina? Además, mira, aquel día, la primera vez entre Bobi y yo, tampoco notamos nada de eso ninguno de los dos, porque ni sangré ni me dolió. ¿Y a Roberto, no le rompieron el culo a Roberto? ¿Y me quejé yo ayer? No, ¿verdad? Por otro lado, ¿dónde está la virginidad en los hombres? La tendrán también en algún agujero, ¿no?... ¿O será en la cabeza? Porque con la cantidad de veces que se la pelan desde críos, que parecen monos, ¿quién se atreve a adivinar si ya la han metido en caliente o no?

Ya he dicho que la relación entre Bobi y yo sólo es un juego, estoy convencida. ¡Bah!, ¿para qué necesito estar convencida de una cosa más que evidente? Es un juego que hemos ido aprendiendo juntos desde pequeños, un juego con el que nos lo pasamos muy bien, y ya está. ¿Se puede perder la virginidad, algo tan íntimo como para que funcione exclusivamente a nivel mental, con actitudes superinocentes?

Quieras que no, todo empezó por eso, por lo inocentes que éramos, y procuro, alucinaciones fantasiosas aparte, que en esos momentos no se me entrometa ninguna idea perversa. Anoto esto por si con la edad mis ideas acaban volviéndose mojigatas. Ya se sabe, luego vendrán los niños y todo el rollo, y Bobi quedará lejos... Bueno, por si las moscas, que me quede bien patente que de joven para nada era una perversita.

153

Jamás se me ha ocurrido facilitarle a Bobi que me la metiera por detrás persiguiendo no sé qué nuevas sensaciones. Sí, me refiero a darme por el cu... lete. Y a él, con su ceguera, me parece que lo mismo le daría un agujero que otro. Pero ni Bobi ni yo tenemos ni una pizca de perversos como para salimos de lo que nos marca la naturaleza. Y, desde luego, mejor así. Si se le hinchara como suele ahí dentro..., ¡madre mía! Sería capaz de reventarme entera.

Bueno, yo de perversa debo de tener, como mucho, aunque soy persona y muy humana, lo que da el grosor de una uña. Por eso, si Roberto me pidiese que lo hiciéramos por ahí, lo intentaría por darle el gustazo a él. Y no creo que me molara nada. Pero es que aún no me lo ha pedido. Y ahí sí que sólo habría entrado él. ¿No es así, qué más da por detrás que por delante, como se creen la virginidad los hombres? Menudos tontos. Conozco a chicas..., ésas sí que no tienen escrúpulos..., que, si se lo hubieran propuesto, podrían haber pervertido a su padre y hacerlo su esclavo. Porque si el papi no les daba lo que a ellas se les antojara, seguro que hasta se irían de la lengua. Son auténticas «monjitas», las conocí en mi colegio, que, entre amigas y sin cortarse, se precian de seguir paseándoles como su gran trofeo a los pavos que tienen méritos para ser sus novios, o sea, al mejor postor, su virgo de quita y pon.

A éstas, mamá sí que las llamaría guarrillas. Son más que guarras. Aguantan lo que les cuentan los curas en sus sermones. Mantienen las «buenas costumbres», y no sé si en los tiempos de mamá se aprovecharían todas de tan productivas costumbres, como hacen ahora esas pécoras de las que largo. Aunque no lo creo; he hablado a veces de sexo con mi madre y tanto ella como sus amigas, cuando tenían mi edad, eran tan espontáneas como yo. Así que semejantes «buenas costumbres» deben de inspirar siempre a cierto tipo de hijas. Si no es que se las meten ya sus mamis con envasador.

Las que despellejo ahora son capaces, después de atizarse el sermón, de tragarse también lo que les echen y quedar, desde luego que sólo para ellas, porque están taradas, como unas santas. Se lo hacen incluso con dos tíos a la vez en la misma cama y, satisfaciéndolos plenamente, salen de allí, según ellas, intactas. Porque, para esas tías, para esas mentes que de puro retorcidas sería imposible que les entrara algo nuevo, y menos que les saliese, el culo o la boca no cuentan. Y, por descontado, si es con dos, o con uno cualquiera, para que éstos no suelten prenda a los que a ellas realmente les interesan, pues que sean lo dicho, unos cualesquiera que ni de lejos tengan algo que ver con los pavos de turno, niños de papá a los que creen con la suficiente pasta como para solucionarles el futuro. Y si por fin pillan al mirlito blanco, con convencerlo de que todas esas maravillas sólo las prueban con él y para él, pero que lo bueno-bueno le espera como la mejor ofrenda en su noche de bodas, pues el gilipollas tan contento.

Son auténticas... monjitas no, superzorras. Con esos mirlitos no se fían de demostraciones en periodo de prueba con eso tanpreciado que dicen guardar, no sea que después no se lo queden y se les escapen sin pagar con lo que de ellos buscan: que las lleven al altar. A saber si no les habrán dejado ya disfrutar de su virginidad a cada uno de esos mindunguis, y a las amigas nos vienen con cuentos chinos.

Puede que sí, y encima ni siquiera les habrán dado el gustazo de enterarse de que han tenido el honor. :D :D :D :D :D ¡Qué fuerte!... ¡Bah!, seguro que a algunos sí les dicen que es su primera vez. Son tan víboras...

Yo a Roberto no le he engañado. Nunca me ha preguntado nada especial. Sólo si había estado con algún hombre antes de acostarme con él. Y ni siquiera de una manera tan clara. ¡Coño, qué más da! Mi alma es tan cristalina porque está libre de culpa.

155

Vuelvo a lo de antes, que me desperdigo demasiado. Yo... también haría maravillas, claro. ¡Cómo no voy a ser capaz de hacerlas! Y con la conciencia bien limpia. Estoy abierta a todo lo que se nos ocurra a Roberto o a mí. Con Bobi paso de picardías, pero con Roberto no. Él y yo también jugamos. Ya ves, somos personas y necesitamos morbo, no hay que conformarse con hacer el amor a secas. Aunque la verdad es que Roberto o no se atreve mucho, o le falta imaginación. Le da marcha destrozar mi cama, dice, dándome un buen revolcón. ¡Machista! Pero, bueno, alguna bobería tendré que tolerarle. Y lo que pienso yo: con tanto revoltijo de sábanas, debe de sentirse un hombre que «deja huella». Sabe que rara es la vez que me da tiempo de volver a ordenar la piltra antes de que aparezca mamá o papá. Por suerte, a esas horas nunca les da por entrar en mi habitación.

Le pone cantidad cuando le pido, insinuante, que me lo haga en la escalera del estudio, el sitio ideal para Bobi. Ahí Bobi sólo mira, y que se las apañe. Un día, no sé si en broma, Roberto quería alborotar la cama de mis padres, pero no quise aceptar semejante barbaridad; no por censurar, sino porque no me atreví. Ahora parece que le va que nos lo montemos en la terraza.

La primera vez, me refiero a hacerlo en la terraza, se me ocurrió a mí. Podíamos, y me apeteció que me follase ahí fuera, a pleno sol. Hombre, aparte de Bobi, es casi imposible que nos espíe nadie. En los alrededores no hay nada que la supere en altura, salvo la azotea de nuestro edificio. Pero la azotea sólo la pisa el portero, o los obreros si tienen que reparar algo, y eso únicamente ocurre cada siglo y medio.

La verdad es que saber que sólo la pisan de ciento a vientos, a mí por lo menos me da bastante seguridad. Vale..., y un poco de morbillo también. El peligro-peligro, y eso, si lo pienso, no me excita nada, es que no me enteraría de si a cualquiera de los de casa le diera por subir a mi estudio antes de hora. Pero, volviendo a mi chico, vamos, que de hacerlo en la terraza y de montarse posturitas no lo sacas. Como la de cabalgarlo en cuclillas: no me queda otra que ir de equilibrista para que él la goce yendo de hombre forzado.

Con Bobi es al revés. Aunque algún fragmento de estos recuerdos pudiera llevarme a pensamientos equivocados, insisto, con Bobi no hay ningún morbo. Sí me permito con él piruetitas, pero salen porque salen, sin ir a por ellas, y encima, de tan ingenuas, a veces ni siquiera son consentidas por las dos partes.

Hace poco, una mañana, jugando jugando, también cabalgué a Bobi. Pero no lo tenía en cuenta..., bueno, porque es como si no hubiera pasado. Mira, que no se me ocurrirá volver a repetirlo en la vida. Es que después de acabar yo, como a Bobi no le gustó una mierda mi arranque, aunque fue un simple impulso y nada más, por la marranada que le hice al tratarlo como a un moñas, me dio la impresión de ser una resabiada. Y eso hizo que me sintiera una auténtica egoísta, como muy aprovechada.

Que sí, vale, ahora lo anotaré. Todo por una niñería.

158

Sucedió unos días antes de toparme por casualidad con aquel destornillador. Entre el batacazo que me di y lo que me pasó con Bobi, yo esa semana merecí aparecer en la sección de sucesos. Y caigo ahora en la cuenta de que es como si, tras perder alguien allí esa herramienta, se hubiese transformado en una pluma mágica y la hubiese hallado yo. Pluma porque el resbalón propició que me pusiera a escribir, y mágica porque veo que la escritura me sale automática.

Era por la mañana. De tan húmeda que iba cuando empecé a ser consciente, mientras despertaba, de que no estaba desnuda bailando en un escenario con mi pareja, quién sino Roberto, que me sobaba y me sobaba con total descaro delante de mis más fervientes admiradores, parecía que me hubiese meado encima.

Era otro de mis sueños. Uno de esos que, al despertar, me hacen sentir un pelín frustrada. Necesitaba desahogarme. Sin haber abierto aún los ojos, comencé a acariciarme. De pronto me acordé de Bobi. Debía de estar todavía en mi alfombra, y me extrañaba no encontrar su cabeza metida entre la colcha queriendo llegarme a lo más íntimo, por lo menos para olisquearme.

Entonces recordé que la semana anterior Bobi había estado un poco pasota, un poco no, bastante pasota. Yo estaba con la regla y Bobi no le ponía el interés al que me tiene acostumbrada, ni siquiera cuando me sentaba en el borde de la cama para levantarme.

Esa mañana me apetecía jugar a mí, y tomar la iniciativa. Estaba harta de dejarme montar únicamente cuando al señorito le daba la real gana. Pero es que de paso caí en que también hacía días que no me reclamaba. No me podía creer que estuviese enfermo, o vaya usted a saber qué.

Preocupada, me lancé fuera de la cama, y ahí lo tenía,

tumbado. Se levantó al segundo, pero se hacía el remolón, pues su trufa, que iba perdidísima, ni se acercaba a disfrutar de mis aromas vaginales. Y comencé a enredar con él, a jugarlo, a provocarlo. Me agaché varias veces a su lado. Lo máximo que conseguí motivar en él fue que me diese un par de lametadas en la cara, y de mala gana.

159

Continuaba necesitada. Me lo habría solucionado yo y fiesta, pero Bobi empezaba a preocuparme.

Me quité el pantaloncito del pijama, me puse a cuatro patas y le paseé mi culito por los morros. Ni por esas. Volví a ponerme de pie y me monté a caballete encima de él, para cabrearlo, a ver si espabilaba. Manso, seguía manso, y no tenía ni la menor intención de escaparse. Con mucho cuidado, tratando de que no sintiera mi peso, comencé a hacer como si lo cabalgara. Noté que eso electrizaba aún más mis partes. Sobre todo la campanita de mi chico. Así le ha dado ahora a Roberto por llamar a mi clítoris, ¡qué tonto!

Pues nada, que, como decía, estaba abierta de piernas encima de él, con el coñito desprotegido, y el roce de mi clítoris con ese pelito tan corto y suave que tiene creaba una agradabilísima corriente que empezaba a atravesarme toda enterita en dirección al cerebro.

Pasando de Bobi, estuve a punto de seguir frotándome suavemente contra él. Seguro que me habrían saltado chispas enseguida. Pero entonces ya necesitaba tranquilizarme comprobando que Bobi aún podía hacerlo conmigo. ¿Me estaría perdiendo facultades? ¡Qué cosas! Pensé que serían los años.

Fui a por chocolate y le ofrecí uno. A eso no decía que no. Me dio por sentarme en el borde de la cama y me metí otro ahí en la rajita, como tiempo ha, para ver si lo encontraba y se animaba. Lo que había empezado con un calentón mío se iba a convertir... Bueno, el chocolate, que llegó a ser casi un

vicio para nosotros, se transformó en algo medicinal, pues me sirvió para reanimarlo.

Relamiéndose aún el morro por el chocolate que le había puesto en la boca, se acercó a mis ricitos para husmear. Abrí más las piernas, apoyé los codos en la cama y recliné un poco la espalda hacia atrás, poniéndome cómoda. Mientras Bobi empapaba la trufa en mi flujo dulce, mientras lo saboreaba, me dio por recordar (¡temazo!, ¿eh?) la lengua de Roberto. La de Roberto era mucho más delicada, pero no, ni era tan larga como la de Bobi ni podía penetrarme hasta el fondo..., igual que en estos momentos hacía Bobi en busca de su bomboncito. Y todavía no tenía ni pajolera idea de si Bobi estaba haciéndolo por gula o por tomarlo de ahí como lo que ha sido casi siempre: el aperitivo de lo que yo, dentro de mí, suplicaba que viniera a continuación.

De improviso, y seguramente antes de terminarse su golosina, Bobi levantó las manos en el aire y las apoyó en mi pecho. Miré para abajo y ¡qué sinvergüenza! ¡Yo sufriendo porque creía que estaba enfermo y ahora resultaba que el muy pillo se había empalmado! Aún no había terminado de pensar en ello cuando Bobi dio un brinquito hacia mí. Se me coló a la primera, como quien mete la mano en un guante, de un certero golpe.

De la alegría que sentí, reprendiéndolo cariñosa con que se iba a enterar, lo rodeé con las piernas por la cintura, lo abracé con fuerza y, sin soltarlo, me eché de espaldas sobre la cama. Hice que rodáramos por la colcha hasta que Bobi quedó patas arriba, conmigo encima. Al principio temí que, con el susto, a Bobi se le hubiera bajado un poco, pues se le salió una miajilla, pero nada, lo que dura un pestaño, porque volvió a enfundarse solita, carne con carne, al instante.

Lo abofeteé con ternura, le eché en cara lo preocupada que me había tenido, y por fin me corrí. Para llegar a ese orgasmo no necesitaba más que una simple puntita. Cualquier cosa.

En realidad no lo abofeteé. Le di dos dulces cachetes, como caricias, uno a cada lado de la cara. Y, aun así, estaba acojonado. No me enteré de eso hasta que, una vez desahogada, en cuanto lo desmonté, saltó de la cama pitando y pasando de mí.

Entonces lo medité. Conmigo arriba, se había quedado quietísimo: abierto de piernas y brazos, miraba con ojos perdidos, vidriosos, una actitud extraña, como si se rindiera para que no lo mataran. Ya ves qué estupidez. Yo, que en el fondo había actuado así por el bien de Bobi..., me sentí como si estuviera utilizándolo, como si lo único que hubiese pretendido fuera aprovecharme de él.

¿Habrás sentido Bobi algún día los remordimientos que experimenté yo en ese momento? Seguro que no. Cómo va a ser consciente, el pobre, de esos derechos que le concedo, con todo lo que se aprovecha.

Bueno, creo... que ya vale. Aparte, recordar lo que acabo de contar me cabrea.

Mañana es mi cumpleaños y a las cuatro de la tarde Roberto y yo embarcamos en un avión en dirección a Londres. Los de la compañía de ballet han salido hoy. Tienen que preparar la escenografía. Yo decidí quedarme un día más, de reposo. Acudiremos directos al estreno. Espero poder aparecer en el teatro, como muy tarde un par de horas antes de que suban el telón.

No sé si me dará tiempo a escribir algo antes de irme. En cuanto me levante, tendré que llenar la maleta. No sé si continuaré cuando regrese, porque debo reanudar mi vida de siempre. Además, tampoco se me ocurre nada; interesante que apuntar. Quizá más adelante, ¿quién sabe?

Eso sí: por si acaso no vuelvo a escribir nada más, voy a

insertar una página nueva al principio, con unas líneas que me rondan por la cabeza desde que me di cuenta de que a veces, en mi escritura, me hago la mojigata. Y es que eso sería un engaño. ¡Si yo no soy así!

En realidad, es una posdata. Porque es ahora cuando he llegado a la conclusión de que debo dejar clara una cosa: lo que deberé saber antes de empezar a leer si un día se me reseca tanto la perola como para tener que revisarme a mí misma.

Oye, que todo podría ser. Igual a partir del calentamiento que sufro durante estos días, como es en plan olla exprés porque no paran de salirme las ideas a presión, se me marchita la sesera.

162

¡Puedo escribir un poco más!

Aún quedan dos horas para que Roberto venga a buscarme con el coche. Ya estoy lista. De la familia me he despedido esta mañana. Al principio mis padres siempre me acompañaban al aeropuerto o a la estación. Ahora ya como que no. A Bobi lo tengo a mi lado, está empalagosísimo y no se despegas de mis piernas, no sé qué le pasa. Y, como los demás, ya debería estar acostumbrado a mis viajes.

Tengo tiempo para dejar aquí una historia a la que he dado vueltas toda la noche. Será que no se necesita llegar a vieja para autoanalizarse. Y no quiero traspasar mi carga de la cama al avión. No quiero que Roberto viaje pendiente de mis cavilaciones.

Resulta que un día, y no hace nada de esto, me mosqueé un poco con mi madre. Un poco no, mucho, porque si hubiera sido lo que llegué a pensar, sí que la habríamos tenido, y gorda. Y es que, claro, cómo no van a entrarme celetes si, para mayor preocupación mía, ocurrió al día siguiente de sufrir ese desplante que me hizo Bobi y tantos remordimientos me causó. Fue justo la tarde anterior a mi

accidente.

163

Al grano. No fueron más que ocurrencias mías, espero. Y eso que ahora pienso en ello como mujer hecha y derecha, ya no como una niña. Porque hace años que dejé de sentir una cosa, un agobio, algo que me hacía comerme las uñas, y que no eran más que celos de mi madre. Celos de que mi madre se aprovechara del inocentón de Bobi. Yo estaba hecha un lío: no podía ser que papá pasara olímpicamente de mí, que estuviese mamá creándose cargos de conciencia por aquello y que ella fuese detrás de Bobi, algo que para mí no dejaba de ser lo mismo que ir yo detrás de papá. Y, para más coña, sólo faltaba que, encima, mi madre consiguiera lo que yo no tuve manera de conseguir. Anda que..., como decía de mí la abuela, ¡vaya chorrín tonto que estaba hecha yo, la niña de los peines! Y qué razón tenía. Loca perdida, vamos.

Volviendo a esa historia que quería contar. Coincidió que una tarde suspendieron los ensayos de ballet por una avería eléctrica. Regresé muy pronto a casa para ponerme guapa, mejor dicho, más guapa para Roberto. Cuando entré, mi madre estaba en el baño de su dormitorio. Al pasar por delante, me dijo que acababa de meterse en la ducha. Bobi, que había venido corriendo a recibirme y ni me fijé en él, se coló dentro del baño de mamá con la mayor confianza, como si estuviese acostumbrado, como hace conmigo en cuanto me ve en el mío.

Hasta ahí, aún. Pero lo que realmente me sorprendió es que iba con su cosa fuera. Pequeñita, pero fuera. Y no era por mí. Después del cabreo que había pillado conmigo el día anterior, yo sabía que no era por mí.

Resucitaron mis sospechas, no sé si también los celos. Esperemos que no, que a estas alturas no fuesen celos. Pero me pregunté cuánto tiempo llevarían los dos juntos, y en bolas, solos en casa.

Mamá enseguida me pidió, sacando la cabeza de la mampara, que le recogiera unas bolsas de la compra que había tenido que dejar tiradas en el suelo de la cocina. Me contó que, al llegar a casa, se dio cuenta de que le había venido la regla sin avisar, se había puesto perdida, y no le habían quedado más webs que meterse rápidamente a la ducha.

Aquello me tranquilizó. Yo sé muy bien cómo encienden a Bobi esos aromas. Hasta hacerle perder la cordura. :) :). Pero esta noche me ha mantenido en vela una duda, una duda que quiero que deje de serlo lo antes posible: ¿le enloquecen a Bobi, y por igual, todos los aromas a regla? O sea, ¿también los de una mujer cualquiera... o exclusivamente los de las hembras de esta familia?

¡Porque eso sí que me jodería. :D :D :D! Cómo no me va a joder... :D :D :D si ahora, ni aunque hubiera llegado a enrollarse con Bobi, podría ver a mamá como a una cualquiera... :D :D

164

Corto el rollo y cierro. Me esperan abajo.

¡Hala!, y que Dios reparta suerte y, sobre todo, me toque a mí: espero que Roberto no me haya traído ese trasto tan innovador que me prometió por mi cumpleaños, porque ahora ya se ha quedado de museo.

Queridísima hija nuestra:

Te nos fuiste en ese terrible accidente cuando más feliz eras. A pesar de que te asaltaran dudas a última hora, supiste obviarlas con tu buen sentido del humor, y creo que, por la madurez que muestras en tus confesiones, en cuanto emprendiste viaje con Roberto, estarías exclusivamente con él y te olvidarías de los quebraderos de cabeza que te causamos papá y yo. Sé que pensarías únicamente en vuestra felicidad.

No pudiste ver cumplido tu sueño de triunfar en ese gran teatro, y tampoco disfrutar del excepcional éxito que tuvo en él tu compañía.

Media hora antes del estreno se enteraron de que nunca llegaríais. Nos llamaron inquietos preguntando por vosotros y, por mis lloros, fui incapaz de ocultárselo. Sabiendo que ya no estabas, y sin que el público se enterara de nada, bailaron como jamás habían bailado. Ya imaginarás que fue en tu honor.

Los aplausos debieron de ser apoteósicos. Al día siguiente, en todos los periódicos de la urbe salieron críticas que os ponían por las nubes, aunque los lectores ignoraban que en esos momentos tú andabas ya por encima de ellas.

No te preocupes. He descubierto un sueño tuyo, del que quizá no fueses muy consciente. Y voy a procurar que se cumpla.

Si acaso hubiese otra vida, quiero que te sientas satisfecha desde ella, y si no, disfrutaré en tu memoria al ver cómo te metes a un nuevo público en el bolsillo, y dará igual que no sepan realmente cómo te llamas.

Querida hija. Ateniéndome a tu sinceridad, qué importa

que sea robada, he de contarte mis secretos, cosas que ni se te habrían pasado por la imaginación y que te has marchado sin conocer. Lo hago a continuación de tus escritos, en este mismo soporte que tanto nos une. Siento que ahora sólo me queda esto de ti, además de tu música y mis recuerdos. He tardado en dar con él varias semanas. Quería saberlo todo de mi niña y me costó averiguar la contraseña de tus anotaciones, de tus primeras veces.

No te apure compartirlas conmigo. Me hace muy dichosa el haber logrado mantenerte en la ignorancia para que vivieses feliz. Fuera como fuese. Lo mismo pensarán tus dos padres cuando les haga saber que sentías que lo eras por nosotros. A cada uno de ellos por lo que le corresponde con respecto a tu vida.

Yo también debo confesarme.

No sé si en otras circunstancias, hablando cara a cara, habría sido capaz de llegar algún día a desnudar mi alma ante ti. Ni hasta qué punto podría haberme sincerado. En estos momentos lo necesito más que cualquier otra cosa para seguir adelante, aunque mi vida se centre exclusivamente en tu contemplación.

Lo primero, hija mía, lo único importante en realidad, es informarte de que ese al que llamaste «el negrero» es tu padre. Tu verdadero padre. Por eso, hija adorada, no te creí cuando me contaste aquellas cosas, pero consentí. Yo sabía perfectamente que ni por asomo era cierto lo del acoso que me insinuabas. Y, como te negabas de todas todas a llevarle a Bobi, se lo conté. Consentimos los dos. Siguió sacrificándose por ti para que nada enturbiara tu felicidad. Él sólo quería hablar con su hija, ver a su hija en su casa. Lo de cruzar a Bobi con su perra era un recurso para tenerte cerca más tiempo del que empleabas en escapar de él en el parque, para que conocieses su espacio vital, donde realiza sus creaciones, el motivo de su existencia.

Bobi fue un regalo suyo. Te lo regaló él. Es un idealista. No me lo ha dicho, pero seguro que, al hacerlo, tuvo en

mientes que Bobi y su perrita podrían emparentarse y tener la descendencia que él y yo ya no debíamos tener. De alguna manera, así todos estaríamos más unidos, casi como una familia. Lo conozco y sé que pensaba eso.

En esas confidencias a las que te entregaste hablas de las mentes enrevesadas. ¿Quién podría sacarle más partido a eso que un artista? Y en los artistas, por lo general, siempre es para bien. Tu padre es músico, uno de los mejores pianistas de Europa, y abrigaba la esperanza de que, con la excusa de ir a ver los cachorritos, te ilusionases con su música y de vez en cuando pasaras a escucharle tocar para ti. Incluso que llegaseis a componer juntos. Yo, a escondidas, le regalaba cedés de tus grabaciones, y le encandilaban.

La música era el camino para tenerte cerca, y se *nos* ocurrió que, al principio, entrases en su casa con la excusa de cruzar a Bobi. Al ver tu obcecada negación, semejante interés en hacer tan sutil tu mentira, que nos parecía rocambolesca, decidimos que era mejor dejar las cosas como estaban. Quizá fuese nuestro sino. Y, sin embargo, desde entonces y hasta el momento del accidente, ninguno de los dos perdimos la esperanza de que cambiase nuestra suerte.

Lleva enamorado de mí desde el primer día en que cayó por las fiestas del pueblo, cuando tu mamita tenía catorce años. Tiene cinco años más que yo. Somos amantes desde entonces. Y, aun con eso, por aquello que te conté, y es cierto, me casé con papá, al que adoro. Te tuvimos al año justo de la boda. No sabe que no eras suya, pero puede que en algún momento se lo haya planteado, sin darle mayor importancia. Me habría defraudado totalmente si se hubiera puesto a investigar, por más que luego se echase la manta a la cabeza para no afrontar la verdad, por si le era adversa.

Y es que hace años nos confirmaron que es estéril, pero no precisaron desde qué fecha. Es lo único por lo que podría tener dudas, pero estoy segura de que si lo hubiera pensado y hubiese llegado a descubrirlo, tú habrías seguido siendo su hija, su adoradísima hija, y siempre te querrá como tal. Es un hombre maravilloso y ha sido tu padre, muy buen padre, lo quiero con locura; por eso tengo que ir con sumo cuidado

para no quedarme embarazada. Se enteraría de que el hijo no es suyo, y eso podría acabar arruinándonos la vida.

Te preguntabas si en realidad acabaste enamorada de papá, y sí que lo estabas. Nunca has dejado de estarlo. Y no me extraña, es encantador y desde que naciste se ha comportado contigo como la persona adorable que es. De todas formas, si hay mujer que no haya experimentado algo parecido, que no haya encontrado motivo, será porque no había unión, una afectuosa fusión, porque su padre no lo merecía. Aunque en tu caso, por tu «tempraneidad», lo llevaras tan lejos como para entroncarlo con lo sexual.

No te lo reprocho, hija mía. En tu vida se juntaron un cúmulo de circunstancias en las cuales, por lo que cuentas, nadie sería capaz de ver malicia alguna. Ni cuando te empeñaste en seducir a mi marido con la idea de que era tu padre... No, yo no vi malicia: si no hubiera existido ese amor paterno-filial con el que te ofuscabas, ni se te habría pasado por la cabeza meterte con él. Y amor paterno-filial es también lo que siente por ti papá, y lo que sentía cuando lo acosabas tan ingenuamente. Por eso, aunque yo no te hubiese cortado las alas, estoy absolutamente convencida de que papá jamás habría caído en ninguna de aquellas trampas.

Hay cierto aspecto en tus confesiones que me desconcierta porque no acabo de entenderlo.

He supuesto que, al hablar de tus celos hacia mí, lo serían exclusivamente por Bobi. No comprendo esa comparación en la que metes a papá, pues, por más que en determinado momento te sintieras un poco retorcida, no eras para nada. Por lo tanto, he de rechazar esa estupidez que me vino a la mente en cuanto lo leí.

No sé qué te llevó a sentir celos por mí. Ahora nunca sabré qué es lo que hice mal.

Por otra parte, ¿cómo voy a reprocharte la ceguera de Bobi, hija mía, si yo misma colaboré? Cuando se le declaró, yo sabía muy bien lo que le ofrecías y para qué, pero como tonteabas ya con Roberto... Empecé a sospecharlo en los comienzos de tus inocentes jueguecitos con Bobi, por el chocolate de tus braguitas. Y, si bien es verdad que no le daba mayor importancia, te echaba en cara una cosa bien distinta para avergonzarte.

Puede que sí estuvieses demasiado mimada. Yo pensaba que te faltaba poco para ir al instituto y que cuando te relacionaras con chicos olvidarías tus niñerías con Bobi. Imaginé que entonces aspirarías a experiencias de otra índole. Como nos ha pasado a todas.

Cariño, eso que yo llamo tu sueño, que pretendías aparcas por dar más proyección a tus valores ya asentados, la música y la danza, se va a consumir como una nueva realidad. Mañana, sin falta, acercaré lo que escribiste al despacho de ese que ha sido y es para mí mucho más que un gran amigo. Tu propio padre. Por afición, tiene una pequeña editorial en la que publica obras de autores noveles, de los que no hay valiente que se haga cargo y edite. Él podrá captar su sentido literario, porque voy a presentarle tu texto como una novelita, aunque se empeñe en hacer mínimos arreglos que deberemos concretar entre los dos.

Quiero que lo publique bajo un pseudónimo. Será el mismo nombre que he decidido que lleves en tu historia. Ya me he ocupado de cambiarlo. Te llamarás Alicia. Hija mía, te lo mereces.

Simplemente he transformado una frase para que todo quede en orden. En tu escrito decías: «el país de esa Alicia», y lo he dejado en «el país de esa otra Alicia». Sin embargo, no creo que sea necesario cambiar el nombre de tu chico. Por lo que le oí decir a Roberto, sus padres no leen más que revistas del corazón. Y es que tu historia sin Roberto perdería chispa.

No te asustes; en cuanto la grabe en un *pendrive*, borraré lo que no interese a nadie de tu ordenador, para que nadie

pueda relacionarla con nosotras. Así que tampoco te inquiete, hija, el que se publique. Sólo papá, que no me preocupa, o tu novio, si lo leyeran, podrían reconocerte y dar fe de algunas de las cosas que cuentas. Y Roberto no va a leerlo: no hay un más allá. Y si lo hubiese, allí no se molestarán por los asuntos de los mortales. Cuando pienso en que os fuisteis juntos en ese accidente, en ese maldito accidente que nos obligó a separarnos físicamente...

Y si existiese un más allá, como te preguntabas, tanto papá como yo disfrutaríamos de la oportunidad de hacerte partícipe de la felicidad que nos embargó al enterarnos de lo dichosa que te sentías por ser nuestra hija. Yo se lo comunicaré de manera que no sepa lo que no debe saber, y, haciendo desaparecer todo esto, no daré opción a la casualidad para que papá lo averigüe. Le diré que encontré unos escritos en tu ordenador, y no le resultará difícil creer, con lo patosa que dice que soy para la tecnología, que por pretender manipularlos, con los nervios, los borré en un despiste que no me perdonaré jamás.

Con respecto a tu padre, que se llama Rafael, tampoco ha de enterarse de que eres la niña protagonista y también la autora de esta historia. Bien, la niña sí. Se me ha ocurrido un cuento que deberá quedar exclusivamente entre él y yo para declararme la autora. Soy muy persuasiva. Y aunque quizá mi historia parezca un poco enrevesada, creo que se la tragará. Y si no, ¿qué más da? No tendrá más remedio que tragársela. Porque se le haría más incomprensible pensar que mi novela no es una invención.

Le diré que me centré en lo que me iba sugiriendo el personaje de mi propia hija, hasta que algo superior provocó ese fatídico accidente con intención de que dejara de escribir.

Le diré que estuve jugando con tu vida. Que mi vena perversa me hizo elegir como modelo a una inocente, nuestra hija, lo más candoroso y cercano que tenía. Que llevaba meses y meses armando este particular disparate mío, basándome en los recuerdos de lo que creía más importante y

dichoso para ti, en tus experiencias confesadas y en las vistas o intuitas por mí. Que incluso me aproveché de esos días que estuviste de baja y los adapté a mi historia.

También le contaré que escribí los últimos párrafos la noche antes de que partierais de viaje. Que me resultó muy morbosos recrear tus celos aquel día en que me pillaste desnuda en el baño con Bobi merodeando a mi alrededor, que, encima, iba un poco salido.

¿Voy bien? ¿Se lo creerá?

Y hablando de ese día, cariño, supongo que si Bobi iba tan de fresco sería por mí, así que no te sorprenda que también le pusieran los aromas de una cualquiera, pero te aseguro que no lucía semejante carga, esos atributos, por culpa de tu madre. Y Bobi ahora, hija mía, que está tan apenado como nosotros, ya no quiere ni comer. Los días que le quedan los ve deslizarse tumbado en la alfombra, adorando tu cama. Desde que faltas no se mueve de allí. No sale de casa, no tiene fuerzas, apenas las justas para alcanzar la terraza. Lo alimentamos con unos preparados líquidos que nos da el veterinario. Y el chocolate, si se lo ofrezco por despertarle los bríos, ni intención de probarlo hace.

La razón que le daré a Rafael para publicarla, tras aclararle que jamás se me habría ocurrido hacerlo si tú no te hubieses ido, es que tengo la impresión de que me ha caído un castigo de Dios por haberme inspirado en tu alegría de vivir; un castigo por haberte robado tan canallescamemente esa alegría de vivir. Y que de ese modo, convirtiendo en novela lo que para muchos será aberración, sacando mis escritos a la luz bajo pseudónimo, sin buscar fama ni dinero, siento que te rindo un homenaje desde mi interior, con ese mensaje que pide perdón al hacerte llegar, de alguna forma, lo mala perra que es tu madre.

Se me ocurrió un título que, en principio, me pareció ideal: *¡Peligro!... ¡Una pluma espera sobre el parque!* Porque tuviste un buen criterio al deducir que fue ese destornillador olvidado el que te obligó a escribir. Pero, al reconsiderarlo,

he decidido que no. Ese destornillador fue lo que te mató. Si no hubiese sido por él, habrías viajado un día antes. Ya buscaré para tu libro algo más chisposo. Un título más acorde con tu carácter.

No creo que el librito dé dividendos; pero, por si los diera, dejaremos asentado ante notario que el dinero vaya a parar a esas negritas, jóvenes madres solteras, que parecían preocuparte tanto, aunque eso signifique tener que mentirle otra vez a Rafael. Le diré que me hablabas a menudo de ellas. Ya daremos con el cauce adecuado, cualquier oenegé.

Y tranquila, que los datos familiares que en el texto resulten indiscretos, encontraremos entre tu padre y yo el sistema más apropiado de modificarlos o, si hiciese falta, de quitarlos. Ya me he ocupado, además de ponerte Alicia de nombre, de cambiar el destino de vuestro último viaje por el de Londres. Aunque quizá incluso sea necesario ocultar ese infausto viaje. Cortar la historia antes, para que quien la lea no pueda compararla de ninguna manera con la real de una famosa bailarina que tan joven perdimos, todos.

¡Qué importa que no se sepa tu nombre si en lo eterno vas a seguir viva! Es lo que pretendo al publicar tus cavilaciones. Desde aquí, desde este mismo soporte que tú empleaste para aliviarte, te digo que si hubieras seguido entre nosotros no tendrías de qué avergonzarte. Las circunstancias mandan en todas las personas, en ti, en mí y en todos, y hay que apechugar con lo que vivimos, sobre todo si esa vida te hace feliz y no perjudicas a nadie.

Yo sólo me arrepentiría de los caminos que tomé en la mía si papá llegara a enterarse de ellos. Bueno, no sé si me arrepentiría, he sido consciente y no tengo derecho, pero sería muy infeliz. Creo que, tanto a él como a mí, nos destrozaría la vida, y tampoco podría irme con Rafael. Él es para mí lo que fue Bobi para ti: por más que nos una el sexo, únicamente cubre algunas de mis necesidades espirituales. Preferiría irme contigo antes de que papá se enterara. Así de complicadas somos las personas. Así es nuestro devenir.

Ahora, Alicia, hija, que por ese apelativo ha de reconocerte el resto de la humanidad, borraré mi conversación contigo y descargaré tu historia en un *pendrive* para llevárselo a Rafael. Después la haré desaparecer de tu ordenador. No dejaré huella en casa, ni siquiera una copia por seguridad. Ni escondida. No quiero guardar nada que pueda descubrir papá. Yo me encargaré de que, cuando se publique, ni nuestros amigos más cercanos puedan ver en la obra nada que les lleve a recomendársela de mala fe a papá. Y ya sabes que, desde que le dio por leerlos, sólo se codea con los premios Nobel, que se traga varias obras de cada uno, y aún le quedan muchos.

Hoy me he citado con Rafael en su despacho para dar a la entrega un carácter formal. En cuanto llegue, ya grabaremos lo que sea pertinente. No me gustaría que se pudiese extraviar tu legado.

Te queremos, hija mía.

Tu madre